Prólogo

Ésta es la historia de Elric antes de que fuera llamado Asesino de Mujeres, antes del colapso final de Melniboné. Ésta es la historia de la rivalidad con su primo Yyrkoon y del amor por su prima Cymoril, antes de que esa rivalidad y ese amor provocaran el incendio de Imrryr, la Ciudad de ensueño, saqueada por 1as hordas los Reinos Jóvenes. Ésta es la historia de las dos espadas negras. La *Tormentosa* y la *Enlutada* , de cómo fueron descubiertas y del papel que jugaron en el destino de Elric y de Melniboné, un destino que iba a conformar otro mayor: el del propio mundo. Ésta es la historia de cuando Elric era el rey, el jefe máximo de los dragones, las flotas y de todos los componentes de la raza semihumana que había regido el mundo durante diez mil años.

Ésta es la historia de Melniboné, la isla del Dragón. Es una historia de tragedias, de monstruosas emociones y de elevadas ambiciones. Una historia de brujerías, traiciones y altos ideales, de agonías y tremendos placeres, de amores amargos y dulces odios. Ésta es la historia de Elric de Melniboné, gran parte de la cual sólo recordaría el propio Elric en sus pesadillas.

Crónicas de la Espada Negra.

LIBRO PRIMERO

En la isla–reino de Melniboné se observan todavía todos los viejos ritos, aunque el poder de la nación se desvaneció hace quinientos años, ahora, su modo de vida se mantiene sólo mediante el comercio con los Reinos Jóvenes, gracias a que la ciudad de Imrryr se ha convertido en el centro de encuentro de los mercaderes. ¿Han dejado de tener unidad esos ritos? ¿Pueden repudiarse y, pese a ellos, burlar al destino? El que podría reinar en lugar de Elric prefiere pensar que no. Afirma que Elric traerá la destrucción a Melniboné por su negativa a respetar todos los ritos (aunque Elric respeta muchos de ellos). Y ahora se inicia la tragedia que terminará dentro de muchos años y precipitará la destrucción de este mundo.

1
Un rey melancólico:
La corte se esfuerza en halagarle

Su carne es del color de una calavera blanqueada al sol y el largo cabello que le cae sobre 1os hombros es de un blanco lechoso En su testa ahusada y hermosa destacan dos ojos sesgados, tristes y de color carmesí. y de las amplias mangas de su blusón amarillo surgen dos manos delgadas, también del color del hueso, que descansan en los brazos de un trono esculpido en un único e inmenso rubí.

Los ojos carmesí muestran preocupación y, de vez en cuando, una mano se alza para tocar un yelmo ligero, colocado sobre la cabellera blanca, un yelmo fabricado con una aleación oscura y verdosa exquisitamente batida hasta darle la forma de un dragón a punto de emprender el vuelo. Y, en la mano que acaricia la corona con gesto ausente, luce un anillo con un raro solitario de piedra de Actorios cuyo corazón cambia a veces perezosamente y toma nuevas formas como si fuera humo dotado de conciencia, tan inquieto un imbuirlo en su prisión diamantina como el joven albino en su Trono de Rubí.

Contempla la extensa escalinata de peldaños de cuarzo en la que se entretiene la corte, bailando con tal delicadeza y etérea gracia que parece un cortejo de fantasmas. Él reflexiona mentalmente sobre cuestiones morales y tal actividad, por sí sola, le separa de la gran mayoría de sus súbditos, pues éstos no son humanos.

Tales son las gentes de Melniboné, la Isla del Dragón, que gobernó el mundo durante diez mil años y que perdió su mando hace menos de quinientos. Son gentes crueles y astutas y, para ellos, la moral no va más allá del debido respeto a las tradiciones de un centenar de siglos.

Para el joven, cuatrocientos veintiocho descendiente en línea directa del primer

Brujo Emperador de Melniboné, la arrogancia de las gentes es presuntuosa y estúpida; es evidente que la Isla del Dragón ha perdido la mayor parte de su poder y pronto, en un par de siglos, se verá amenazada por un conflicto directo con las naciones humanas en alza a las que denominan, con cierto aire condescendiente, los Reinos Jóvenes. De hecho, algunas flotas piratas han hecho ya incursiones sin éxito sobre Imrryr la Hermosa, la Ciudad de ensueño, capital de Melniboné, la Isla del Dragón.

Y, sin embargo, hasta los amigos más próximos al emperador se niegan a tratar la posibilidad de la decadencia de Melniboné. Les disgusta oírle mencionar el tema y consideran sus observaciones inconcebibles y, más aún, una grave falta de buen gusto.

Así pues, el Emperador medita a solas. se lamenta de que su padre, Sadric LXXXVI, no hubiese tenido más hijos, pues así habría podido ocupar su lugar en el Trono de Rubí otro monarca más adecuado. Sadric murió hace un año, musitando una alegre bienvenida a la que acudía a reclamar su alma. Sadric no había conocido, durante la mayor parte de su vida, otra mujer que su esposa, aunque la Emperatriz había muerto al traer al mundo a su único vástago, aquel ser escaso de sangre. En efecto, Sadric, en sus emociones melnibonesas (tan distintas y ajenas a las de los humanos recién llegados), había amado siempre a su esposa y no había encontrado placer en ninguna otra compañía, ni siquiera en la del hijo que había causado su muerte y que era lo único que le quedaba de ella. Pociones mágicas, hierbas extrañas y encantamientos nutrieron al pequeño cuya vida mantenían artificialmente todas las artes de los Reyes Hechiceros de Melniboné. Y ha sobrevivido -sigue haciéndolo- gracias sólo a la brujería, pues Elric es de naturaleza extremadamente lánguida y, sin sus pócimas, apenas podría alzar la mano del trono en todo el día.

Si alguna ventaja ha obtenido el joven emperador de esta permanente debilidad, quizá sea que, por fuerza, ha leído mucho. Antes de cumplir los quince años había leído todos los volúmenes de la biblioteca de su padre, algunos más de una vez. Sus poderes ocultos, aprendidos inicialmente de Sadric, son ahora superiores a los poseídos por sus antecesores en muchas generaciones. Tiene un profundo conocimiento del mundo más allá de las costas de Melniboné, aunque todavía carece de experiencia directa de él Si lo deseara, podría resucitar el antiguo poder de la Isla del Dragón y regir ésta y los Reinos Jóvenes como un tirano invulnerable. Pero sus lecturas le han enseñado también a preguntarse por el uso que se da al poder, a cuestionar sus motivos, incluso a poner en cuestión si debería utilizar el suyo, por causa alguna. Sus lecturas le han llevado a esta «moral» que, con todo, apenas comprende. Por eso, para sus súbditos es un enigma y, para algunos, una amenaza, pues el albino no piensa ni actúa de acuerdo a sus cánones sobre cómo debe pensar y actuar un auténtico melnibonés {y, más en concreto, un emperador de Melniboné). Su primo Yyrkoon, por ejemplo, ha sido oído más de una vez expresando profundas dudas sobre el derecho del emperador a regir al pueblo de Melniboné. «Ese enfermizo ratón de biblioteca nos llevará a todos a la ruina», dijo una noche a Dyvim Tvar, Señor de las Cavernas del Dragón.

Dyvim Tvar es uno de los pocos amigos del emperador y se había apresurado a informarle del comentario, pero el joven monarca quitó hierro al tema calificándolo de una «traición trivial» cuando cualquiera de sus antecesores habría recompensado tales sentimientos con una lenta y refinada ejecución pública.

La actitud del emperador se complica más aún por el hecho de que Yyrkoon, quien ahora ya casi no esconde sus sentimientos de que debería ser él quien ocupara el trono, es hermano de Cymoril, la muchacha a quien el albino considera su persona más amiga y a quien, algún día, quiere hacer emperatriz.

En el piso de mosaico de la corte, puede verse al príncipe Yyrkoon con sus más finas sedas y pieles, con sus joyas y brocados, bailando con cien mujeres, todas las cuales -se dice- han sido sus amantes en algún momento. Las morenas facciones de Yyrkoon, a la vez hermosas y taciturnas, están enmarcadas por un largo cabello negro, ondulado y

ungido de aceites; su expresión es, como siempre, sardónica y su porte arrogante. La pesada capa de brocado se mece a un lado y a otro, sacudiendo a los demás bailarines con cierta fuerza. La lleva casi como si fuera una armadura o, quizás, un arma. Entre muchos de los cortesanos, el príncipe Yyrkoon goza de algo más que respeto. Pocos se sienten heridos por su arrogancia, e incluso estos guardan silencio, pues se sabe que Yyrkoon es también un brujo de consideración. Además, su comportamiento es el que la corte espera y agradece en un noble de Melniboné; es el que desearían ver en su emperador. Y el emperador lo sabe. Le gustaría complacer a su corte, que se esfuerza en halagarle con bailes y diversiones, pero no consigue animarse a participar en lo que, privadamente, considera una secuencia tediosa e irritante de posturas rituales. En esto, quizá sea más arrogante que Yyrkoon, quien es bastante patán.

Desde los pórticos, la música se hace más alta y compleja cuando los esclavos, especialmente instruidos y sometidos a una intervención quirúrgica para cantar una única nota perfecta, son estimulados a un esfuerzo más apasionado. Hasta el joven emperador se emociona ante la siniestra armonía de la canción, que poco se parece a nada de lo emitido hasta ahora por una garganta humana. ¿Por qué ha de producir su dolor una belleza tan espléndida?, se pregunta. ¿O es que toda belleza se crea mediante el dolor? ¿Es este el secreto del gran arte, tanto en Melniboné como entre los humanos? El emperador Elric cierra los ojos.

Abajo, en el salón, hay cierta agitación. Las puertas se han abierto y los cortesanos detienen su danza, se retiran a los lados y se inclinan en una profunda reverencia mientras entran unos soldados. Éstos van vestidos de color azul celeste, con cascos ornamentales de formas fantásticas y lanzas largas, de ancha hoja, decoradas de cintas enjoyadas. Rodean a una muchacha chacha cuyo vestido azul está a tono con los uniformes y cuyos brazos desnudos están rodeados por cinco o seis brazaletes de diamantes, zafiros y oro. Sartas de diamantes y zafiros se enroscan en sus cabellos. Al contrario que la mayoría de las mujeres de la corte, su rostro no luce dibujos pintados sobre los párpados o los pómulos. Elric sonríe. Aquí está Cymoril. Los soldados son su guardia de honor personal que, según la tradición, debe escoltarla hasta la corte. Juntos suben los peldaños que llevan al Trono de Rubí. Con gesto lento, Elric levanta sus manos y las extiende hacia ella.

-Cymoril, pensaba que habías decidido no complacernos esta noche con tu presencia.

La muchacha le devuelve la sonrisa.

-Mi emperador, finalmente he considerado que estaba de humor para conversar.

Elric se siente agradecido. La muchacha sabe que está aburrido y sabe también que ella es una de las pocas personas de Melniboné cuya conversación le interesa. Si el protocolo lo permitiera, Elric le ofrecería su trono pero, dada su regia posición, Cymoril debe sentarse en el primer peldaño, a los pies del trono.

-Te ruego que te sientes, dulce Cymoril.

Elric posa de nuevo sus manos en el trono y se inclina hacia delante mientras ella toma asiento y vuelve la mirada hacia él con una mezcla de humor y ternura. La muchacha habla con dulzura mientras su guardia se retira hasta mezclarse con la propia guardia de Elric a los lados de la escalinata. Sólo Elric puede escuchar su voz.

-¿Te gustaría cabalgar conmigo mañana a !a región más despoblada de la isla, mi señor?

-Debo de atender una serie de asuntos...

A Elric le atrae la propuesta Hace semanas que no sale de la ciudad para cabalgar con ella, con sus guardias personales discretamente alejados.

-¿ Son urgentes?

-¿Qué asunto es urgente en Melniboné? -responde él con un encogimiento de hombros. Después de mil años, la mayor parte de los problemas pueden contemplarse desde cierta perspectiva. Su sonrisa es casi la de un joven estudiante que proyecta hacer

novillos engañando a su tutor-. está bien; nos marcharemos por la mañana temprano, antes de que despierten los demás.

-Fuera de Imrryr, el aire será claro y transparente. El sol calentará mucho, para la época en que estamos. El cielo estará azul y limpio de nubes.

-¡Vaya encantamiento has preparado!-se ríe Elric. Cymoril baja la mirada y traza un dibujo sobre el mármol del estrado.

-Bueno, no es gran cosa. No estoy falta de amigos entre los espíritus menos poderosos.

Elric extiende la mano hasta tocar su cabello rubio y delicado.

-¿Lo sabe Yyrkoon?

-No.

El príncipe Yyrkoon ha prohibido a su hermana que se ocupe de asuntos mágicos. Los amigos del príncipe se cuentan entre los más siniestros de los seres sobrenaturales e Yyrkoon sabe que es peligroso tratar con ellos, por lo que cree que todas las prácticas de brujería comportan una peligrosidad similar. Además, a Yyrkoon le disgusta pensar que otros poseen el mismo poder que él domina. Quizá sea eso lo que más odia en Elric.

-Esperemos que todo cuanto necesite Melniboné sea buen tiempo para mañana -dice Elric.

Cymoril le observa con gesto de curiosidad. Ella es todavía una hija de Melniboné. No se le ha pasado por la cabeza que su magia pueda ser mal recibida por otros. Después, encoge sus hombros adorables y roza con su mano la del monarca.

-Esa «culpabilidad» -murmura Cymoril-. esa búsqueda de la conciencia. Su propósito escapa a mi corta mente.

−−Y a la mía, debo reconocerlo. No parece tener ninguna función práctica. Sin embargo, más de uno de nuestros antecesores predijo un cambio en la naturaleza de nuestra tierra. Un cambio tanto físico como espiritual. quizá tengo una inconcreta premonición de este cambio cuando me asaltan esos extraños pensamientos míos, tan poco «melniboneses».

La música sube de volumen. Luego vuelve a bajar. Los cortesanos siguen bailando aunque muchos ojos están fijos en Elric y Cymoril mientras éstos conversan en la parte superior del estrado. Aumentan las especulaciones, ¿Cuándo anunciará Elric su compromiso de boda con la futura emperatriz?, Restablecerá la costumbre, abolida por Sadric, de sacrificar doce novias y sus prometidos a los Señores del Caos para asegurar una buena boda a los soberanos de Melniboné. Fue patente que la negativa de Sadric a que continuara la costumbre trajo la desgracia sobre él y la muerte sobre su esposa, le dio un hijo enfermizo y amenazó la propia continuidad de la monarquía. Elric, debería reanudar la tradición. Incluso Elric debería temer la repercusión de la fatalidad que había visitado a su padre.

Sin embargo, hay quien dice que Elric no hará nada de acuerdo con la tradición y que no sólo expone su propia vida, sino la existencia misma de Melniboné y de todo cuanto significa. Y quienes eso dicen suelen estar en buenas relaciones con el príncipe Yyrkoon, que sigue bailando sin parecer percatarse de su conversación o, siquiera, de que su hermana charla en voz baja con el primo que se sienta en el Trono de Rubí, del primo que se sienta en el borde del trono olvidando su dignidad; que no muestra un ápice de ese orgullo feroz y desdeñoso que, en el pasado, ha caracterizado prácticamente a todos los emperadores de Melniboné, que charla animadamente como si despreciara a la corte que, se supone, baila para divertirle.

Y entonces, de pronto, el príncipe Yyrkoon se queda inmóvil a media pirueta y alza los ojos oscuros hacia su emperador. En un rincón de la estancia, el gesto espectacular y calculado de Yyrkoon atrae la atención de Dyvim Tvar y el Señor de las Cavernas del Dragón frunce el ceño. lleva la mano donde de costumbre está su espada, pero en los bailes

de la corte no pueden llevarse armas. Dyvim Tvar observa con preocupación y resueltamente al príncipe Yyrkoon mientras el apuesto noble empieza a ascender los peldaños hacía el Trono de Rubí. Muchos ojos siguen al primo del emperador y casi nadie continúa bailando aunque la música se hace todavía más estruendosa al exigir los amos de los coros un esfuerzo mayor a sus esclavos.

Elric alza la mirada y encuentra a Yyrkoon en el peldaño inferior al que ocupa Cymoril. Yyrkoon hace una reverencia que resulta sutilmente insultante.

-Comparezco ante mi emperador -dice.

2
Un príncipe advenedizo: Se enfrenta a su primo

-¿Disfrutas del baile, primo? -preguntó Elric, consciente de que la presentación melodramática de Yyrkoon tenía por objetivo pillarle desprevenido y, a ser posible, humillarle-. ¿Es la música de tu gusto?

Yyrkoon bajó la mirada y en sus labios se formó una breve sonrisa.

-Todo está a mi gusto, mi señor. Pero ¿qué hay de ti? No participas en el baile... ¿Hay algo que te disguste?

Elric se llevó un pálido dedo a la barbilla y contempló a su primo, que mantenía apartada la mirada.

-Aunque no baile, primo, disfruto con la fiesta. Supongo que es posible complacerse en el placer de los demás, ¿verdad?

Yyrkoon pareció realmente sorprendido. Abrió los ojos de par en par y los alzó hacia Elric. Éste notó una ligera sacudida y apartó entonces su mirada, señalando los porches de los músicos con un lánguido gesto de la mano.

-... O quizá se el dolor de otros lo que me da placer. No te apures por mí, primo.

Estoy a gusto, muy a gusto. Y ahora que te has asegurado de que tu emperador disfruta del baile, puedes continuar con tus danzas.

Sin embargo, Yyrkoon no iba a dejarse apartar de su objetivo.

-No obstante, para que sus súbditos no se vayan de aquí tristes y preocupados de no haber sabido agradar a su monarca, el emperador debería demostrar su complacencia...

-Te recuerdo, primo-replicó Elric en voz baja-, que el emperador no tiene ninguna obligación para con sus súbditos, salvo gobernarles. Los deberes son de ellos para con él. Tal es la tradición de Melniboné.

Yyrkoon no había previsto que Elric utilizara tales argumentos contra él, pero recurrió a su siguiente observación.

-En efecto, señor. El deber del emperador es gobernar a sus súbditos. Quizás ésta sea la razón de que muchos de ellos no disfruten del baile tanto como deberían.

-No acabo de entenderte, primo.

Cymoril se había puesto en pie y permanecía con las manos juntas en el peldaño superior al de su hermano. Estaba tensa y nerviosa, preocupada por el tono burlón de su hermano, por su aire desdeñoso.

-Yyrkoon... -musitó.

El príncipe pareció advertir se presencia.

-Hermana... Veo que compartes la desgana de nuestro emperador por el baile.

-Yyrkoon - murmuró ella-, está yendo demasiado lejos. El emperador es tolerante, pero...

—–¿Tolerante? ¿O indiferente? ¿No es acaso indiferente a las tradiciones de nuestra gran raza? ¿No muestra desdén ante este orgullo racial?

Dyvim Tvar ascendía ahora los escalones. Era evidente que también él consideraba que Yyrkoon había escogido aquel momento para someter a prueba el poder de Elric.

Cymoril estaba estupefacta y murmuró en tono alarmado:

-¡Yyrkoon, si quieres seguir vivo... !

-No me importa vivir si el espíritu de Melniboné perece. Y la preservación del espíritu de nuestra nación es responsabilidad del emperador. ¿Qué sucedería si tuviéramos un emperador que no cumpliera esa responsabilidad, un emperador que fuera débil, un emperador a quien no preocupara en absoluto la grandeza de la Isla del Dragón y de su pueblo. ?

-Ésa es una pregunta hipotética, primo - Elric había recuperado su compostura y su voz helada arrastraba las palabras-, pues nunca se ha sentado en el Trono de Rubí un emperador tal, y nunca lo hará.

Dyvim Tvar llegó hasta el grupo y rodeó a Yyrkoon en el hombro.

-Príncipe, si aprecias tu dignidad y tu vida... Elric alzó su mano.

-Eso no es preciso, Dyvim Tvar. El príncipe Yyrkoon sólo nos entretiene ton un débate intelectual. Temeroso de que me aburriese con la música y el baile, cosa en absoluto cierta, ha pensado en proporcionarme un tema para una discusión estimulante. Y estoy seguro de que todos nos sentimos de lo más estimulados, príncipe Yyrkoon.

Elric dejó que una expresión de condescendiente calidez enmarcara su última frase.

Yyrkoon enrojeció de cólera y se mordió el labio.

—–Pero continúa, querido primo Yyrkoon-añadió Elric-. Estoy muy interesado. ¿Por qué no te extiendes en tus argumentos?

Yyrkoon miró a su alrededor, como si buscara apoyo. Sin embargo, todos sus partidarios estaban en el piso de la estancia, al pie de la escalinata. Cerca, sólo había amigos de Elric: Dyvim Tvar y Cymoril. Sin embargo, Yyrkoon sabía que sus partidarios estaban oyendo cada palabra y que perdería categoría ante ellos si no replicaba. Elric se daba cuenta de que Yyrkoon habría preferido retirarse de esta escaramuza y escoger otro día y otro terreno para continuar la batalla, pero eso ya no era posible. El propio Elric no

deseaba proseguir la estúpida pelea que, por mucho que se disfrazara, no era mejor que la disputa de dos niñas sobre quién jugaría primero con los esclavos. Así pues, decidió poner fin al episodio.

Yyrkoon empezó a responder.

––Entonces, déjame sugerir que un emperador físicamente débil podría ser también débil en su voluntad para gobernar como está establecido y...

Elric alzó su mano.

––Ya has dicho suficiente, querido primo. Más que suficiente. Has decidido ocuparte de suscitar esta conversación cuando, en realidad, preferirías estar bailando. Me siento conmovido por tu solicitud, pero también yo me siento abrumado por las preocupaciones -Elric hizo una seña a su viejo criado, huesos Torcidos, que permanecía al otro extremo del estrado del trono, entre los soldados-. ¡Huesos Torcidos, mi capa!

Se puso de pie y añadió:

-Te agradezco de nuevo tu solicitud, primo. ––Después se dirigió a su corte en general-: Me he divertido. Ahora me retiro.

Huesos Torcidos le trajo la capa de armiño y la colocó sobre los hombros de su amo. Huesos Torcidos era muy anciano y mucho más alto que Elric, aunque tenía arqueada la espalda y todas sus extremidades parecían nudosas y retorcidas sobre sí mismas, como las ramas de un viejo y robusto árbol.

Elric cruzó el estrado y desapareció atravesando la puerta situada al fondo de éste, que conducía a sus aposentos privados por un largo pasillo.

Yyrkoon se quedó ante el trono, encolerizado. Dio una brusca media vuelta en el estrado y abrió la boca como si quisiera dirigirse a los cortesanos que le observaban. Algunos, que no le apoyaban, sonreían abiertamente. Yyrkoon apretó los puños a los costados y lanzó miradas furibundas. Observó a Dyvim Tvar y abrió sus finos labios para añadir algo. Dyvim Tvar le devolvió la mirada con frialdad,. retando a Yyrkoon a decir algo más.

Entonces, el príncipe echó la cabeza hacia atrás hasta que los rizos de su cabello, enroscados y ungidos le colgaron a la espalda. Después, soltó una risotada.

El áspero sonido llenó la sala. La música cesó. La risa continuó. Yyrkoon dio unos pasos más hasta alcanzar el estrado y, dando un tirón de su capa, envolvió su cuerpo en ella.

Cymoril se adelantó hasta él.

-Yyrkoon, por favor, te lo ruego...

El príncipe la echó hacía atrás con un gesto de su hombro.

Yyrkoon avanzó con pasos tensos hacia el Trono de Rubí. Se hizo evidente que se disponía a sentarse en él llevando a cabo uno de los actos de traición más pérfidos en el código de honor de Melniboné. Cymoril corrió los breves pasos que le separaban de su hermano y le asió por el brazo.

La risa de Yyrkoon subió de tono.

-Es a mí a quien desean ver en el Trono de Rubí -dijo a su hermana.

Ésta emitió un jadeo y miró horrorizada a Dyvim Tvar, cuya expresión era torva y llena de furia.

Dyvim Tvar hizo una señal a la guardia y, de pronto, dos filas de hombres armados se interpusieron entre Yyrkoon y el trono.

Yyrkoon volvió la vista hacia el Señor de las Cavernas del Dragón.

-Tendrás suerte si pereces con tu amo-susurró.

-La guardia de honor te escoltará fuera del salón -respondió Dyvim Tvar en tono sereno––. Todos nos hemos sentido estimulados por tu conversación de esta noche, príncipe Yyrkoon.

El príncipe permaneció inmóvil, le miró fijamente y, por último, se relajó. Después,

encogiéndose de hombros, añadió:

-Queda tiempo. Si Elric no abdica, habrá que deponerle. El esbelto cuerpo de Cymoril seguía rígido. Sus ojos llameaban. Se volvió hacia su hermano y le dijo:

-Si haces algún daño a Elric, te mataré con mis propias manos, Yyrkoon.

El príncipe enarcó sus finas cejas y le dedicó una sonrisa. En ese momento parecía odiar a su hermana, más incluso que a su primo.

−−Tu lealtad a ese ser te ha asegurado tu propia condena. Cymoril. Antes preferiría verte muerta que engendrando a un hijo de su estirpe. No deseo que la sangre de mi casa se diluya, se tiña, sea tocada siquiera por la de él. Mira por tu propia vida, hermana mía, antes que amenazar la mía.

Con esto, Yyrkoon bajó por la escalera abriéndose paso entre quienes acudían a felicitarle. Sabía que había perdido y el murmullo de sus sicofantes no hacía sino irritarle más aún.

Las grandes puertas del salón crujieron tras él al cerrarse de nuevo. Yyrkoon había abandonado el salón de la corte.

Dyvim Tvar alzó ambos brazos.

-Seguid el baile, cortesanos. Complaceos con lo que tenéis en el salón. Esto es lo que más alegrará al emperador.

Pera era evidente que poco más se bailaría esa noche. Los cortesanos ya estaban sumidos en profundas conversaciones mientras debatían animadamente los acontecimientos. Dyvim Tvar se volvió hacia Cymoril.

-Elric se niega a comprender el peligro, princesa Cymoril. la ambición de Yyrkoon puede traernos a todos el desastre.

-Incluido Yyrkoon -suspiró Cymoril.

-Sí, incluido Yyrkoon. Sin embargo, ¿cómo poder evitarlo, Cymoril, si Elric no da ordenes para que se detenga a tu hermano?

-El emperador opina que las personas como Yyrkoon deben poder decir lo que deseen. es parte de su filosofía. Yo apenas lo entiendo, pero parece un aspecto fundamental de su manera de pensar. Si destruye a Yyrkoon, destruye la base en que se sustenta su lógica. Eso, al menos, es lo que ha intentado explicarme, Señor del Dragón.

Dyvim Tvar suspiró frunció el ceño. No alcanzaba a comprender a Elric y temía, en algunos momentos. compartir los puntos de vista de Yyrkoon. Al menos, los motivos y argumentos del príncipe eran relativamente claros y directos. Sin embargo, conocía demasiado bien el carácter de Elric para creer que éste actuara llevado por la debilidad o la lasitud. La paradoja consistía en que Elric toleraba la traición de Yyrkoon porque era fuerte, porque tenía el poder para destruir a éste cuando quisiera. Y, por el contrario, el carácter del príncipe era el que le llevaba a poner a prueba constantemente la fuerza de Elric pues sabia instintivamente que, si éste daba muestras de debilidad y ordenaba matarle, habría vencido. Era una situación complicada y Dyvim Tvar deseaba fervientemente no haberse involucrado en ella. Sin embargo, su lealtad a la línea real de Melniboné era poderosa, y fuerte su fidelidad a Elric. Pensó insistentemente en la idea de hacer asesinar a Yyrkoon clandestinamente, pero sabia que tal plan no llegaría, casi con seguridad, a buen puerto. Yyrkoon en un hechicero de inmenso poder e, indudablemente, estaría prevenido de todo intento contra su vida.

-Princesa Cymoril -dijo Dyvim Tvar-, no puedo sino rezar porque tu hermano llegue a tragar tanta de su propia cólera que acabe por envenenarse.

-Me uno a ti en esa plegaria, Señor de las Cavernas del Dragón.

Juntos abandonaron el salón.

3
Un paseo matinal a caballo: Un momento de tranquilidad

La luz del alba bañó las altas torres de Imrryr y las hizo centellear. Cada torre era de un tono distinto y daba mil colores suaves. Había rosados intensos y amarillos de polen, había púrpuras y verdes glaucos, malvas y marrones y anaranjados, vagos azules, blancos y arenas de oro. Todo parecía hermosísimo bajo la primera luz del día. dos jinetes dejaron atrás la Ciudad de Ensueño y se alejaron de sus murallas por los verdes prados hacia un

bosque de pinos donde, entre los troncos umbríos, parecía quedar aún una parte de la noche. las ardillas se desperezaban y los zorros volvían a sus madrigueras; cantaban los pájaros y las flores silvestres abrían sus pétalos y llenaban el aire de un delicado perfume. algunos insectos vagaban perezosamente a la deriva. El contraste entre la vida en la cercana ciudad y aquélla bucólica ociosidad era notable y parecía reflejar algunos de los contrastes que apreciaba en su mente uno, al menos, de los jinetes; el que ahora desmontaba y llevaba de las riendas su caballo entre un macizo de flores azules que le llegaba hasta la cintura. Su acompañante, una amazona, detuvo su montura pero no bajó de ella sino que se apoyó distendidamente sobre la alta perilla de su silla de montar melnibonesa y sonrió al hombre, su amante.

-¡Elric! ¿Vamos a quedarnos tan cerca de Imrryr? Él le devolvió la sonrisa, dirigiéndole una mirada.

-De momento. Nuestra huida ha sido apresurada. quiero repasar mis pensamientos antes de continuar.

-¿Qué tal has pasado la noche?

-Bastante bien, Cymoril, aunque debo de haber soñado sin saberlo, pues había.. había pequeños miedos en mi mente cuando he despertado. Aunque, claro está, el encuentro con Yyrkoon no fue nada agradable...

-¿Crees que urde utilizar algún sortilegio contra ti?

-Si quisiera emplear algo poderoso contra mí, lo sabría -dijo Elric encogiéndose de hombros-. Y él conoce mi poder. Dudo que se atreviera a utilizar la magia.

-Tiene razones para creer que no lo usarías. Lleva tanto tiempo preocupado por tu personalidad... ¿No hay peligro de que empiece a dudar de tus facultades? ¿De que empiece a poner a prueba su hechicería como lo ha hecho con tu paciencia?

Elric frunció el ceño.

-Sí, supongo que existe ese peligro, pero pensaba que todavía era pronto...

-No será feliz hasta que te destruya, Elric.

-O se destruya a sí mismo, Cymoril.

Elric se agachó y tomó una flor. Sonrió otra vez.

-Tu hermano es propenso a los términos absolutos, ¿verdad? ¡Cuánto odia el débil la debilidad!

Cymoril comprendió a qué se refería. Desmontó y se acercó a él. Su etérea túnica hacía juego casi perfecto con el color de las flores entre las que avanzaba. Él le entregó la flor y ella la aceptó, rozando los pétalos con sus labios perfectos.

-Y cuánto el fuerte su fortaleza, amor mío. Yyrkoon es de mi sangre y, en cambio, yo te doy este consejo: utiliza tu fuerza contra él.

-No podría matarle. No tengo derecho a hacerlo. El rostro de Elric mostró sus conocidas arrugas de preocupación.

-Podrías llevarle al exilio.

-¿No es el exilio igual que la muerte para un melnibonés?

-Tú mismo has hablado de viajar a las tierras de los Reinos Jóvenes,..

Elric emitió una risa un tanto amarga.

-Pero quizás yo no sea un verdadero melnibonés. Yyrkoon ha llegado a decirlo, y otros comparten esa idea.

-Te odia porque eres un contemplativo. Tu padre lo era también y nadie dijo jamás que no fuera un buen emperador.

-Mi padre decidió no aplicar a sus propias acciones los resultados de su contemplación, y gobernó como debe hacerlo un emperador. Y debo reconocer que Yyrkoon lo haría también. Además, tiene la oportunidad para hacer grande de nuevo a Melniboné. Si fuera emperador, se embarcaría en una campaña de conquista para recuperar el antiguo volumen comercial de nuestros puertos y extender nuestro poder por la tierra. Y

eso es lo que querría también la mayoría de nuestro pueblo. ¿Tengo derecho a negarles ese deseo?

-Tienes derecho a hacer lo que decidas, pues eres el emperador. Todos los que son leales a ti piensan como yo.

-Quizá vuestra lealtad esté desencaminada. Quizás Yyrkoon tiene razón y yo traicionaré esa fidelidad trayendo la ruina sobre la Isla del Dragón. -Sus ojos taciturnos carmesí la miraron fijamente-. Quizá debería haber muerto al salir del útero de mi madre. Así, Yyrkoon habría sido emperador. ¿No es una burla al destino?

-El destino no puede ser burlado. Todo cuanto ha sucedido era voluntad del destino..., si realmente existe tal cosa y si los actos de los hombres no son una mera respuesta a los actos de otros hombres.

Elric exhaló un profundo respiro y le dedicó una mueca con un matiz de ironía.

-Tu lógica te lleva cerca de la herejía, Cymoril, si hemos de creer en las tradiciones de Melniboné. Quizá sería mejor que te olvidaras de tu amistad conmigo.

-¡Empiezas a parecerte a mi hermano! -respondió ella con una sonrisa-. ¿Estás poniendo a prueba mi amor por ti, mi señor?

Elric se dispuso a montar de nuevo.

-No, Cymoril, pero te aconsejo que lo hagas tú, pues presiento que en nuestro amor hay implícita una tragedia.

La muchacha sonrió de nuevo y movió la cabeza en gesto de negativa mientras se incorporaba a la silla de su caballo.

-Elric, ves tragedias en todas las cosas. ¿Por qué no aceptas los buenos dones que están a tu disposición? No son tantos, mi señor...

-¡Ah!, en eso estamos de acuerdo.

Ya en sus monturas, volvieron la cabeza al escuchar tras ellos ruido de cascos. Vieron a cierta distancia una columna de jinetes vestidos de amarillo que galopaba sin mucho orden. Era su guardia, a la que habían dejado en la ciudad, deseosos de cabalgar a solas.

-¡Ven! -exclamó Elric-. Crucemos el bosque y las colinas que hay más allá, y jamás nos encontrarán.

Espolearon sus caballos a través del bosque alanceado por los rayos del sol y subieron las empinadas laderas de la colina, para bajar luego a toda prisa por el otro costado hasta una llanura llena de arbustos retorcidos cuyos frutos, opulentos y venenosos, brillaban con un azul púrpura, un color a noche que ni siquiera la luz del día podía desvanecer. Había muchas de tan especiales frutas, bayas y hierbas en Melniboné, y a algunas de ellas debía Elric su vida. Otras eran usadas en ciertas pociones mágicas y habían sido sembradas muchas generaciones antes por los antecesores de Elric. Ahora, pocos melniboneses abandonaban Imrryr ni siquiera para recoger tales cosechas. Sólo algún esclavo visitaba la mayor parte de la isla en busca de las raíces y arbustos que hacían soñar al hombre alucinaciones monstruosas y espléndidas, pues era en esos sueños donde encontraban los nobles de Melniboné la mayor parte de sus placeres; siempre había sido aquella una raza taciturna, introvertida, y era dicha característica lo que había dado el sobrenombre de la Ciudad de Ensueño a Imrryr. Allí, hasta el menos valioso de los esclavos mascaba bayas para olvidar su estado y, con ello, era más fácil de controlar, pues llegaba a depender de sus sueños. Solo el propio Elric rechazaba esas drogas, quizá por necesitar tantas otras para asegurarse, simplemente, de seguir con vida.

La guardia vestida de amarillo se perdió tras la pareja y, una vez cruzada la llanura de arbustos venenosos, Elric y Cymoril aminoraron la marcha y llegaron finalmente a los acantilados y el mar.

Las aguas resplandecían y besaban lánguidamente las blancas playas bajo los acantilados. Las aves marinas trazaban círculos en el aire diáfano y sus graznidos lejanos

sólo hacían que destacara más la sensación de paz que ahora gozaban los jinetes. En silencio, los amantes guiaron sus monturas por senderos empinados hasta la orilla. Allí desmontaron y echaron a andar por la arena con el cabello -blanco el de él, azabache el de ella- ondeando al viento que soplaba del este.

Encontraron una gruta seca, de buen tamaño, que recogía el rumor del mar y lo repetía en un eco susurrante. Se despojaron de sus ropas de seda e hicieron el amor con ternura en 1a penumbra de la cueva. Después permanecieron abrazados mientras el día cobraba calor y el viento cedía.

Por último, fueron a darse un baño y llenaron el cielo vacío con sus risas.

Ya estaban secos cuando, mientras se vestían, advirtieron que el horizonte se oscurecía. Elric dijo:

-Vamos a mojarnos antes de llegar a Imrryr. Por mucha prisa que nos demos, la tormenta nos alcanzará.

-Quizá podríamos quedarnos en la cueva hasta que pase -sugirió ella, acercándose hasta apretar su cuerpo contra el de él.

-No -respondió Elric-. Debo regresar pronto, pues en Imrryr tengo pócimas que he de tomar para que mi cuerpo mantenga su vigor. Un par de horas de retraso y empezaré a debilitarme. Y tú ya me has visto en ese estado otras veces, Cymoril.

Ella le acarició el rostro con aire conmiserativo.

-Sí, ya te he visto débil, Elric. Ven, vayamos a por los caballos.

Cuando llegaron a las monturas el cielo era gris sobre sus cabezas y no muy lejos» hacia el este, estaba lleno de hirvientes nubes negras. Escucharon e1 rumor de un trueno y el estampido de un relámpago. El mar se agitaba como contagiado por la histeria del firmamento. Los caballos piafaban y pateaban la arena, ansiosos por regresar. No habían terminado de montar cuando grandes gotas de lluvia empezaron a caer sobre sus cabezas y a resbalar sobre sus capas.

Y luego, de pronto, se encontraron volviendo a galope tendido hacia Imrryr envueltos en el destello de los relámpagos y el rugir de los truenos como la voz de un gigante enfurecido, de algún antiguo y poderoso Señor del Caos que intentara irrumpir, sin haber sido invitado, en el Reino de la Tierra.

Cymoril contempló las pálidas facciones de Elric iluminadas durante un segundo por un destello de fuego celestial, y la embargó un escalofrío. Y el escalofrío no era debido al viento o a la lluvia sino a que, durante ese segundo de resplandor, le había parecido ver a aquel tranquilo pensador que ella amaba, transformado por los elementos en un demonio surgido del infierno, en un monstruo que apenas guardaba el más leve aspecto de humanidad. Sus ojos carmesí habían brillado en la blancura de su rostro como llamas surgidas del Averno más profundo; su cabello estaba erizado, como el penacho de un siniestro yelmo de guerra y, por un efecto de la luz, su rostro había parecido torcerse en una expresión mezcla de furia y de agonía.

Y, de pronto, Cymoril comprendió.

Comprendió, en lo más profundo de su ser, que el paseo matinal había sido el último momento de paz que ambos volverían a experimentar jamás. La tormenta era una señal de los propios dioses, un aviso de las tormentas que se avecinaban.

Volvió a contemplar a su amado. Elric se reía. Había alzado el rostro hacia el cielo y la cálida lluvia caía sobre sus facciones, salpicando su boca abierta. Su risa era la carcajada fácil y espontánea de un niño feliz.

Cymoril quiso sumarse a ello, pero tuvo que volver el rostro para que Elric no le viera. Porque Cymoril se había puesto a llorar.

Aún seguía llorando cuando llegaron a la vista de Imrryr, que se mostraba como una silueta negra y grotesca recortada contra una línea de fulgor y luz que señalaba el oeste, todavía despejado de nubes.

4

Prisioneros:
Les son arrancados los secretos

Los hombres de armaduras amarillas vieron a Elric y Cymoril cuando la pareja se aproximaba a la menor de las puertas que se abrían al este.

-Por fin nos han encontrado -sonrió Elric bajo la lluvia -, pero un poco tarde, ¿no, Cymoril?

Ella, envuelta todavía en la premonición de desgracia que la había asaltado, se limitó a asentir e intentó devolverle la sonrisa.

Elric confundió su gesto con una expresión de simple disgusto y llamó a su guardia:

-¡Eh, hombres! ¡Pronto estaremos todos secos otra vez! Sin embargo, el capitán de la guardia galopó hasta él a toda prisa, mientras le gritaba:

-¡Solicitan a mi señor emperador en la Torre de Monshanjik, donde tienen a unos espías!

-¿Espías?

-Si, mi señor. -El capitán tenía el rostro blanco como la cera. La lluvia le caía del casco corno una cascada, oscureciendo su delgada capa. Tenía dificultades para dominar su montura, que avanzaba de lado entre los charcos de agua del camino, que pedía ser reparado con urgencia-. les han capturado en el laberinto esta mañana. Son bárbaros del sur, según se deduce de las telas a cuadros de sus ropas. Están retenidos en la Torre hasta que el propio emperador los pueda interrogar.

Elric hizo un gesto con la mano y respondió:

-Adelante, pues, capitán. Vamos a ver a esos valientes estúpidos que se atreven a penetrar en el laberinto marino de Melniboné.

La Torre de Monshanjik llevaba el nombre del mago–arquitecto que había diseñado el laberinto marino milenios antes. El laberinto era el único medio de llegar al gran puerto de Imrryr y su secreto había sido guardado celosamente, pues era la mejor protección contra un ataque imprevisto. El laberinto era muy complicado y había que instruir especialmente a un grupo de prácticos para guiar las naves por sus canales. Antes de reconstruirse el laberinto, el puerto había sido una especie de laguna interior, alimentada por el mar que se colaba por un sistema de cavernas naturales abiertas entre los impresionantes acantilados que se alzaban entre la laguna y el océano. Había cinco rutas distintas a través del laberinto y cada práctico conocía sólo una de ellas. En la parte exterior de los acantilados había cinco entradas, ante las que aguardaban las naves de los Reinos Jóvenes hasta que subía a bordo el práctico melnibonés. Entonces se alzaba la puerta de una de las cinco rutas, tras haber tomado la precaución de tapar los ojos a toda la tripulación y el pasaje, quienes debían permanecer bajo la cubierta del buque, Sólo el timonel y el jefe de remeros, los cuales debían cubrirse también con unos pesados cascos de acero, auxiliaban al práctico limitándose a obedecer las complicadas maniobras que ordenaba éste, sin poder ver por dónde avanzaban. Y si una nave de los Reinos Jóvenes desobedecía alguna de las instrucciones y se estrellaba contra los muros de piedra... Bien, Melniboné no se lamentaba de ello y todos los tripulantes sobrevivientes terminaban sus días como esclavos en la Isla del Dragón. Todos los interesados en comerciar con la Ciudad de Ensueño comprendían los riesgos que ello significaba, pero gran cantidad de mercaderes acudía mensualmente a vencer los riesgos del laberinto e intercambiar sus pobres productos por las espléndidas riquezas de Melniboné.

La Torre de Monshanjik se alzaba sobre el puerto y sobre el inmenso muelle que se adentraba hasta el centro de la laguna. Era una torre verde mar, baja y robusta en comparación con la mayoría de torres de Imrryr pero, aun así resultaba una edificación hermosa y destacada, con amplias ventanas desde las que podía contemplarse el conjunto de las instalaciones portuarias. En la Torre de Monshanjik se llevaban a cabo casi todos los

tratos comerciales del puerro y, en sus sótanos inferiores, se guardaba presos a quienes habían quebrantado alguna de las innumerables reglas que gobernaban el funcionamiento del mismo. Tras dejar a Cymoril para que volviera al palacio escoltada por una guardia, Elric penetró en la torre y cruzó a caballo el gran arco de su entrada principal, dispersando a una cantidad notable de comerciantes que aguardaban el permiso necesario para iniciar sus tratos, pues toda la planta baja del edificio estaba llena de marineros, mercaderes y funcionarios de Melniboné dedicados a los temas comerciales, aunque no era allí donde se intercambiaban realmente las mercancías La gran barahúnda de miles de voces enfrascadas en innumerables conversaciones sobre infinitos detalles de los tratos a cerrar, fue bajando de intensidad lentamente mientras Elric y su guardia a caballo se alejaban de la lonja tras cruzar otro arco en sombras, en el extremo opuesto de la estancia este segundo arco se abría a una rampa inclinada y curva que conducía a las entrañas de la torre.

Los jinetes descendieron por la rampa, cruzándose con esclavos, criados y funcionarios que se hacían rápidamente a un lado con grandes reverencias al reconocer al emperador. Enormes antorchas iluminaban el pasadizo, humeando y llenando de sombras distorsionadas las lisas paredes de obsidiana. El aire aquí era frío y húmedo, pues el agua lamía los muros exteriores bajo los desembarcaderos de Imrryr. Y el emperador continuó avanzando y la rampa siguió descendiendo entre la roca cristalizada. Y, por fin, una oleada de calor se levantó hacia ellos al tiempo que divisaban una luz cambiante un poco más allá. Penetraron en una Cámara llena de humo y del olor del miedo. Del bajo techo colgaban numerosas cadenas y, suspendidas por los pies de ocho de ellas, Elric vio a cuatro personas. Las ropas les habían sido arrancadas, pero sus cuerpos estaban cubiertos de sangre procedente de pequeñas heridas, precisas y dolorosas, realizadas por el artista que, en pie y con el escalpelo en la mano, parecía revisar su obra maestra.

El artista era un hombre alto y muy delgado, casi un esqueleto cubierto de ropas blancas manchadas de sangre. Tenía los labios finos, los dedos ahusados, los ojos como dos rendijas y el cabello lacio. E1 escalpelo que llevaba en la mano era también muy fino, casi invisible salvo cuando centelleaba a la luz del fuego que surgía de un hueco al otro extremo de la cámara.

El artista era el Doctor Burlón y su especialidad era más una habilidad que un arte creativo (aunque él solía defender con cierta convicción lo contrario}: era la tarea de extraer secretos a quienes los guardaban. El Doctor Burlón era el Jefe de Interrogadores de Melniboné. Cuando vio entrar a Elric, se volvió hacia él con gesto tortuoso, sosteniendo todavía el escalpelo entre el pulgar y el ahusado índice de su mano derecha; permaneció un instante erguido y expectante, casi como un bailarín, y después hizo una profunda reverencia.

-¡Mi amado emperador!

Su voz era fina y surgía de su garganta como si se escapara de ella, haciendo que uno dudara incluso de haber oído realmente sus palabras, por lo breves y rápidas que habían sonado.

-Doctor, ¿son esos los espías del sur capturados esta mañana?

-Ciertamente lo son, mi señor -respondió el aludido con otra tortuosa reverencia-. Para vuestro placer.

Elric inspeccionó con frialdad a los prisioneros. No sentía la menor simpatía por ellos, pues eran espías y sus actos les habían llevado a aquel trance. Ya sabían a qué se arriesgaban si eran capturados. Sin embargo, uno de ellos era un muchacho y el otro en una mujer; al menos y eso parecía, aunque se agitaban tanto que, colgados de los grilletes, era difícil asegurarlo a primera vista. Era una visión penosa. La mujer hizo rechinar los dientes que le quedaban y siseó, «¡Demonio!». Elric dio un paso atrás.

-¿Os han revelado qué hacían en el laberinto, doctor?

-No, siguen exasperándome con divagaciones. Tienen un elevado sentido del arte

dramático. cosa que aprecio. En mi opinión, han venido a trazar una ruta por la que poder cruzar el laberinto una fuerza incursora. Sin embargo, todavía no me han revelado los detalles. Así es el juego, y todos sabemos cómo hay que jugar en él.

-Entonces, ¿cuándo te lo dirán, Doctor Burlón?

-¡Ah!. muy pronto, mi señor

-Sería magnífico saber si debemos esperar un ataque. Cuanto más pronto lo sepamos, menos tiempo perderemos en librarnos de quienes lo intenten llevar a cabo, ¿no te parece, doctor?

-¡Ah!, sí, mi señor.

-Magnífico.

Elric estaba molesto por aquel imprevisto. Le había echado a perder el placer del paseo a caballo y le había devuelto a sus responsabilidades demasiado aprisa.

El Doctor Burlón se acercó de nuevo a sus víctimas y, tras extender el brazo, asió con la mano libre los genitales de uno de los prisioneros varones. el escalpelo relampagueó y hubo un gemido. El Doctor Burlón lanzó algo al fuego. Elric tomó asiento en la silla dispuesta para él. El ceremonial seguido para la obtención de la información, más que disgustarle, le aburría; los gritos discordantes, el rechinar de las cadenas, los leves susurros del Doctor Burlón, todo contribuía a alterar la sensación de bienestar que había conservado hasta la misma entrada a la cámara. Sin embargo, la asistencia a estos ritos era uno de sus deberes reales, y tendría que soportar éste hasta que le fuese presentada la información obtenida; entonces felicitaría al Jefe de Interrogadores y daría las órdenes oportunas para hacer frente al ataque previsto; y cuando todo estuviera dispuesto tendría que conferenciar todavía con almirantes y generales, probablemente durante el resto de la noche, escogiendo entre distintas opciones y decidiendo la disposición de hombres y naves. Con un bostezo apenas disimulado, se reclinó hacia atrás y observó al Doctor Burlón mientras éste aplicaba escalpelo, pinchos y tenazas al cuerpo de los espías. Elric se dedicó pronto a meditar en otros asuntos, en problemas filosóficos que todavía no había resuelto.

No se trataba de que Elric fuera inhumano, sino que, pese a todo, el albino emperador era un melnibonés y estaba acostumbrado a esos espectáculos desde la niñez. Aunque lo hubiera deseado, no habría podido salvar a los prisioneros sin haber pasado por encima de todas las tradiciones de la Isla del Dragón. Y, en este caso, se trataba simplemente de una amenaza a la que había que responder de la mejor manera posible. Elric se había acostumbrado a reprimir los sentimientos que entraban en conflicto con sus deberes como emperador. Si hubiera tenido algún sentido liberar a los cuatro desgraciados que bailaban ahora en el aire a merced del Doctor Burlón, lo habría hecho. Sin embargo, tal actitud no habría llevado a nada, e incluso los prisioneros se habrían asombrado de recibir un trato distinto al que les estaban aplicando. Cuando se trataba de decisiones morales, Elric era, sobre todo, práctico y resolvía en función de las posibles acciones, En este caso concreto, no adoptaría acción alguna. Era ésta una actitud que se

había convertido en su segunda naturaleza. Su deseo no era reformar Melniboné, sino reformarse él mismo; no deseaba tomar iniciativas, sino estudiar el modo de responder a las acciones de los demás. Aquí era fácil tomar una decisión. Un espía era un agresor, y uno debía defenderse de los agresores de la mejor manera posible. Los métodos empleados por el Doctor Burlón eran los mejores.

-Mi señor...

Elric alzó la mirada con aire ausente.

-Ya tenemos la información, mi señor

La fina voz del Doctor Burlón cuchicheó algo más desde el extremo opuesto de la cámara. Dos pares de cadenas estaban ahora vacíos y unos esclavos recogían restos humanos del suelo y los lanzaban a las llamas. Los dos bultos informes que quedaban colgados recordaron a Elric un par de reses meticulosamente preparadas por un chef. Uno

de los bultos se agitaba aún ligeramente, pero el otro estaba del todo quieto.

El Doctor Burlón guardó su instrumental en una caja que llevaba atada al cinto. Tenía su blanca indumentaria cubierta de sangre casi por completo.

-Parece que ha habido otros espías antes que estos -dijo el Doctor a su amo-. Los que hemos capturado ahora sólo venían a confirmar 1a ruta. Aunque no regresen según lo acordado, la flota enemiga vendrá de todos modos.

-Pero entonces, seguro que sabrán que les aguardamos... -comentó Elric.

-Probablemente no sea así, mi señor. Hemos extendido entre los mercaderes y marineros de los Reinos Jóvenes el rumor de que cuatro espías fueron vistos en el laberinto y fueron muertos a lanzadas cuando intentaban escapar.

-Comprendo. -Elric fruncía el ceño y añadió-: Entonces, el mejor plan será tender una trampa a esos incursores.

-En efecto, mí señor.

-¿Sabemos qué ruta han escogido?

-Sí, mi señor

Elric se volvió hacia uno de los guardias y le ordenó:

-Envía mensajes a nuestros generales y almirantes para

que estén al corriente. ¿Qué hora es?

-Acaba de anochecer, mi emperador.

-Diles que se presenten ante el Trono de Rubí dos horas después del crepúsculo.

-Después, Elric se puso en pie cansinamente-. Como siempre, lo has hecho todo muy bien, Doctor Burlón.

El delgado artista hizo una profunda reverencia, doblándose casi totalmente por la cintura, y respondió al halago con un suspiro sutil y un tanto untuoso.

5
Una batalla:
El rey
demuestra su capacidad militar

Yrkoon fue el primero en llegar, vestido de la cabeza a los pies con sus mejores galas marciales y acompañado por dos enormes guardias, cada uno de los cuales enarbolaba uno de los floridos estandartes de guerra del príncipe.

-¡Mi emperador! -El grito de Yyrkoon sonaba orgulloso y lleno de desdén- ¿Me permitiréis conducir a los guerreros? Puedo encargarme de ellos ya que. sin duda, mi señor tendrá muchas otras cuestiones que ocupen su tiempo.

-Eres muy considerado, príncipe Yyrkoon, pero no debes temer por mi -replicó Elric con voz paciente-. Yo iré al frente de los ejércitos y escuadras de Melniboné, pues ése es el deber del emperador.

Yyrkoon le dirigió una mirada colérica y se apartó a un lado cuando entró en el salón Dyvim Tvar, Señor de las Cavernas del Dragón. El recién llegado no iba acompañado de ningún guardia y parecía haberse vestido apresuradamente. Todavía llevaba el casco bajo el brazo.

-Mi emperador... Traigo noticias de los dragones-

-Gracias, Dyvim Tvar, pero aguarda a que lleguen todos mis comandantes. Así estaremos todos al corriente de tus novedades.

Dyvim Tvar hizo una reverencia y se dirigió hacia el lado contrario al que ocupaba el príncipe Yyrkoon en la estancia.

Poco a poco, fueron llegando los guerreros hasta que el grueso de los principales comandantes estuvo reunido al pie de la escalinata que conducía al Trono de Rubí, donde estaba sentado Elric. Éste llevaba todavía las ropas que había utilizado en el paseo matinal a caballo. No le había dado tiempo a cambiarse pues, hasta pocos momentos antes, había estado consultando los mapas del laberinto, unos mapas que sólo él podía estudiar y que, en tiempos normales, estaban ocultos por medios mágicos a todo aquel que quisiera buscarlos.

-Las gentes del sur quieren apoderarse de las riquezas de Imrryr y matarnos a todos -empezó a decir Elric-. Creen haber encontrado una ruta para atravesar nuestro laberinto marino. Una flota de cien navíos de guerra avanza ya hacia Melniboné. Mañana aguardará tras el horizonte hasta que oscurezca y, a continuación, navegará hasta el laberinto y forzará la entrada en éste. La flota enemiga prevé alcanzar el puerto a medianoche y tomar la Ciudad de Ensueño antes del amanecer. Y yo pregunto: ¿es eso posible?

-¡No! -Muchas gargantas gritaron al unísono la breve respuesta.

-Claro que no -asintió Elric con una sonrisa- Sin embargo, ¿cómo disfrutaremos mejor de esa pequeña batalla que intentan plantearnos?

Como siempre, Yyrkoon fue el primero en responder, vociferante:

-Salgamos ahora mismo a su encuentro con los dragones y las naves de guerra. Persigamos al enemigo hasta su propia tierra y llevemos allí la guerra. ¡Ataquemos sus naciones e incendiemos sus ciudades! ¡Conquistémosles y aseguremos, con ello, nuestro

propio bienestar!

Dyvim Tvar intervino entonces, lacónicamente:

-No hay dragones-musitó.

-¿Cómo? -Yyrkoon se volvió hacia él y añadió-: ¿Qué dices?

-No hay dragones príncipe. No van a despertar. Los dragones duermen en sus cavernas, agotados por la última misión que llevaron a cabo para ti.

-¿Para mí?

-Tú los utilizaste en el conflicto con los piratas de Vilmir. Ya te advertí que era preferible reservarlos para compromisos de mayor envergadura, pero tú los llevaste contra los piratas. Los usaste para incendiar sus pequeñas naves, y ahora los dragones duermen.

Yyrkoon frunció el ceño y levantó la mirada hacia Elric.

-Yo no preveía...

Elric alzó la mano.

-No es preciso que utilicemos nuestros dragones hasta que sea imprescindible. Este ataque de la flota meridional no es peligroso, pero tendremos menos bajas propias si aguardamos nuestro momento para atacar. Hagámosles creer que nos han pillado desprevenidos. Dejemos que entren en el laberinto. Una vez estén dentro las cien naves, las rodearemos bloqueando todas las rutas del laberinto, tanto de entrada como de salida. Una vez atrapada la flota, les destrozaremos.

Yyrkoon mantenía los ojos fijos en las puntas de sus pies, con aire irritado. Era evidente que intentaba encontrar algún punto débil en el plan Magum Colim, el enorme y anciano al–mirante de la flota, se adelantó hacia la escalinata enfundado en su armadura verde mar e hizo una reverencia.

-Las doradas naves de guerra de Imrryr están preparadas para defender la ciudad, mi señor. Sin embargo, llevará tiempo maniobrar hasta que estén en posición. No es seguro que todas quepan en el laberinto a un tiempo.

-Entonces envía inmediatamente una flotilla fuera del laberinto y escóndela en las costas, cerca de la entrada. Allí aguardarán a los posibles supervivientes que escapen a nuestro ataque -ordenó Elric.

-Un plan muy astuto, mi señor-asintió Magum Colim, al tiempo que hacía una nueva reverencia y retrocedía hasta el grupo de comandantes.

El debate sobre los planes bélicos se prolongó un rato más. Cuando ya estaba todo preparado y se disponían a salir, el príncipe Yyrkoon elevó de nuevo su voz para decir.

-Repito mi ofrecimiento al emperador. Su persona es demasiado valiosa para arriesgarla en una batalla. En cambio, la mía no tiene ningún valor. Dejadme dirigir a los guerreros, tanto en tierra como en el mar. mientras el emperador permanece en palacio sin preocuparse por la batalla, en la confianza de que el enemigo será derrotado y hecho trizas. quizás el emperador tiene algún libro que desea terminar de leer...

Elric replicó con una sonrisa:

-Te agradezco de nuevo tu preocupación por mí, príncipe

Yyrkoon, pero un emperador debe ejercitar tanto su cuerpo como su mente. Mañana iré al frente de los guerreros.

Cuando el emperador volvió a sus aposentos, advirtió que Huesos Torcidos ya se había encargado de preparar sus atavíos de guerra, negros y pesados. Allí estaba la armadura que había servido a un centenar de emperadores de Melniboné; una armadura forjada con artes mágicas para conferirle una fuerza sin igual en todo el Reino de la Tierra, capaz de resistir, según se decía, incluso los golpes de las míticas espadas mágicas, la *Tormentosa* y la *Enlutada* , que habían sido empuñadas por los más feroces de los muchos y bravos gobernantes de Melniboné hasta que cayeron en manos de los Señores de los Mundos Superiores, quienes las ocultaron para siempre en un reino en el que incluso esos Señores rara vez se aventuraban.

El rostro del criado estaba lleno de alegría mientras acariciaba cada pieza de la armadura y cada una de las armas, perfectamente bruñidas, con sus dedos largos y nudosos. Su rostro surcado de arrugas estaba vuelto hacia Elric y sus ojos estudiaban las facciones preocupadas del emperador.

-¡Oh, señor, mi rey! ¡Pronto conocerás la alegría del combate! -En efecto, mi buen Huesos Torcidos. Y esperemos que realmente sea una alegría.

-Yo te he enseñado cuanto sé, mi señor. El arte de la espada y del puñal, el arte del arco y el de la lanza, tanto a pie como a caballo, Y tú has aprendido bien, aunque se diga que eres débil. Sólo hay en todo Melniboné un espadachín mejor que mi emperador.

-Y ese que puede superarme es el príncipe Yyrkoon -musitó Elric, meditabundo-. ¿No es así?

-He dicho «sólo uno», mi señor.

-Y ese «uno» es Yyrkoon. Bien, quizás algún día podamos comprobar ese extremo. Antes de enfundarme ese metal, tomare un baño.

-Sería mejor apresurarse, mi amo. Por lo que he oído, hay mucho por hacer.

-... Y después del baño, me acostaré - añadió Elric para consternación de su viejo servidor- Será lo mejor, ya que no puedo dirigir personalmente 1a colocación de las naves. Yo soy necesario para dirigir el combate y, para ello, es mejor que haya descansado previamente.

-Si tú crees que es lo mejor, mi señor rey, así será.

-Veo que mi decisión te sorprende. Mi buen Huesos Torcidos, estás demasiado impaciente por verme dentro de esa armadura, pavoneándome como si fuera el propio Arioco...

El criado se llevó 1a mano a la boca como si fuera él, y no su amo, quien hubiera pronunciado las anteriores palabras y quisiera reprimirlas. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos.

Elric soltó una carcajada.

-Mi pobre amigo... crees que mascullo osadas herejías, ¿no es cierto? Bien, cosas peores he dicho sin que me haya sobrevenido ningún mal. En Melniboné, mi querido servidor, son los peores emperadores quienes controlan a los demonios, y no al contrario.

-Eres tú quien lo dice, mi señor.

-Y es la verdad.

Elric salió de la estancia mientras llamaba a sus esclavos. La fiebre de la guerra llenaba su ser y se sentía jubiloso.

Por fin, Elric estaba enfundado en su negra armadura con el enorme peto, la cota de malla, las grandes espinilleras y los guanteletes articulados. Colgada al cinto llevaba su gran espada de doble filo que, según se decía, había pertenecido a un héroe humano llamado Aubec. Apoyado contra la barandilla dorada del puente, sobre 1a cubierta de 1a nave, estaba su gran escudo de batalla, adornado con 1a enseña del dragón rampante. Y, cubriendo su rostro, el emperador lucía el yelmo negro con una cabeza de dragón en lo alto, unas alas de dragón extendidas hacia atrás y una cola de dragón cayéndole sobre 1a espalda. Todo el yelmo era negro pero, en su interior, se adivinaba una sombra blanca de la que sobresalía un par de ojos de un intenso color carmesí. A ambos lados del casco, unos mechones de cabello blanco como la leche se agitaban al viento como columnas de humo que escaparan de un edificio en llamas. Y, cuando la cabeza cubierta por el casco se volvió hacia la escasa luz de la linterna colgada de la base del palo mayor, la visera levantada convirtió la sombra blanca de su interior en un rostro de finas y hermosas facciones: una nariz recta, unos labios curvos y unos ojos almendrados y oblicuos. El rostro de Elric, emperador de Melniboné, escrutaba la oscuridad del laberinto a la espera de los primeros sonidos de 1a flota incursora.

Elric aguardaba sobre el elevado puente de mando de la gran galera dorada que,

como todas las de su clase, parecía un zigurat flotante equipado con mástiles, velas, timones y catapultas. La nave llevaba por nombre Hijo del Pyaray y era el buque insignia de la flota. Junto a Elric se encontraba el Gran Almirante. Magum Colim. Éste, como Dyvim Tvar, era uno de los íntimos amigos del emperador. Conocía a Elric desde que éste había nacido y le había estimulado a estudiar todo cuanto fuera posible sobre el gobierno de los barcos de combate y la disposición de las flotas de guerra. En privado, Magum Colim quizá temiera que Elric fuese demasiado intelectual e introspectivo para gobernar Melniboné, pero aceptaba el derecho de Elric a regir a su pueblo y se mostraba furioso e impaciente ante los comentarios de los seguidores de Yyrkoon. El príncipe Yyrkoon también estaba a bordo del buque insignia, aunque en aquel instante se hallaba en la cubierta inferior. inspeccionando las máquinas de guerra.

El *Hijo del Pyaray* estaba anclado en una enorme gruta, uno de los cientos de escondites construidos en los muros del laberinto, cuando éste fue diseñado, con el concreto propósito de ocultar una galera de combate. La gruta tenía justo la altura precisa para que cupieran los mástiles y la amplitud suficiente para poder mover los remos sin impedimentos. Todas las naves doradas de la flota iban dotadas de filas de remos, cada una de las cuales llevaba de veinte a treinta palas a cada costado. Las filas de remos se hundían en el agua desde cuatro, cinco y hasta seis cubiertas de altura y muchas naves, como la propia *Hijo del Pyaray* , contaban con tres sistemas de gobierno para avanzar o retroceder. La embarcaciones, todas ellas bañadas en oro, resultaban prácticamente indestructibles y, pese a su imponente tamaño, podían avanzar a gran velocidad o maniobrar con delicadeza cuando la ocasión lo exigía. No era la primera vez que aguardaban al enemigo en aquellas grutas, y tampoco sería la última (aunque la siguiente vez que lo hicieran sería en circunstancias muy diferentes). Últimamente las galeras de combate de Melniboné no solían surcar el mar abierto. Sin embargo, en otras épocas habían recorrido los océanos del mundo como temibles montañas flotantes de oro, sembrando el terror allí donde eran avistadas. Entonces, la flota era más numerosa pues contaba con cientos de unidades. Ahora, disponían de apenas cuarenta naves. Sin embargo, con ellas bastaría. .

Bajo la húmeda oscuridad, aguardaron al enemigo. Mientras escuchaba el hueco batir de las aguas contra los costados de la nave, Elric deseó haber podido trazar un plan mejor que aquél. Estaba seguro de que su estrategia daría resultado, pero se lamentaba de la pérdida inútil de vidas, tanto melnibonesas como bárbaras, que iba a ocasionar. Habría preferido encontrar el modo de atemorizar a los bárbaros y ahuyentarles, en lugar de atraparles en el laberinto marino. La flota de los hombres del sur no era la primera que había acariciado el convencimiento de que los melniboneses, por el hecho de no aventurarse ya lejos de la Ciudad de Ensueño, habían entrado en decadencia y no eran capaces de defender sus tesoros. Por eso, los incursores debían ser destruidos para que quedara clara la lección. Melniboné seguía siendo poderosa. Lo suficiente, en opinión de Yyrkoon, para recuperar su anterior dominio del mundo. Sí: Melniboné seguía siendo poderosa, al menos en cuanto a brujería, ya que no en número de tropas.

-¡Chist! -E1 almirante Magum Colim se inclinó hacia delante en el puente-. ¿No ha sido eso el ruido de un remo?

-Creo que sí -asintió Elric.

Llegaron hasta ellos unos chapoteos a intervalos regulares, como de filas de remos hundiéndose en el agua y volviéndose a levantar. Por fin, escucharon el crujir de las cuadernas de madera. Los incursores del sur estaban Llegando. E1 *Hijo del Pyaray* era el buque más próximo a la entrada del laberinto y sería el primero en moverse, pero sólo lo haría cuando hubiera pasado ante él la última de las naves invasoras. El almirante Magum Colim se inclinó y apagó la linterna. A continuación, rápidamente y en silencio, bajó del puente para informar a la tripulación de la llegada del enemigo.

No mucho antes, Yyrkoon había utilizado su magia para invocar una peculiar neblina

que ocultaba las doradas galeras de la vista de los enemigos, pero que permitía a los melniboneses ver a través de ella las naves que se aproximaban. Elric veía ahora las antorchas encendidas en el canal de agua situado ante él. Los barcos invasores avanzaban precavidos por el laberinto. En el transcurso de pocos minutos, diez galeras habían pasado ante la gruta. El almirante Magum Colim regresó al puente junto a Elric, con quien ya estaba el príncipe Yyrkoon. Éste también llevaba un dragón en su yelmo, aunque menos espléndido que el de Elric, pues el emperador era el principal entre los escasos Príncipes del Dragón que quedaban en Melniboné. Yyrkoon sonreía en la oscuridad y sus ojos refulgían de expectación ante la perspectiva de una batalla sangrienta. Elric había preferido que el príncipe Yyrkoon escogiese otra nave y no la suya, pero era privilegio del príncipe ir a bordo del buque insignia y no podía negárselo.

Medio centenar de embarcaciones enemigas habían pasado ya.

La armadura de Yyrkoon rechinaba mientras el príncipe, impaciente por la espera, paseaba por el puente con su mano enguantada en la empuñadura de la espada.

-Pronto -se repetía a si mismo-. Pronto.

E, instantes después, cuando hubo pasado ante ellos la última nave enemiga, la cadena del ancla gimió al ser izada y los remos hendieron el agua. El *Hijo del Pyaray* surgió impetuoso de la gruta, se lanzó al canal y abordó una galera enemiga justo en el centro de ésta, partiéndola en dos.

Una gran algarabía se levantó ante la tripulación enemiga. cuyos hombres salieron despedidos en todas direcciones. En los restos de la cubierta,, las antorchas iban y venían sin orden ni concierto en manos de los hombres que intentaban salvarse de caer a las aguas oscuras y heladas del canal. Un puñado de valientes lanzas rebotaron contra los costados de la galera insignia de Melniboné, 1a cual empezaba a abrirse paso entre los restos del naufragio que había provocado. Sin embargo, los arqueros de Imrryr respondieron a las lanzas y los escasos supervivientes al abordaje fueron abatidos.

El ruido de esa breve batalla fue la señal para los restantes barcos melniboneses. En perfecto orden, aparecieron de ambos lados de los elevados acantilados. A los desconcertados bárbaros debió parecerles que realmente habían salido de la misma roca, como naves fantasmas llenas de demonios que descargaban sobre ellos lanzas, flechas y hierros candentes. Ahora, todo el tortuoso canal era una confusa mezcla de gritos guerreros que el eco devolvía aumentados. El resonar del acero contra el acero era como el furioso silbido de una serpiente monstruosa y la propia flota invasora parecía una serpiente rota en mil pedazos por las imponentes e implacables galeras doradas de Melniboné, que se lanzaban contra sus enemigos con un aire casi sereno. Los garfios de abordaje brillaban a la luz de los incendios al ser lanzados sobre las barandillas y cubiertas de madera para traer más cerca las galeras invasoras y poder destruirlas.

Sin embargo, las gentes del sur eran valientes y conservaron la calma después de la sorpresa inicial. Al reconocer al *Hijo del Pyaray* como la nave insignia, tres de sus galeras pusieron proa directamente hacia ella. Una lluvia de flechas incendiarias se elevó y cayó sobre las cubiertas de madera donde no llegaba la protección de las planchas doradas, originando pequeños incendios o produciendo una terrible muerte entre llamas a quienes alcanzaban los dardos.

Elric alzó el escudo sobre su cabeza y dos flechas rebotaron en el metal cayendo, todavía encendidas, sobre una cubierta inferior. El emperador saltó sobre la barandilla, siguiendo la trayectoria de las flechas, y fue a caer en la cubierta más amplia y menos protegida donde se agrupaban sus guerreros dispuestos para enfrentarse a las galeras atacantes. Las catapultas lanzaron sus balas incendiarias, cuyas llamas azuladas surcaron la oscuridad, fallando por poco sus objetivos. Una segunda andanada consiguió que una de las masas incendiaras tocara el mástil de la galera que venía en tercer lugar, cayendo luego sobre la cubierta, donde enormes llamaradas prendieron todo cuanto tocaban. Los garfios

de abordaje hicieron presa en la primera galera, acercándola al buque insignia de Melniboné, y Elric se contó entre los primeros que saltaron a la cubierta enemiga. Después, se abrió paso hacia el lugar donde se encontraba el capitán de la nave invasora, cubierto por una armadura sin adornos, con un sobreveste a cuadros encima de la coraza. El hombre llevaba una enorme espada entre sus poderosas manos y gritaba a sus hombres que resistieran a los perros melniboneses.

Elric se acercaba ya al puente cuando salieron a su encuentro tres bárbaros armados de espadas curvas y pequeños escudos oblongos. Sus rostros estaban llenos de temor, pero también de determinación, como sí supieran que debían morir pero estuvieran dispuestos a llevar a cabo toda la destrucción de que fueran capaces antes de ser borrados de la existencia.

Elric apretó con fuerza las cinchas que sujetaban el escudo a su brazo, elevó la espada de doble filo con ambas manos y cargó sobre los guerreros, lanzando al suelo a uno de ellos con el borde del escudo mientras descargaba el arma sobre el omoplato de otro. El tercer bárbaro se hizo a un lado mientras lanzaba un golpe de su espada curva hacia el rostro de Elric. Éste logró esquivar por poco la acometida y el filo de la espada enemiga rozó su mejilla, haciéndole saltar un par de gotas de sangre. Elric empezó a voltear la espada corno si fuera una guadaña y su afilado extremo se hundió profundamente en la cintura del bárbaro, cortándolo prácticamente en dos. El soldado continuó luchando un instante más, incapaz de creer que estaba muerto, pero, cuando Elric retiró la espada, cerró los ojos y cayó al suelo. El guerrero al que había golpeado con el escudo se había levantado y estaba tambaleándose cuando Elric se volvió, le vio y descargó la pesada espada sobre su cráneo. El camino hacia el puente estaba expedito. Elric empezó a subir la escalerilla, sabedor de que el capitán le había visto y le esperaba al final de los peldaños.

Alzó el escudo para detener el primer golpe del capitán y, pese al griterío, creyó reconocer la voz de éste que aullaba.

-¡Muere, maldito demonio albino! ¡Muere! ¡Ya no hay sitio en la tierra para ti!

Elric estuvo a punto de desproteger su defensa al escuchar esas palabras, que parecían cargadas de razón. Quizás era cierto que ya no había lugar en la tierra para él. Quizás ésa era la razón de que Melniboné estuviera derrumbándose lentamente, de que cada año nacieran menos niños y de que los propios dragones hubieran dejado de tener descendencia. Dejó que el capitán descargara un nuevo golpe sobre el escudo y, de inmediato, extendió un brazo por debajo de éste e intentó asir a su adversario por el tobillo. Sin embargo, el capitán había previsto el movimiento y dio un salto hacia atrás. Ello dio a Elric el tiempo suficiente para ascender los peldaños que le quedaban y pisar, por fin, el puente donde, frente a frente, le aguardaba el capitán.

E1 rostro del hombre estaba casi tan pálido como el de Elric Sudaba y jadeaba, y sus ojos estaban llenos de dolor y de un miedo incontenible.

-Deberíais habernos dejado en paz -escuchó decir Elric a su propia voz-–. No representamos ninguna amenaza para vosotros, bárbaros. ¿Cuándo navegó por última vez contra los Reinos Jóvenes la flota de Melniboné?

-Vuestra sola presencia es una amenaza, Carablanca. Y vuestra magia. Y vuestras costumbres. Y vuestra arrogancia.

-¿Y por esa razón habéis venido? ¿Nos habéis atacado sólo porque no os agradamos? ¿O más bien os impulsa la codicia de nuestras riquezas? Reconócelo, capitán: ha sido la codicia lo que os ha traído a Melniboné.

-Al menos, la codicia es una cualidad honesta, comprensible. Pero vosotros sois criaturas inhumanas. Peor aún: no sois dioses, pero os comportáis corno tales. Vuestros días han terminado y debéis ser borrados de la faz de la tierra. Vuestra ciudad debe ser destruida y vuestras brujerías olvidadas. Elric movió la cabeza en gesto de asentimiento.

-Quizá tengas razón en lo que dices, capitán.

-Claro que 1a tengo. Nuestros hombres santos lo han dicho. Nuestros videntes han predicho vuestra caída. Los propios Señores del Caos a quienes servís la provocarán.

-Los Señores del Caos ya no tienen ningún interés en los asuntos de Melniboné. Hace ya casi mil años que retiraron su poder de la isla. -Elric observaba detenidamente al capitán, midiendo la distancia que le separaba de él- Quizá se deba a ello que nuestro poder se ha difuminado. O quizá, simplemente, nos hemos cansado del poder.

-Sea por la razón que sea -le interrumpió el capitán mientras se limpiaba el sudor de la frente-, vuestro tiempo se ha acabado. Debéis ser destruidos de una vez y para siempre,

Y un gemido puso fin a sus palabras, pues la espada de Elric se coló bajo su peto a cuadros y se abrió paso en sus entrañas hasta los pulmones.

Elric, con una rodilla doblada hacia delante y la otra pierna extendida atrás, empezó a retirar la inmensa espada mientras contemplaba el rostro del bárbaro, que ahora mostraba una expresión de reconciliación.

-Esto no ha sido un juego limpio, Carablanca. Apenas habíamos empezado a hablar y has interrumpido la conversación. Eres muy hábil. Ojalá te retuerzas de dolor eternamente en el Infierno Superior. Adiós.

Sin apenas saber porqué lo hacía, cuando el capitán hubo caído con el rostro contra la cubierta de la nave, Elric descargó dos golpes más de su espada sobre el cuello de su adversario, hasta que la cabeza quedó separada del cuerpo y rodó por los maderos de la cubierta. Por fin, de un puntapié, Elric la lanzó por la borda y 1a vio caer a las aguas frías y profundas del canal. Y entonces apareció Yyrkoon detrás de Elric. En su boca asomaba todavía una sonrisa.

-Sabes luchar con arte y con fiereza, mi señor emperador. El hombre que acabáis de matar tenía razón.

-¿Razón? -Elric se volvió hacia su primo-. ¿Razón?

-Sí... En lo que ha comentado de vuestra hazaña... Con una risotada, Yyrkoon dejó a Elric para conducir a sus hombres que estaban dando cuenta de los escasos invasores supervivientes.

Elric no logró entender por qué se había negado hasta entonces a odiar a Yyrkoon. Sin embargo, en aquel momento sentía hacia él un odio feroz. En aquel instante, le habría matado con el mayor placer. Era como si Yyrkoon se hubiera

asomado a los más profundo del alma de Elric y hubiese mostrado disgusto por lo que veía.

De pronto, Elric se sintió abrumado de cólera y de dolor y deseó con todas sus fuerzas no ser un melnibonés, no ser emperador de la isla. Y deseó también que Yyrkoon no hubiese nacido.

6
Persecución:
Una traición premeditada

Como altivos leviatanes, las grandes naves de guerra doradas se abrían paso entre los restos de la flota invasora. Algunos barcos de ésta ardían a la deriva y otros se estaban hundiendo todavía, pero la mayoría se habían sumergido ya en las profundidades insondables del canal. Las naves en llamas producían extrañas sombras que bailaban contra los húmedos muros de las cavernas marinas, como si fantasmas de la matanza ofrecieran un último saludo antes de partir hacia las profundidades marinas donde, se decía, reinaba todavía un rey del Caos que incorporaba a su flota fantasmagórica las almas de aquellos que morían en batalla en cualquier océano del mundo. O quizás esos muertos tuvieran un destino más agradable, el de servir a Straasha, Señor de los Espíritus Acuáticos, que gobernaba las aguas superficiales de los mares.

Sin embargo, un puñado de naves enemigas había escapado. De algún modo, los marineros venidos del sur habían roto el cerco de las enormes galeras doradas, habían retrocedido sobre sus pasos en el canal y debían de haber salido ya a mar abierto. La noticia llegó pronto al buque insignia, donde Elric, Magum Colim y el príncipe Yyrkoon se habían reunido de nuevo sobre el puente para contemplar la destrucción que habían causado.

-Ahora debemos perseguirles y acabar con ellos -dijo Yyrkoon. Estaba sudando y su rostro moreno brillaba a la luz de las llamas. sus ojos parecían febriles-.Tenemos que ir tras ellos.

Elric se encogió de hombros. Se sentía débil, y no había llevado consigo una dosis de reserva de las drogas que le devolvían el vigor. Deseaba regresar a Imrryr y descansar. Estaba harto de aquel baño de sangre, harto de Yyrkoon y harto, sobre todo, de si mismo. E1 odio que sentía por su primo consumía todavía más sus escasas fuerzas.. Y odiaba el odio que sentía; eso era lo peor.

-No -dijo-. Que se vayan.

-¿Que se vayan? ¿Sin castigo? ¡Vamos, mi señor! ¡Nosotros no actuamos así! -El príncipe Yyrkoon se volvió hacia el anciano almirante-. ¿Es esto propio de nosotros, almirante Magum Colim?

El almirante respondió con un encogimiento de hombros. También él se sentía fatigado, pero en su fuero íntimo estaba de acuerdo con el príncipe Yyrkoon. Cualquier enemigo de Melniboné debía recibir su castigo por atreverse siquiera a pensar en atacar la Ciudad de Ensueño. Pese a ello Magum Colim murmuró:

-La decisión corresponde al emperador.

-Que se vayan -repitió Elric mientras se apoyaba pesadamente en la barandilla-.Que vuelvan con la noticia de la derrota a sus ciudades bárbaras. Que cuenten cómo les han derrotado los Príncipes del Dragón. Así se extenderá la noticia. Creo que no volverán a molestamos con sus incursiones en bastante tiempo.

-Los Reinos Jóvenes están llenos de estúpidos -replicó Yyrkoon-. No querrán aceptar la derrota y las incursiones se repetirán. Nuestra mejor advertencia será asegurarnos de que no queda un solo atacante con vida o en libertad.

Elric emitió un profundo suspiro e intentó combatir la debilidad que amenazaba con adueñarse de él.

-Príncipe Yyrkoon, estás colmando mi paciencia...

-Yo sólo pienso en el bien de Melniboné, mi emperador. Estoy convencido de que no deseas que el pueblo te tome por débil o que se diga que tuviste miedo de enfrentarte a apenas cinco galeras de las gentes del sur.

Esta vez, la furia que hervía dentro de él dio a Elric un renovado vigor.

-¿Quién va a decir que Elric es débil? ¿Tú, acaso. Yyrkoon? -El emperador sabía que su frase siguiente sería un sinsentido, pero le resultaba imposible contenerse-. Está bien, persigamos a esos desgraciados y hundamos sus naves. Y hagámoslo de prisa, pues estoy harto de todo esto.

Una misteriosa luminosidad bañaba los ojos de Yyrkoon cuando éste se volvió para dar las órdenes precisas.

El cielo estaba pasando del negro al gris cuando la flota de Melniboné alcanzó el mar abierto y puso proa al sur, hacia el Mar Hirviente y el continente meridional que se extendía más allá. las naves bárbaras no iban a cruzar el Mar Hirviente -se decía que ningún barco conducido por mortales podía hacerlo sino que iban a rodearlo. Sin embargo, era improbable que alcanzaran las inmediaciones del Mar Hirviente, pues las enormes galeras de combate melnibonesas surcaban las aguas a gran velocidad. Los esclavos que manejaban los remos habían ingerido grandes cantidades de una droga que aumentaba su velocidad y su fuerza durante algunas horas, antes de dejarles agotados. Además, las velas estaban hinchadas gracias a la brisa marina. Las naves eran como montañas doradas que se deslizaban apresuradamente sobre las olas; las técnicas de construcción de las embarcaciones constituían un secreto incluso para los propios melniboneses (que habían perdido u olvidado gran parte de sus tradiciones populares). Era fácil imaginar cuánto odiaban a Melniboné y sus inventos los hombres de los Reinos Jóvenes, pues realmente las naves de guerra de la isla parecían pertenecer a una era anterior, extraña, mientras se lanzaban tras las galeras fugitivas, que podían divisarse ya en el horizonte.

La *Hijo del Pyaray* iba a la cabeza de la escuadra y estaba ya poniendo a punto sus catapultas mucho antes de que el resto de la flota hubiese avistado al enemigo. Esclavos cubiertos de sudor trasladaban con amargura el viscoso material que formaba las balas incendiarias, cargándolas en el recipiente de bronce de la catapulta por medio de unas grandes tenazas en forma de doble cuchara. El buque insignia ululaba bajo el resplandor que anunciaba el alba.

Un grupo de esclavos subió los peldaños hasta el puente con unas bandejas de platino que contenían vino y comida para los tres Príncipes del Dragón, que seguían allí desde que se iniciara la persecución. Elric no tuvo ánimos para probar la comida, pero alzó una gran copa de vino amarillento y la apuró. El vino era fuerte y le hizo revivir un poco.

Se hizo servir otra copa y la bebió de un trago, con la misma rapidez que la primera. Después echó un vistazo al frente. Estaba a punto de amanecer, pues había una línea de luz púrpura en el horizonte.

-En cuanto asome el primer rayo de sol -ordenó Elric-, lanzad las balas incendiarias.

-Daré la orden -asintió Magum Colim, limpiándose los labios y dejando en el plato el hueso que acababa de apurar.

Se levantó y abandonó el puente. Elric escuchó el crujido de los peldaños bajo sus pesados pasos. De pronto, el albino emperador se sintió rodeado de enemigos. Había notado algo extraño en la actitud de Magum Colim durante la discusión con el príncipe Yyrkoon. Elric intentó apartar de su mente tales pensamientos pero el cansancio, las dudas respecto a si mismo y 1a actitud abiertamente burlona de su primo se aliaban para reforzar su impresión de estar solo y sin amigos en el mundo. Incluso Cymoril y Dyvim Tvar eran, en último término, melniboneses y no alcanzaban a comprender las peculiares preocupaciones que le impulsaban y que dictaban sus actos. Quizá sería preferible renunciar a todo cuanto tenía en Melniboné y recorrer el mundo como anónimo soldado de fortuna al servicio de quien necesitara su ayuda.

El semicírculo solar, de un rojo mortecino, asomó sobre la línea negra del lejano horizonte. Llegó hasta Elric una serie de estampidos procedentes de las cubiertas delanteras de la nave insignia, donde las catapultas soltaban sus furiosas andanadas, un sonido sibilante, que se perdía en la distancia, siguió a la docena de balas incendiarías que, como meteoritos, cruzaron el cielo en dirección a las cinco galeras, que se hallaban ahora a poco más de treinta veces la eslora del buque insignia.

Elric vio incendiarse dos de las naves, pero las tres restantes iniciaron un avance en zigzag para evitar las balas incendiarias que cayeron al agua y ardieron caprichosamente unos instantes, para hundirse luego, todavía ardiendo, en las profundidades.

Una nueva andanada quedó dispuesta en las catapultas y Elric escuchó a Yyrkoon que, desde el otro extremo del puente, exigía a gritos un mayor esfuerzo a los esclavos. Entonces, los barcos fugitivos se rindieron a la evidencia de que no se mantendrían a salvo mucho tiempo y cambiaron su táctica: como ya habían hecho otras naves en el laberinto, las tres supervivientes se desplegaron y, dando media vuelta, enfilaron hacia el *Hijo del Pyaray* . Elric no solo quedó admirado del valor que demostraban, sino además de su capacidad de maniobra y de 1a

rapidez con que habían llegado a aquella decisión, lógica aunque desesperada.

Cuando las naves de los Reinos Jóvenes terminaron la maniobra, el sol quedó detrás de sus velas. Tres valerosas siluetas se aproximaron al buque insignia de Melniboné mientras las aguas se teñían de escarlata, como anticipándose al baño de sangre que se preparaba.

Una nueva andanada de balas incendiarias fue lanzada desde la galera del emperador y la primera nave enemiga intentó variar el rumbo para sortearla, pero dos de los terribles proyectiles acertaron directamente en la cubierta y muy pronto la embarcación entera era pasto de las llamas. Grupos de tripulantes se lanzaban al agua envueltos en ellas. Otros, con las ropas ardiendo, seguían disparando dardos sobre la galera del emperador o se desplomaban desde sus posiciones de combate en las jarcias. Los hombres, presa de las llamas, caían y morían; sin embargo, la nave incendiada seguía su avance. Alguien debía de haber fijado el timón y la galera continuó imperturbable su marcha al encuentro del *Hijo del Pyaray* , hasta estrellarse contra el dorado costado de la galera de combate. Restos de la nave incendiada cayeron sobre la cubierta donde estaban situadas las catapultas principales. Una caldera que contenía el material incendiario de los proyectiles se inflamó y, de inmediato, acudieron hombres de todos los puntos de la nave para intentar apagar las llamas. Elric sonrió al ver lo que habían hecho los bárbaros. Quizás habían decidido voluntariamente dejar que fuera incendiada. Ahora, la mayor parte de las fuerzas de

refresco del buque insignia estaba dedicada a combatir las llamas..., mientras las dos ultimas naves enemigas se acercaban a sus costados, lanzaban sus garfios de abordaje y empezaban su asalto.

-¡Atención al abordaje! -gritó Elric, dando aviso a su tripulación con considerable retraso-. ¡Nos atacan los bárbaros!

Vio entonces a Yyrkoon que giraba en torno a sí mismo, evaluaba la situación y bajaba a toda prisa la escalerilla de acceso al puente.

-Quédate aquí, mi señor emperador -indicó a Elric mientras se alejaba-. Es evidente que estás demasiado débil para combatir.

Y Elric reunió toda la energía que le quedaba y se lanzó tras su primo, para colaborar en la defensa de 1a nave.

Los bárbaros no luchaban por conservar la vida, pues sabían que ya la podían dar por perdida. Ahora luchaban por su orgullo, querían llevarse consigo una nave melnibonesa, y tal nave había de ser el propio buque insignia. No había que desdeñar a aquellos hombres, pensó Elric, pues sabían que, incluso si tomaban el *Hijo del Pyaray* , los demás barcos de la flota dorada acabarían pronto con toda resistencia.

Sin embargo, la nave del emperador estaba algo adelantada a las demás de su escuadra y, antes de que éstas alcanzasen al buque insignia, se habían de perder muchas vidas.

Elric se encontró a sí mismo en la cubierta inferior, frente a un par de enormes guerreros bárbaros, cada uno de ellos armado con una espada curva y un pequeño escudo oblongo. Elric se lanzó hacia delante pero 1a armadura le resultaba excesivamente pesada y apenas era capaz de levantar la espada y el escudo. Casi simultáneamente, dos espadas cayeron sobre su yelmo. Contraatacó y asió a uno de los hombres por el brazo mientras embestía al otro con el escudo. Una hoja curva chocó con la espaldera de su armadura y Elric estuvo a punto de perder pie. E1 aire estaba envuelto en un calor y un humo sofocantes y el fragor de la batalla lo llenaba de gritos. Se revolvió, desesperado, y notó que la espada se hundía en 1a carne. Uno de sus adversarios cayó hacia delante, barboteando unas palabras ahogadas por la sangre que manaba de su boca y su nariz. El otro guerrero atacó. Elric dio un paso atrás, tropezó con el cuerpo del hombre que acababa de macar y cayó, con la espada en la mano, protegiéndose. Y cuando el bárbaro, triunfante, se lanzaba hacía delante para acabar con el albino, Elric le alcanzó con la punta de la espada, atravesándole. El guerrero cayó sobre Elric, quien no notó el impacto pues ya se había desmayado. No era la primera vez que su débil sangre, privada de las drogas que 1a enriquecían, le traicionaba.

Notó en la boca un sabor salado que, al principio, tomó por sangre. Sin embargo, era agua marina. Una ola había batido la cubierta, despertándole al instante. Pugnó por desembarazarse del cuerpo que tenía encima y escuchó una voz que reconoció. Volvió la cabeza y alzó la mirada.

Allí estaba el príncipe Yyrkoon, sonriendo. Se le veía lleno de júbilo ante los apuros de Elric. Un humo negro y aceitoso lo cubría todo aún, pero el estruendo de la batalla había cesado.

-¿Hemos... hemos vencido, primo? -presunto Elric trabajosamente.

-Sí. Todos los bárbaros han muerto ya. Nos disponemos a volver a Imrryr.

Elric se sintió aliviado. Pronto empezaría a desfallecer sin remedio si no tomaba sus pócimas. Su expresión de alivio debió de ser manifiesta, pues Yyrkoon se echó a reír.

-Menos mal que 1a batalla no se prolongó más, mi señor. De lo contrario habríamos perdido a nuestro jefe.

-Ayúdame a ponerme en pie, primo. -A Elric le repugnaba pedir aquel favor a Yyrkoon, pero no tenía más remedio. Le tendió su mano libre-. Estoy lo bastante bien para

inspeccionar la nave.

Yyrkoon se adelantó como para ayudarle pero se detuvo, vacilante, con una sonrisa.

-¡Ah, mi señor!, rectifico mis palabras. Elric, cuando este barco ponga proa de nuevo hacia el este, tú estarás muerto.

-Tonterías. Aun sin drogas, puedo vivir un tiempo considerable, aunque no pueda moverme apenas. Ayúdame, Yyrkoon, te lo ordeno.

-Tú no me ordenas ya nada, Elric. Ahora, yo soy el emperador, ¿te enteras?

-Ve con cuidado, primo. Yo puedo pasar por alto una actitud traicionera como ésa, pero otros no lo harían. Me veré obligado a...

Yyrkoon pasó de una zancada sobre el cuerpo de Elric y se acercó a la barandilla. En ésta había unos pasadores que mantenían sujetas algunas partes de la misma cuando no eran utilizadas para colocar 1a pasarela de desembarco. Yyrkoon extrajo lentamente los pasadores y echó al mar el tramo de barandilla de un puntapié.

Los esfuerzos de Elric por liberarse se hicieron más enérgicos, pero no consiguió apenas moverse.

Yyrkoon, por el contrarío, parecía poseído por una fuerza innatural. Se inclinó y apartó con facilidad el cuerpo del guerrero.

-Yyrkoon -dijo Elric-, estás cometiendo una estupidez.

-Nunca he sido un hombre cauteloso, primo, como bien sabes.

Yyrkoon colocó su bota bajo las costillas de Elric y empezó a empujar. Elric se escurrió hacia el boquete de la barandilla. Abajo, vio agitarse el negro mar.

-Adiós, Elric. Ahora se sentará en el Trono de Rubí un melnibonés de verdad. Y, ¿quién sabe?, quizás incluso convierta a Cymoril en mi reina. No faltan precedentes...

Y Elric se sintió rodar, caer, golpear el agua y ser arrastrado bajo la superficie por su armadura. Y las postreras palabras de Yyrkoon resonaron en sus oídos como el insistente batir de las olas contra los costados de la dorada nave capitana.

LIBRO SEGUNDO

Menos seguro que nunca de sí mismo y de su destino, el rey albino se ve obligado a hacer uso de sus poderes hechiceros, consciente de que se ha embarcado en un sistema de actuación que no concuerda en absoluto con su concepción primera de cómo deseaba vivir su existencia. Ahora, hay que arreglar ciertos asuntos. Elric debe empezar a gobernar. Debe hacerse cruel. Sin embargo, incluso en eso se verá frustrado.

1
Las cavernas del Rey del Mar

Elric se hundió rápidamente, tratando con desesperación de mantener en su cuerpo las últimas burbujas de aire. No le quedaban fuerzas para nadar y el peso de la armadura hacía inútil toda esperanza de poder regresar a la superficie y ser visto por Magum Colim o cualquier otro que todavía le fuese leal.

El rugido que sonaba en sus oídos se transformó poco a poco en un susurro, como el cuchicheo de un millar de vocecillas, las de los espíritus acuáticos con los que, de joven, había mantenido una especie de amistad. Y el dolor de los pulmones se alivió, la niebla roja que cubría sus ojos se aclaró y creyó ver el rostro de Sadric, su padre, el de Cymoril y, fugazmente el de Yyrkoon. El estúpido Yyrkoon que, pese al orgullo que demostraba de ser melnibonés, carecía de la sutileza propia de los hijos de Melniboné. El príncipe era tan brutal y directo como algunos de los bárbaros de los Reinos Jóvenes a quienes tanto despreciaba. Ahora, Elric casi empezaba a sentirse agradecido

a su primo. Su vida había terminado. Los conflictos que desgarraban su alma habían dejado de perturbarle. Sus miedos, sus tormentos, sus odios y sus amores quedaban en el pasado y ante él sólo se extendía el olvido. Cuando la última exhalación salió de su boca, se entregó totalmente al mar, a Straasha, Señor de los Espíritus Acuáticos, en otro tiempo compañero del pueblo de Melniboné. Y, en esos instantes, vino a su mente el antiguo encantamiento que sus ancestros habían utilizado para invocar a Straasha. El conjuro surgió sin trabas en su mente agonízame.

Aguas del mar, vosotras nos disteis la vida
y fuisteis a la vez madre y leche
en los tiempos en que los cielos estaban cubiertos.
Vosotras, que fuisteis las primeras, seréis las últimas.
Dominadores del mar, padres de nuestra estirpe
pedimos vuestra ayuda, pedimos vuestra ayuda;
vuestra sal es sangre, nuestra sangre es vuestra sal,
vuestra sangre es la sangre del Hombre.
Straasha, rey eterno, mar eterno,
solicito vuestra ayuda;
pues los enemigos míos y vuestros
quieren torcer nuestro destino y secar nuestro mar.

O bien las palabras tenían un significado simbólico y ancestral, o bien se referían a algún incidente en la historia de Melniboné del cual Elric no tenía la menor noticia. las palabras que su cerebro repetía significaban muy poco para él, pero las recitaba una y otra vez mientras su cuerpo se hundía más y más en las aguas verdosas. La oscuridad se había apoderado ya de él y sus pulmones estaban llenos de agua, pero los versos seguían susurrando por los pasadizos de su mente. Era extraño que hubiera muerto y todavía pudiese oír el encantamiento.

Le parecía que había transcurrido un largo tiempo cuando abrió los ojos; se encontró entre aguas turbulentas y alcanzó a ver unas siluetas enormes e indefinidas que se deslizaban hacia él. La muerte parecía tomarse mucho tiempo en llegar y, mientras moría, Elric continuó soñando. La figura que venía en cabeza del grupo tenía el cabello y la barba de color turquesa, la piel de color verde pálido como si estuviera hecha del propio mar y la voz, cuando habló, como una marea ascendente. Elric la observó acercarse, con una sonrisa.

Straasha responde a tu invocación, mortal. Nuestros destinos están unidos. ¿Qué puedo hacer para ayudarte y, con ello, ayudarme a mí mismo?

Elric tenía la boca llena de agua y, pese a ello, parecía capaz de hablar (una prueba más de que estaba soñando). Se oyó a sí mismo decir:

-Rey Straasha... Sí, eres el rey Straasha. Cuando era un chiquillo, vi una vez las pinturas de la Torre de D'a'rputna, en la biblioteca... Eres el rey Straasha.

El rey del mar extendió sus manos de piel verde mar.

En efecto. Tú me has invocado. necesitas nuestra ayuda, y vamos a cumplir nuestro antiguo pacto con tu pueblo.

-No, yo no deseaba invocarte. Los versos surgieron inconscientemente en mi cerebro agonizante. Me siento feliz de ahogarme, rey Straasha.

Eso no puede ser. Si tu mente nos ha invocado, significa que deseas vivir. Y vamos a ayudarte.

La barba del rey Straasha flotaba en la corriente y sus ojos verdes y profundos eran apacibles, casi llenos de ternura, mientras contemplaban al albino. Elric cerró de nuevo los suyos.

-Estoy soñando-musitó-. Me estoy engañando con falsas esperanzas y veo fantasías. -Notaba el aire en sus pulmones y se daba cuenta de que ya no respiraba. Por lo tanto, todo le llevaba a pensar que, efectivamente, estaba muerto-. Pero si realmente fueras de verdad, mi viejo amigo, y desearas ayudarme, me devolverías a Melniboné para que pudiese enfrentarme a Yyrkoon, el usurpador, y salvar a Cymoril antes de que fuera demasiado tarde. Esto es lo único que lamento: el mal trato que va a sufrir Cymoril si su hermano se

convierte en emperador de Melniboné.

¿Eso es todo lo que le pides a los espíritus acuáticos? El rey Straasha parecía casi disgustado.

-Ni siquiera te lo estoy pidiendo. Sólo transformo en palabras lo que hubiera deseado en el caso de que esto fuera real y yo estuviera hablando verdaderamente contigo, aunque sé que es algo imposible. Y, ahora, voy a morir.

Eso no puede ser, señor Elric, pues nuestros destinos están realmente entrelazados y sé que tu destino no es perecer ahora. Por eso voy a ayudarte como pedías.

A Elric le sorprendía lo detallado de la escena que estaba imaginando, y se dijo a si mismo:

-¡Qué cruel tormento éste al que estoy sometido! Ahora debo dedicarme a admitir mi propia muerte...

No puedes morir. Todavía no.

Ahora, era como si las suaves manos del rey del mar le hubiesen asido y le llevaran a través de tortuosos pasadizos de un material que parecía delicado coral rosa, envuelto en leves sombras y fuera ya del agua. Y Elric notó que el agua desaparecía de sus pulmones y su estómago volvía a respirar. ¿Era posible que, realmente, se encontrara transportado al plano legendario de los espíritus acuáticos, un plano de la existencia que se cruzaba con el de la tierra y en el que los espíritus vivían la mayor parte del tiempo?

Finalmente, hicieron un alto en una enorme caverna circular que refulgía de madreperlas rosáceas y azuladas. El rey del mar dejó a Elric en el piso de la caverna, cubierto de una especie de arena blanca y fina que no era tal, pues cedía bajo sus pasos para recuperar su posición inicial al levantar el pie.

Cuando el rey Straasha se movió, lo hizo con un rumor como el de la marea al retirarse sobre un lecho de guijarros. El rey del mar cruzó la blanca arena y se encaminó hacia un gran trono de lechoso jade. Tomó asiento en él y apoyó su verde cabeza en su mano verde, contemplando a Elric con aire preocupado, pero lleno de compasión.

Elric aún se sentía físicamente débil, pero podía respirar. Era como si el agua del mar le hubiese llenado y, tras lavarle a conciencia por dentro, hubiera salido de él nuevamente. Notaba la cabeza clara, y ya no estaba seguro de estar soñando.

-Todavía me resulta difícil comprender por qué me has salvado, rey Straasha -murmuró, recostado en la arena.

La canción. La escuchamos desde este plano y acudimos, eso es todo.

-Sí, pero los ritos mágicos exigen más que eso. Son precisos cánticos, símbolos y ceremonias de todo tipo. Hasta ahora, siempre ha sido así.

Quizá los ritos sustituyan a las necesidades imperiosas, como la que te ha llevado a invocarnos. Aunque has dicho que deseabas morir, era evidente que no lo querrías en realidad, pues de otro modo la invocación no habría llegado a nosotros tan clara y rápida. Olvida ahora todo eso. Cuando hayas descansado, haremos lo que nos has pedido.

Elric se incorporó, dolorido, hasta quedar sentado en la arena.

-Has hablado de «destinos unidos». ¿Conoces, pues, algo de mi destino?

Un poco, creo. Nuestro mundo se hace viejo. En otro tiempo, los espíritus acuáticos eran poderosos en su plano y el pueblo de Melniboné compartía ese poder. Sin embargo, nuestro dominio se desvanece ahora, como el vuestro. Algo está cambiando. Hay indicios de que los Señores de los Mundos Superiores vuelven a interesarse por vuestro mundo. Quizás teman que el pueblo de los Reinos Jóvenes les haya olvidado. O acaso el pueblo de esos Reinos amenaza con establecer una nueva era en la que los dioses y los seres como yo mismo no tengan ya lugar. Sospecho que existe cierta inquietud en los planos de los Mundos Superiores.

-¿Sabes algo más?

El rey Straasha levantó la cabeza, después, clavó sus ojos en los de Elric

Nada más puedo decirte, hijo de mis antiguos amigos, salvo que serás más feliz si te rindes totalmente a tu destino, cuando lo hayas entendido.

-Creo que comprendo a qué te refieres, rey Straasha-respondió Elric con un suspiro-. Intentaré seguir tu consejo.

Y, ahora que has descansado, es momento de regresar.

El rey del mar se levantó de su trono de lechoso jade y flotó hacia Elric, a quien levantó con sus brazos verdes y poderosos.

Volveremos a encontrarnos antes de que tu vida termine, Elric. Espero poder ayudarte de nuevo, y recuerda que nuestros hermanos aéreos y del fuego están dispuestos a hacerlo también. Acuérdate también de los animales; ellos también te serán de utilidad y no debes dudar de su apoyo. En cambio, guárdate de los dioses, Elric. Guárdate de los Señores de los Mundos Superiores y recuerda que su ayuda y sus regalos siempre hay que pagarlos.

Éstas fueron las últimas palabras que escuchó Elric en boca del rey del mar antes de que ambos se sumergieran de nuevo en los sinuosos pasadizos de aquel plano de la realidad, a una velocidad tal que le resultaba imposible distinguir sus detalles; en algunos instantes, no sabía si seguían en el reino del monarca de las aguas o si había vuelto a las profundidades marinas de su propio mundo.

2
Un nuevo emperador y un emperador renovado

Extrañas nubes llenaban los cielos, el sol brillaba con fuerza, rojo y enorme, más allá de aquéllas, y las aguas del océano eran negras cuando las galeras doradas pusieron proa a puerto por delante de la maltrecha nave insignia, la *Hijo del Pyaray* , que avanzaba lentamente con los esclavos -muertos por el esfuerzo- todavía a los remos, las velas destrozadas colgando de los mástiles, los guerreros tiznados de humo en las cubiertas y un nuevo emperador en el puente semiderrumbado. El nuevo emperador era el único hombre jubiloso de la flota; estaba realmente contento. Ahora era su estandarte, y no el de Elric, el que ondeaba ufano en el mástil, pues Yyrkoon no había perdido un minuto en proclamar la muerte de Elric y declararse a sí mismo nuevo gobernante de Melniboné.

Aquel firmamento inusual era para Yyrkoon una promesa de cambios, de un retorno a los viejos tiempos y a la antigua fuerza de la Isla del Dragón. Su voz tenia un auténtico ronroneo de placer al impartir órdenes y el almirante Magum Colim, que había sentido

cierta prevención hacia Elric pero que ahora debía obedecer las órdenes de Yyrkoon, se preguntó si no habría sido preferible, quizás, hacer con el príncipe lo que éste había hecho (sospechaba el almirante) con el desdichado Elric.

Dyvim Tvar estaba apoyado en el pasamanos de su propia nave, la *Satisfacción particular de Terbeli* , y prestaba también atención al cielo, aunque éste traía para él presagios de desgracias; Dyvim Tvar había llorado la muerte de Elric y su cabeza estudiaba la manera de vengarse de Yyrkoon, si llegaba a comprobarse que el príncipe había dado muerte a su primo por la posesión del Trono de Rubí.

Melniboné apareció en el horizonte con su silueta de escarpados acantilados, como un monstruo sombrío agazapado en las aguas, guardando las espaldas a las asombrosas maravillas de su útero, la Ciudad de Ensueño de Imrryr. Las grandes rocas se alzaron amenazadoras ante ellos, la puerta central del laberinto marino se abrió, el agua lamió y batió las proas doradas que la surcaban y las naves de oro fueron engullidas por la lóbrega humedad de los túneles donde todavía flotaban los restos del encuentro de la noche anterior, y por el hedor de los cadáveres blanquecinos e hinchados, visibles bajo 1a luz de las antorchas. Las proas avanzaron con arrogancia entre los restos de sus víctimas, pero a bordo de las galeras doradas no había alegría, pues traían la noticia de la muerte en combate del emperador (tal era la versión que les había contado Yyrkoon). Esa noche, y durante las siete siguientes, la Danza Salvaje de Melniboné llenaría las calles de la ciudad. Pócimas y conjuros harían que nadie durmiera, pues el sueño les estaba prohibido a los melniboneses, viejos o jóvenes, mientras se lloraba al emperador muerto. Desnudos, los Príncipes del Dragón recorrerían la ciudad tomando a cuantas jóvenes encontraran y llenándolas con su semilla, pues era tradición que, si moría el emperador, las nobles de Melniboné debían engendrar tantos hijos de sangre aristocrática como fuera posible. Esclavos músicos lanzarían sus aullidos desde lo alto de cada torre. Otros esclavos serían sacrificados, y algunos devorados. Era una danza terrible, el Baile del Dolor, que se llevaba tantas vidas como creaba. Durante esas siete jornadas, una torre de la ciudad sería derribada y otra sería erigida, y ésta recibiría el nombre de Elric VIII, el Emperador Albino, muerto en el mar mientras defendía Melniboné de los piratas del sur.

Muerto en el mar y arrebatado su cuerpo por las olas. No era un buen presagio, pues significaba que Elric había ido a servir a Pyaray, el Susurrador Tentaculado de Secretos Imposibles, el Señor del Caos que comandaba la Flota del Caos -naves muertas, tripulaciones muertas, esclavos para siempre-, y no era favorable que recibiera tal destino un miembro de la Casa Real de Melniboné. ¡Ah, pero el duelo sería prolongado!, pensó Dyvim Tvar. Él había amado a Elric, aunque en ocasiones no había aprobado su manera de gobernar la Isla del Dragón.

Por la noche, iría en secreto a las Cavernas del Dragón y pasaría la semana de luto junto a los dormidos dragones, lo único que amaba en el mundo ahora que Elric había muerto. Y Dyvim Tvar pensó entonces en Cymoril, que esperaba el regreso del emperador.

Las naves empezaron a aparecer en el puerto bajo la media luz del atardecer. En los muelles de Imrryr ardían ya antorchas y braseros, pero los embarcaderos estaban desiertos. Sólo un reducido grupo esperaba junto a un carro detenido al final del muelle real. Soplaba un viento frío. Dyvim Tvar supo que era la princesa Cymoril quien aguardaba, junto a su guardia.

Aunque la nave insignia fue la última en atravesar el laberinto, el resto de las galeras hubo de esperar a que aquélla maniobrara hasta atracar. De no haber sido porque así lo exigía la tradición, Dyvim Tvar habría saltado de su barco para acudir junto a Cymoril, escoltarla lejos del embarcadero y contarle lo que sabía de las circunstancias en que Elric había muerto. Sin embargo, le fue imposible hacerlo. Antes incluso de que el *Satisfacción particular de Terbeli* hubiese anclado, la escalerilla principal del *Hijo del Pyaray* fue colocada en posición y el emperador Yyrkoon, exhultante de orgullo, descendió por ella

con los brazos alzados en un saludo triunfal a su hermana, a quien podía verse, todavía, buscando en las cubiertas de las naves algún rastro de su amado albino.

Súbitamente, Cymoril tuvo la certeza de que Elric había muerto y sospechó que, de algún modo, Yyrkoon había sido responsable de su muerte. O bien había permitido que Elric cayera bajo el ataque de un grupo de incursores del sur, o bien había conseguido asesinar a Elric con sus propias manos. Cymoril conocía a su hermano y reconoció su expresión. Yyrkoon parecía tan complacido de sí mismo como siempre que tenía éxito en alguna de sus traiciones. Los ojos de la muchacha, llenos de lágrimas, emitieron un destello de furia cuando, con la cabeza bien erguida, gritó al cielo cambiante y lleno de presagios:

-¡Ah! ¡Yyrkoon le ha destruido! Su guardia pareció desconcertada, y el capitán se volvió hacia Cymoril, solícito.

-¿Señora? -Elric ha muerto, y mi hermano es el responsable. Prende a Yyrkoon, capitán. Mata al príncipe Yyrkoon, capitán.

El capitán se llevó la mano derecha a la empuñadura de su espada con gesto poco entusiasta. Un joven guerrero, más impetuoso, desenvainó la suya mientras murmuraba:

–-Yo le mataré, princesa, si éste es vuestro deseo.

El joven guerrero amaba a Cymoril con considerable e irreflexiva intensidad.

El capitán lanzó a su subordinado una mirada de advertencia, pero el guerrero estaba ciego a ella. Otros dos soldados sacaron 1a espada de su vaina mientras Yyrkoon, con una capa roja en torno a los hombros y su yelmo bañado por la luz mortecina de las antorchas al viento, se adelantaba hacia el grupo y gritaba:

-¡Ahora, Yyrkoon es el emperador!

-¡No! -¡gimió su hermana-, ¡Elric! ¡Elric! ¿Dónde estás?

-Sirviendo a su nuevo amo, el Pyaray de Caos. Sus manos

muertas tiran de los remos de una nave de Caos, hermana. Sus ojos muertos ya no ven nada. Sus oídos muertos sólo escuchan el chasquido de los látigos del Pyaray y su carne muerta se contrae, sin sentir otra cosa que un azote inhumano. Elric se ha hundido en el fondo del mar con su armadura.

-¡Asesino! ¡Traidor!

Cymoril rompió en sollozos. El capitán, un hombre práctico, dijo a sus guerreros en voz baja:

-Envainad las espadas y saludad a vuestro nuevo emperador.

El joven soldado enamorado de Cymoril fue el único que desobedeció.

-¡Él ha matado al emperador! ¡Así lo dice mi señora Cymoril!

-¿Qué importa eso? Ahora, él es el emperador. Hinca la rodilla o serás muerto aquí mismo.

El joven soldado emitió un grito de furia y se lanzó hacia Yyrkoon, quien dio un paso atrás mientras intentaba desembarazarse de los pliegues de su capa. No había previsto aquella reacción.

Pero fue el capitán quien se adelantó, empuñando su espada, y descargó su arma sobre el joven; éste emitió un gemido, se volvió a duras penas y cayó muerto a los pies de Yyrkoon.

La demostración del capitán era una confirmación de su poder real e Yyrkoon casi sonrió de satisfacción al contemplar el cadáver. El capitán se arrodilló ante él, con la espada ensangrentada todavía en la mano.

-Mi emperador... -murmuró.

-Has demostrado ser muy leal, capitán. -Mi lealtad sirve al Trono de Rubí.

-Naturalmente...

Cymoril hizo un gesto de dolor y rabia, cargado de impotencia. Ahora, sabía que no tenía amigos.

Con un a lasciva mirada, el emperador Yyrkoon se colocó frente a ella. Levantó una mano y le acarició el cuello, la mejilla, la boca. Después, la dejó caer hasta rozar su pecho.

-Hermana -murmuró-, ahora eres toda mía.

Y Cymoril fue la segunda en caer a sus pies, desvanecida.

-Levantadla -dijo Yyrkoon a la guardia-. Llevadla de vuelta a su torre y cuidad de que permanezca allí. Dos guardias estarán permanentemente con ella. Deben vigilarla incluso en sus momentos más privados, pues podría conspirar para traicionar al Trono de Rubí.

El capitán hizo una reverencia e indicó a sus hombres que obedecieran al emperador.

-Sí, señor. Así se hará.

Yyrkoon contempló entonces el cadáver del joven guerrero.

-Y esta noche dad de comer ese cuerpo a los esclavos de Cymoril. Así continuará sirviendo a mi hermana después de muerto-añadió con una sonrisa.

El capitán se la devolvió, captando la ironía. Le parecía magnífico que Melniboné volviera a tener un emperador de verdad. Un emperador que supiera comportarse, que supiera tratar adecuadamente a los enemigos y que considerara su derecho la lealtad ciega. El capitán imaginó los magníficos tiempos marciales que aguardaban a Melniboné. Las doradas galeras de combate y los guerreros de Imrryr volverían a saquear y a provocar en los bárbaros de los Reinos Jóvenes una dulce y satisfactoria sensación de miedo. El capitán ya se imaginaba apoderándose de los tesoros de Lormyr, Argimiliar y Pikarayd, de Ilmiora y Jadmar. Incluso podía suceder que le nombraran gobernador, por ejemplo, de la isla de las Ciudades Púrpura. ¿Qué refinados tormentos aplicaría a aquellos advenedizos señores del mal, en especial el conde Smiorgan el Calvo, que ya empezaba a intentar convertir su isla en rival de Melniboné como puerto comercial? Mientras escoltaba el cuerpo sin sentido de la princesa Cymoril a su torre, el capitán lo contempló sintiendo que en su interior se encendía la lascivia. Yyrkoon recompensaría su lealtad, de eso no había ninguna duda. Pese al viento frío, el capitán empezó a sudar de expectación. Se encargaría personalmente de vigilar a la princesa. Lo haría de buena gana.

Al frente de su ejército, Yyrkoon emprendió la marcha hacia la Torre de D'a'rputna, la Torre de los Emperadores, donde se encontraba el Trono de Rubí. Prefirió prescindir de la litera que habían dispuesto para él y hacer el recorrido a pie para saborear cada instante de su triunfo. Se aproximó a la torre, que se alzaba por encima de las demás en el centro mismo de Imrryr, como quien se acerca a su amada. Avanzó con aun suerte de delicadeza y sin prisas, pues sabía que el Trono era suyo.

Echó un vistazo a su alrededor. El ejército desfilaba tras él, conducido por Magum Colim y Dyvim Tvar. El pueblo se agolpaba en las calles tortuosas y se inclinaba a su paso. Los esclavos se postraban ante él. Incluso las bestias de carga eran obligadas a doblar las manos. Yyrkoon saboreaba su poder casi como si fuera una fruta jugosa. Aspiró profundamente. Incluso el aire le pertenecía. Toda Imrryr le pertenecía. Todo Melniboné. Pronto, todo el mundo sería suyo. Y derrocharía su poder, ¡vaya si lo derrocharía! ¡Qué terror volvería a imponer en la tierra, qué magnífico terror! El emperador Yyrkoon entró en la torre casi en éxtasis, ciego a todo. Titubeó un instante frente a las grandes puertas del salón del trono. Hizo una señal para que fueran abiertas y, mientras las grandes hojas gemían en sus goznes. Yyrkoon fue reconociendo la estancia detalle a detalle. Las paredes, las banderas, los trofeos, los pórticos... Todo era suyo. El salón del trono estaba vacío ahora, pero pronto se llenaría de color, de alegría y de auténticas diversiones melnibonesas. Hacía mucho que la sangre no endulzaba el aire de aquella estancia. La mirada de Yyrkoon recorría ahora los escalones que conducían al Trono de Rubí pero, antes de alzar los ojos hacia éste, escuchó un jadeo de sorpresa en Dyvim Tvar, que se encontraba tras él. Su mirada captó de pronto el Trono de Rubí y se quedó boquiabierto

ante lo que vio. Sus ojos, desproporcionadamente abiertos, reflejaron incredulidad,

-¡Es un espejismo!

-¡Es una aparición! -dijo Dyvim Tvar con voz de satisfacción.

-¡Una herejía! -gritó el emperador Yyrkoon, dando unos pasos vacilantes mientras señalaba con el dedo la figura encapuchada y envuelta en una capa que estaba sentada, inmóvil, en el Trono de Rubí-. ¡El trono es mío! ¡Mío!

La figura no replicó.

-¡Es mío! ¡Desaparece! ¡El trono pertenece a Yyrkoon! ¡Yyrkoon es el emperador ahora! ¿Quién eres tú? ¿Por qué me contrarias así?

La capucha cayó al suelo y apareció un rostro blanquecino como el color del hueso, rodeado de una melena lacia y lechosa. Unos ojos carmesí contemplaban con frialdad la figura temblorosa y tambaleante que se aproximaba.

-¡Estás muerto, Elric! Sé que estás muerto... La aparición no respondió, pero una fina sonrisa bañó sus blancos labios.

-No es posible que sobrevivieras. Te ahogaste. No puedes haber regresado. El Pyaray posee tu alma.

-Hay otros que tienen poder en el mar -dijo entonces la figura desde el Trono de Rubí-. ¿Por qué me asesinaste, primo?

A Yyrkoon le había abandonado su aire burlón, sustituido por el terror y la confusión.

-¡Porque tengo derecho a gobernar! ¡Porque tú no eras lo bastante fuerte, lo bastante cruel, lo bastante cínico...!

-¿Y esto? ¿No te parece gracioso?

-¡Márchate! ¡Márchate! ¡Márchate! ¡No me va a derrocar un espectro! ¡Un emperador muerto no puede gobernar Melniboné!

-Ya veremos -replicó Elric al tiempo que hacía una señal a Dyvim Tvar y sus soldados.

3
Una justicia tradicional

-Ahora gobernaré como tú querías que lo hiciera, primo. Elric observó a los soldados de Dyvim Tvar que rodeaban al usurpador y le asían los brazos para despojarle de sus armas.

Yyrkoon jadeó como un lobo capturado. Dirigió una mirada a su alrededor como si esperara recibir apoyo del grupo de guerreros, pero todos le devolvieron la mirada con gesto neutro, o incluso con abierto desprecio.

-Y tú, príncipe Yyrkoon, serás el primero en beneficiarte de ese cambio de actitud en

mi gobierno. ¿Te gusta?
Yrkoon bajó la cabeza, presa de un incontenible temblor. Elric se echo a reír.
-¡Habla, primo! -insistió.
-¡Que Arioco y los Duques del Infierno te atormenten eternamente! -gruñó Yrkoon. Echó la cabeza hacia atrás, con los ojos fuerza de las órbitas y los labios apretados-. ¡Arioco! ¡Arioco! ¡Maldice a ese débil albino! ¡Arioco! ¡Destrúyele o verás caer Melniboné!
Elric continuó riéndose.
-Arioco no te escucha -dijo-. Ahora, el Caos es débil sobre la tierra. Se precisa una hechicería más poderosa que la tuya para traer de nuevo a los Señores del caos en tu ayuda, como hicieron con nuestros antepasados. Y ahora, Yyrkoon, dime: ¿dónde está la princesa Cymoril?
Sin embargo, Yyrkoon se había encerrado nuevamente en un hosco silencio.
-Está en su torre, mi emperador-dijo Magum Colim.
-Un lacayo de Yyrkoon la condujo allí -añadió Dyvim Tvar-. El Capitán de su propia guardia personal de la princesa se la llevó tras dar muerte a un soldado que intentó defender a su dueña contra Yyrkoon. Puede que la princesa Cymoril esté en peligro, mi señor.
-En tal caso, ve aprisa a la torre. Leva un grupo de hombres y traedme pronto a Cymoril y a ese capitán de su guardia.
-¿Y Yyrkoon, mi señor?-inquirió Dyvim Tvar.
-Que siga aquí hasta que vuelva su hermana.
Dyvim Tvar hizo una reverencia y, tras escoger a un grupo de guerreros, abandonó el salón del trono. Todos apreciaron que el paso de Dyvim Tvar era más ligero y su expresión menos hosca que cuando se había aproximado al salón del trono tras el príncipe Yyrkoon, momentos antes.
Yyrkoon enderezó la cabeza y echó un vistazo a los cortesanos. Por un instante, dio la patética impresión de un niño confuso. Habían desaparecido de sus facciones las arrugas del odio y de la ira, y Elric sintió que en su interior renacía la compasión por su primo. Sin embargo, esta vez Elric reprimió el sentimiento.
-Agradece, primo, haber tenido por unas horas el poder toral, haber gozado del dominio sobre el pueblo de Melniboné.
Con un hilo de voz, confundido todavía, Yyrkoon preguntó: -¿Cómo has escapado? No tuviste tiempo para hacer un hechizo, ni tampoco fuerzas. Apenas podías mover los brazos y la armadura debió arrastrarte al fondo del océano. ¡Tuviste que ahogarte, Elric! ¡No es justo, tuviste que ahogarte!
Elric se encogió de hombros.
-Tengo amigos en el mar, y ellos reconocen mi sangre real y mi derecho a gobernar, ya que tú no los reconoces.
Yyrkoon trató de ocultar su asombro. Evidentemente, su respeto hacia Elric había aumentado; sin embargo, también crecía su odio al emperador albino.
-Amigos...-murmuró.
-En efecto -asintió Elric con una fina sonrisa.
-Yo... Yo pensaba que habías jurado no hacer uso de tus poderes de hechicero.
-Pero tú mismo decías que un monarca de Melniboné no debía hacer tales juramentos, ¿no es así? Pues bien, Yyrkoon, estoy de acuerdo contigo. Ya ves: después de todo, has conseguido una victoria en algo...
Yyrkoon observó con atención a Elric, como si intentara adivinar algún sentido oculto en sus palabras.
-¿ Piensas hacer volver a los Señores del Caos?
-No hay hechicero, por poderoso que sea, capaz de hacer acudir a los Señores del

Caos o, de igual manera, a los Señores de la Ley, si ellos no desean hacerlo. Estoy seguro de que lo sabes, Yyrkoon. Tienes que saberlo, pues tú mismo lo has intentado ya, ¿no es así? Y Arioco no te ha respondido, ¿verdad? ¿Te ha traído acaso el presente que anhelabas, el regalo de las dos espadas negras?

-¿Cómo sabes eso?

-No lo sabia. Lo intuía. Ahora ya tengo la certeza. Yyrkoon intentó hablar pero su voz fue incapaz de articular sonido alguno, tal era su irritación. Lo único que surgió de su garganta fue un gruñido ahogado mientras forcejeaba con los guardianes brevemente.

Dyvim Tvar regresó con Cymoril. La muchacha estaba pálida, pero sonreía cuando entró corriendo en el salón del trono.

-¡Elric!

-¡Cymoril! ¿Te han hecho daño?

Cymoril miró al cabizbajo capitán de su guardia, que había sido llevado ante el emperador junto con la princesa. Una mueca de desagrado cruzó las delicadas facciones de ésta. Después, hizo un gesto de negativa con la cabeza.

-No, estoy bien.

El capitán de la guardia personal de Cymoril temblaba de terror. Contempló a Yyrkoon con aire suplicante, como si esperara ayuda del príncipe, ahora preso. Sin embargo, Yyrkoon mantuvo la mirada fija en el suelo.

-Traed más cerca a ese -dijo Elric, señalando al capitán de la guardia.

El hombre fue arrastrado hasta el pie de la escalinata que conducía al Trono de Rubí, entre gemidos,

-Eres un traidor -dijo Elric- Al menos, Yyrkoon tuvo el valor de intentar matarme, y sus ambiciones eran elevadas. La tuya, en cambio, era convertirte en un lacayo. Has traicionado a tu dueña y matado a uno de tus hombres. ¿Cómo te llamas?

Al hombre le resultó difícil articular palabra alguna pero, al fin, pudo murmurar:

-Me llamo Valharik. ¿Qué podía yo hacer? Yo sirvo al Trono de Rubí, no importa quién se siente en él.

-Así que el traidor afirma que le movió la lealtad... Yo no lo veo así.

-Es cierto, mi señor. Es cierto. -El capitán empezó a lloriquear y cayó de rodillas- Mátame pronto... No me castigues más.

El primer impulso de Elric fue acceder a la petición del pobre hombre pero, al contemplar de nuevo a Yyrkoon, recordó la expresión de Cymoril al mirar al capitán y supo que ahora debía aprovechar la situación para realizar con el capitán Valharik un castigo ejemplar, de modo que movió la cabeza en gesto de negativa.

-No, tu castigo será peor. Esta noche morirás aquí según las tradiciones de Melniboné, mientras mis nobles festejan la nueva era de mi reinado.

Valharik rompió en sollozos. Después se detuvo y se puso en pie lentamente, recuperando su dignidad de melnibonés. Hizo una profunda reverencia y retrocedió, entregándose nuevamente a sus guardianes.

-Tengo que encontrar un modo de que tu destino pueda ser compartido por aquel a quien deseabas servir -prosiguió Elric-. ¿Cómo mataste al soldado que intentó defender a Cymoril?

-Con la espada. Le maté de un tajo, con un golpe limpio. Uno solo, mi señor.

-¿Y qué ha sido del cadáver?

-El príncipe Yyrkoon me ordenó que sus restos los diera a comer a los esclavos de la princesa Cymoril.

-Comprendo. Muy bien, príncipe Yyrkoon. Ésta noche te unirás a la fiesta mientras el capitán Valharik nos entretiene con su muerte.

El rostro de Yyrkoon estaba tan pálido como el de Elric.
-¿Qué significa eso?
-Los pedacitos de carne que el Doctor Burlón irá cortando de las extremidades del capitán serán el plato con que celebrarás la fiesta. Tú mismo podrás dar instrucciones sobre cómo quieres que te la preparen. No esperamos que la comas cruda, primo...
Incluso Dyvim Tvar pareció asombrado ante la decisión de Elric. Ciertamente, sus órdenes se ajustaban al espíritu de Melniboné y constituían una sutil y cínica mejora de lo que había propuesto el mismo Yyrkoon, pero no eran propias de Elric... o, al menos eran inesperadas en el Elric que había conocido hasta el día anterior.
Al escuchar su destino el capitán Valharik lanzó un grito de terror y miró al príncipe Yyrkoon como si el frustrado usurpador estuviera paladeando ya su carne. Yyrkoon intentó volverse, temblando de la cabeza a los pies.
-Y eso será sólo el comienzo -advirtió Elric-. La fiesta se iniciará a medianoche. Hasta entonces, confinad a Yyrkoon en su propia torre.

Una vez conducidos el príncipe y el capitán fuera del salón, Dyvim Tvar y la princesa Cymoril avanzaron hasta colocarse junto a Elric, que se había recostado en el enorme trono y tenía la mirada perdida en el vacío con expresión de amargura.
-Has mostrado una refinada crueldad -dijo Dyvim Tvar.
Cymoril replicó:
-Es lo que ambos merecen.
-Sí -murmuró Elric-. Es lo que mi padre habría hecho. Y lo que habría ordenado Yyrkoon si nuestras posiciones hubieran estado invertidas. Sin embargo, no hago más que seguir las tradiciones de Melniboné. Ya no pretendo ser un hombre libre. Aquí permaneceré hasta que muera, atrapado en el Trono de Rubí... Sirviendo al Trono de Rubí como Valharik ha dicho servirlo.
-¿No podrías matarles a los dos sin dilaciones? -preguntó Cymoril-. Sabes que no suplico por mi hermano porque lo sea. Le aborrezco, pero continuar con tu plan podría destruirte, Elric.
-¿Y que si es así? Deja que me destruya. Deja que me convierta apenas en una prolongación de mis antecesores. sin criterio propio. Déjame ser marioneta de fantasmas y recuerdos, movido por las cuerdas que se extienden más de diez mil años en el tiempo.
-Quizá si durmieras...-apuntó Dyvim Tvar.
-No dormiré, me temo, muchas noches a partir de hoy. Pero tu hermano no va a morir, Cymoril. Tras el castigo, cuando haya comido la carne del capitán Valharik, tengo intención de enviarle al destierro. Se dirigirá solo a los Reinos Jóvenes y no se le permitirá llevar con él sus libros de magia. Tendrá que sobrevivir en tierras de los bárbaros. Creo que ése no será un castigo demasiado severo.
-Es demasiado leve -dijo Cymoril- Sería mejor que le mataras. Envía a los soldados ahora mismo. No le des tiempo a urdir otro plan.
-No temo sus maquinaciones -dijo Elric mientras levantaba la mano trabajosamente-. Ahora me gustaría que me dejarais hasta una hora antes de que comience la fiesta. Tengo que meditar.
-Volveré a mi torre y me prepararé para esta noche-musitó Cymoril mientras depositaba un leve beso en la blanca frente. Elric alzó hacia ella unos ojos llenos de amor y ternura. Levantó la mano y rozó su cabello y su mejilla-. Recuerda que te amo -añadió ella.
-Me ocuparé de que te acompañe una escolta hasta tus aposentos -intervino Dyvim Tvar-. Y tienes que nombrar un nuevo jefe para tu guardia. ¿Podré ayudarte princesa?
-Te lo agradeceré, Dyvim Tvar.
Dejaron a Elric todavía sentado en el Trono de Rubí, con la mirada en el vacío. La

mano que, de vez en cuando, se llevaba al lechoso rostro temblaba ligeramente y, ahora, en sus extraños ojos carmesíes se reflejaba la angustia.

Tiempo después, se levantó del Trono de Rubí y se encaminó lentamente, con la cabeza hundida, a sus habitaciones. Al pasar, seguido de su guardia, ante la puerta de la escalera que conducía a la biblioteca, titubeó unos segundos. El instinto le llevaba a buscar el consuelo y el olvido en cierto tipo de conocimientos pero, en aquella ocasión, sintió un súbito odio por sus pergaminos y sus libros. Echó a ellos la culpa de sus ridículas preocupaciones por la «moral» y la «justicia»; los culpó de los sentimientos de culpabilidad y desesperación que ahora le abrumaban a consecuencia de su decisión de comportarse como se esperaba que lo hiciese un monarca de Melniboné. Así pues, dejó atrás la biblioteca y continuó hasta sus habitaciones, pero incluso éstas le desagradaban ahora. Eran austeras, no estaban amuebladas según los lujosos gustos de todos los melniboneses (salvo su padre), que se complacían en desbordantes mezclas de colores y raros diseños. Haría que las cambiasen lo antes posible. Iba a entregarse a aquellos fantasmas que le gobernaban. Durante un rato, deambuló de estancia en estancia, intentando reprimir a la parte de él que exigía tener clemencia con Valharik e Yyrkoon; al menos, matarles y acabar de una vez o, mejor, enviarles a ambos al destierro. Pero ahora era imposible volverse atrás de la decisión.

Por fin, se recostó en un sofá colocado junto a una ventana desde la que se contemplaba toda la ciudad. El cielo estaba lleno de nubes turbulentas todavía, pero en aquel momento la luna brillaba en un claro corno el ojo amarillo de una fiera peligrosa que parecía mirarle con una cierta ironía triunfal, como si saboreara la derrota de su conciencia. Elric hundió 1a cabeza entre las manos.

Más tarde, entraron los criados a comunicarle que los cortesanos se estaban reuniendo para la celebración. Elric dejó que le vistieran con su ropaje amarillo de ceremonia; tras colocarse la corona del dragón en la cabeza, regresó al salón del trono y allí fue recibido con estentóreos vítores, más efusivos que en ninguna ocasión anterior. Agradeció el saludo y tomó asiento en el Trono de Rubí, repasando con la mirada las mesas que ahora llenaban el salón para el banquete. Los siervos colocaron ante él una mesa y dos sillas más, pues Dyvim Tvar y Cymoril se sentarían junto al trono. Sin embargo, Dyvim Tvar y Cymoril no habían llegado aún y tampoco estaba presente el renegado Valharik. ¿Y dónde estaba Yyrkoon? Los dos deberían encontrarse ya allí, en el centro del salón: Valharik encadenado e Yyrkoon, sentado debajo de él. El Doctor Burlón estaba presente, junto al brasero sobre el que tenía sus utensilios de cocina, y se dedicaba a afilar y probar sus cuchillos. El salón estaba lleno de cuchicheos nerviosos, y la corte aguardaba a que la diversión empezara. Los manjares ya habían sido presentados, aunque nadie se serviría hasta que el emperador lo hiciese.

Elric dio una señal al jefe de su guardia personal.

-¿Han llegado ya a la torre la princesa Cymoril o Dyvim Tvar?

-No, mi señor.

Cymoril no solía retrasarse, y Dyvim Tvar era siempre puntual. Elric frunció el ceño. Quizá no les apetecía el espectáculo.

-¿Y los prisioneros?

-Ya están en camino, mi amo.

El Doctor Burlón le miraba expectante, su cuerpo esquelético estaba tenso de impaciencia.

Y, entonces, Elric escuchó un sonido por encima del rumor de las conversaciones. Un sonido gimiente que parecía proceder de todo el contorno de la torre. Inclinó la cabeza y siguió escuchando atentamente.

Los demás también escuchaban ahora el extraño ruido. Cesaron las conversaciones y todos lo percibieron, desconcertados. Pronto, todo el salón quedó en silencio y el gemido

aumentó de volumen.

Instantes después, de pronto, las puertas del salón del trono se abrieron y apareció Dyvim Tvar, jadeante y ensangrentado, con la ropa hecha jirones y la carne desgarrada. Y detrás de él entró una niebla, unas volutas de colores púrpura oscuro y azul desagradable a la vista, y era la niebla lo que gemía.

Elric saltó de su trono y apartó de un golpe la mesa que tenía delante. Bajó a grandes zancadas los escalones hacia su amigo. La niebla gimiente continuó adentrándose en la estancia, como si persiguiera a Dyvim Tvar. Elric asió a su amigo entre sus brazos.

-¡Dyvim Tvar! ¿Qué es este encantamiento?

El horror atenazaba el rostro de Dyvim Tvar y sus labios parecían congelados hasta que acertó a decir:

-Es un hechizo de Yyrkoon. Ha conjurado a esa niebla gimiente para que le ayudase a escapar. He tratado de seguirle fuera de la ciudad, pero la niebla me ha envuelto y he perdido la orientación. Cuando fui a su torre para traer al príncipe y a su secuaz, el encantamiento ya se había consumido.

-¿Y Cymoril dónde está?

-Se la ha llevado, Elric. La tiene con él. Les acompaña Valharik y un centenar de guerreros que en secreto le permanecían fieles.

-Entonces, debemos perseguirle. Pronto le capturaremos.

-No se puede hacer nada contra la niebla gimiente. ¡Ah, ahí viene!

Y, efectivamente, la niebla empezaba a envolverles. Elric intentó dispersarla agitando los brazos, pero el humo se enroscó entonces a su alrededor, pegajoso, y sus melancólicos gemidos llenaron los oídos del emperador mientras sus desagradables colores le cegaban los ojos. Intentó apartarse de ella con unas rápidas zancadas, pero la niebla continuó pegada a él. Y, ahora, Elric creyó escuchar palabras entre los gemidos. «¡Elric es débil! ¡Elric es estúpido! ¡Elric debe morir!»

-¡Basta, basta! -gritó el emperador.

Tropezó con otro cuerpo y cayó de rodillas. Empezó a gatear, intentando desesperadamente ver algo entre la niebla. Ahora, en ésta se formaban rostros... rostros espantosos, terroríficos como no los había visto en su vida, ni siquiera en sus peores pesadillas.

-¡Cymoril! -gritó-. ¡Cymoril!

Y uno de los rostros se convirtió en el de la princesa. Una Cymoril que le miraba de soslayo y se burlaba de él, y cuyo rostro envejecía lentamente hasta convertirse en el de una vieja fea y repugnante y, por último, en una calavera con restos de carne putrefacta.

Cymoril , susurraban las voces. *Cymoril* ...

Y Elric se sintió débil y más desesperado. Llamó a gritos a Dyvim Tvar, pero sólo le respondió el eco burlón de su nombre, como acababa de escuchar el de Cymoril. Apretó los labios, cerró los ojos y, todavía a gatas, intentó liberarse de la niebla gimiente. Sin embargo, parecieron pasar horas hasta que los gemidos se convirtieron en suspiros, y éstos en leves briznas de sonido. Trató de levantarse y abrir los ojos para ver difuminarse la niebla, pero le fallaron las piernas y cayó sobre el primer peldaño de la escalinata que conducía al Trono de Rubí.

Una vez más, había hecho caso omiso de los consejos de Cymoril respecto a su hermano... y, una vez más, la había puesto en peligro. El último pensamiento de Elric fue muy sencillo.

«No estoy hecho para vivir», pensó.

4
Invocar al Señor del Caos

Cuando se hubo recuperado del agotamiento que le había dejado inconsciente durante largas horas, Elric mandó llamar a Dyvim Tvar. Estaba ansioso de noticias, pero su amigo no pudo darle ninguna. Yyrkoon había invocado la ayuda de la magia para liberarse, y también para continuar la huida.

-Debe haber contado con algún medio mágico para abandonar la isla -dijo Dyvim Tvar.

-Tienes que enviar expediciones -respondió Elric-. Manda mil destacamentos si es preciso. Toma a todos los hombres de Melniboné. Despierta a los dragones, si podemos utilizarlos. Prepara las galeras de combate. Cubre el mundo con tus hombres si es necesario, pero encuentra a Cymoril.

-Todo cuanto dices se ha hecho ya -informó Dyvim Tvar-, pero Cymoril no ha sido encontrada todavía.

Transcurrió un mes y los guerreros de Imrryr recorrieron, a pie y a caballo, los Reinos Jóvenes en busca de noticias de sus compatriotas renegados.

-Me preocupaba más de mí mismo que de Cymoril, y llamaba a esto «moralidad» -decía para sí el albino- Ponía a prueba mi sensibilidad, no mi conciencia.

Pasó un segundo mes y los dragones de Imrryr surcaron los aires al sur y al este, al norte y al oeste. Pero aunque volaron sobre montañas y mares, sobre bosques y llanuras, aterrorizando sin pretenderlo a las gentes de muchas ciudades, no encontraron rastro alguno de Yyrkoon y de su banda.

-Pues, en último término, uno sólo puede juzgarse a sí mismo por sus posibles actos -seguía diciéndose Elric- He repasado lo que he hecho, no lo que pretendía hacer o lo que pensaba que deseaba hacer; y, en su mayor parte, todo cuanto he hecho ha sido estúpido, destructivo y falto de sentido. Yyrkoon tenía razón al despreciarme, y por eso le he tomado tanto odio.

Llegó el cuarto mes y las naves de Imrryr fondearon en puertos remotos y los marineros de la ciudad indagaron entre viajeros y exploradores si tenían noticia de Yyrkoon. Sin embargo, el hechizo de Yyrkoon debía de ser muy poderoso pues nadie le había visto (o recordaba haberle visto).

-Ahora, debo meditar en las consecuencias de todos esos pensamientos-concluyó Elric.

Abatidos, los soldados más rápidos empezaron a volver a Melniboné con sus frustrantes nuevas. la fe desapareció y la esperanza se desvaneció, pero la determinación de Elric aumentó. Se hizo fuerte, tanto mental como físicamente. Experimentó con nuevas pócimas que incrementaban su energía en lugar de sustituir la que le faltaba en comparación con los demás. Leyó mucho en la biblioteca, aunque esta vez sólo leía ciertos volúmenes, repasándolos una y otra vez.

Esos volúmenes estaban escritos en el Habla Alta de Melniboné, la antigua lengua de la hechicería con la que los antepasados de Elric habían podido comunicarse con los seres sobrenaturales a los que invocaban. Y, por fin, consideró que los había asimilado plenamente aunque, en ocasiones, lo que leía amenazaba con detenerle en el esfuerzo que había emprendido.

Y cuando se sintió satisfecho-pues el peligro de no comprender verdaderamente las consecuencias de lo que esos libros explicaban era catastrófico-, durmió tres noches seguidas en un sopor narcotizado.

Por fin, Elric estuvo dispuesto. Ordenó a todos los sirvientes y esclavos que salieran de sus aposentos y colocó centinelas a las puertas con instrucciones de no dejar entrar a nadie, por urgente que fuera el asunto. Despejó de todo mobiliario una gran estancia, hasta

dejarla totalmente vacía, salvo de unos

volúmenes antiguos que colocó en el mismo centro de la sala. Después, se sentó junto al libro y se puso a pensar.

Después de haber meditado durante más de cinco horas, Elric tomó un pincel y empezó a pintar las paredes y el suelo con una serie de complicados símbolos, algunos de ellos tan enrevesados que parecían desaparecer por un ángulo de la superficie sobre la que habían sido dibujados. Cuando terminó, Elric se tendió en el centro mismo de aquella inscripción mágica, boca abajo con los brazos y las piernas separados, una mano posada sobre el libro y la otra (con el Actorios en ella) extendida con la palma hacia el suelo. Había luna llena. Un rayo de luz de ésta caía directamente sobre la cabeza de Elric, dando un tono plateado a su cabello. Y entonces se inició la Invocación.

Elric envió su mente por retorcidos túneles de lógica, a través de planicies interminables de ideas y sobre montañas de simbolismos y universos infinitos de verdades cambiantes; envió su mente más y más lejos y, con ella, envío las palabras que surgían de sus labios retorcidos; unas palabras que pocos de sus contemporáneos entenderían, aunque su solo sonido hubiera helado la sangre de quien las oyese. Se esforzó en mantener su cuerpo en la posición original, puesto que se arqueaba preso de una gran agitación, y de vez en cuando escapaba de su boca un gemido. Y, en todo instante, unas breves palabras surgían una y otra vez en sus labios.

Y una de esas palabras era un nombre:

-Arioco...

Arioco, el demonio protector de los antepasados de Elric, uno de los más poderosos Duques del Infierno, que era llamado el Caballero de las Espadas, el Señor de las Siete Oscuridades, el Señor del Infierno Superior y muchos nombres más.

-¡Arioco...!

Era Arioco a quien había invocado Yyrkoon, pidiendo al Señor del Caos que maldijera a Elric. Era Arioco a quien Yyrkoon había querido llamar en su frustrado intento de hacerse con el Trono de Rubí. Era Arioco quien recibía también el nombre de Guardián de las Dos Espadas Negras, las espadas de factura no terrenal y de poder infinito que en otro tiempo estuvieron en manos de los emperadores de Melniboné.

-Yo te invoco...

Los versos, rítmicos y fragmentados a la vez, surgieron de la garganta de Elric como aullidos. Su mente había alcanzado el plano en el que moraba Arioco. Ahora lo buscaba allí.

-¡Arioco! Es Elric de Melniboné quien te invoca.

Elric percibió un ojo que le observaba. El ojo flotó y se unió a otro. Los dos ojos le contemplaron.

-¡Arioco! ¡Mi Señor del Caos! ¡Ayúdame!

Los ojos parpadearon... y se desvanecieron.

-¡Oh, Arioco, ven a mi! ¡Ven a mi! ¡Ayúdame y yo te serviré!

Una silueta que no correspondía a una forma humana se volvió lentamente hasta que una gran cabeza negra y sin rostro quedó de frente a Elric. Un halo de luz rojiza brillaba tras la cabeza.

Entonces, también aquello se desvaneció.

Agotado, Elric dejó que la imagen desapareciera. Su mente regresó apresuradamente, recorriendo plano tras plano. Sus labios cesaron de entonar los versos y los nombres y quedó tendido en el suelo de la estancia, incapaz de moverse de puro cansancio, sin decir palabra.

Estaba convencido de que no había tenido éxito.

Escuchó un leve sonido y levantó a duras penas su cansada cabeza.

Una mosca había entrado en la estancia y zumbaba de un lugar a otro, dando casi la

impresión de seguir las líneas de los símbolos que Elric había dibujado un rato antes.
La mosca se posó primero en un símbolo y luego en otro.
Elric pensó que debía de haber entrado por la ventana. Se sentía molesto por la distracción pero, al mismo tiempo, estaba fascinado por ella.
La mosca se posó en la frente de Elric. Era grande y negra, y su zumbido era potente y obsceno. Se frotó las patas delanteras y pareció mostrar un especial interés por el rostro de Elric mientras lo recorría. Elric se movió, pero sin la suficiente energía para sacudírsela. Cuando entraba en su campo de visión, observaba al insecto. Cuando salía de él, notaba sus patas paseando por cada centímetro de piel de su rostro. Después, la mosca emprendió vuelo y, zumbando aún estruendosamente, permaneció suspendida a poca distancia de 1a nariz del emperador. Y, en ese instante, Elric alcanzó a ver los ojos de 1a mosca y reconoció algo en ellos. Eran los ojos -y no sólo los ojos- que acababa de ver en el otro plano de la realidad.
Empezó a abrirse paso en su mente la certeza de que aquella mosca no era una criatura normal pues, de algún modo, tenía en sus rasgos algo de humana.
La mosca le sonreía.
Su ronca garganta y sus labios resecos sólo permitieron a Elric murmurar una pregunta:
-¿Arioco?
Y apareció un hermoso joven donde había revoloteado la mosca. El hermoso joven habló con una voz agradable, suave y bien dispuesta, pero varonil. Iba cubierto de una ropa que era como una joya liquida que, sin embargo, no deslumbraba a Elric pues no parecía despedir luz alguna. El joven llevaba una cinta de un rojo ígneo. Tenía unos ojos sabios y viejos y, si se los estudiaba de cerca, podía apreciarse que contenían un aire malévolo, antiguo y confiado.
-Elric...
Esa fue la única palabra que pronuncio el joven pero, a su sonido, el albino se sintió recuperado hasta el punto de conseguir ponerse de rodillas.
-Elric... -repitió el joven.
Y Elric pudo ponerse en pie, sintiéndose lleno de energía.
Ahora el joven era más alto que Elric. Miraba al Emperador de Melniboné y le dedicaba una sonrisa idéntica a la que había visto en la mosca.
-Eres el único adecuado para servir a Arioco. Hace mucho que no era invitado a este plano, pero ahora estoy aquí y voy a ayudarte, Elric. Seré tu protector, cuidaré de ti y te daré fuerzas y te concederé la fuente de esa fuerza, aunque amo yo seré, y esclavo tú serás.
-¿Cómo he de servirte, Duque Arioco? -preguntó Elric con un tremendo esfuerzo de autocontrol, pues estaba lleno de terror ante lo que significaban las palabras de Arioco.
-Me servirás sirviéndote a ti mismo de momento. Más adelante, llegará la ocasión en que vendré a ti para que me sirvas en cosas concretas pero de momento, pediré poco de ti, salvo que jures servirme.
Elric titubeó.
-Debes hacerme el juramento-insistió Arioco, en actitud razonadora-, o no podré ayudarte en el asunto de tu primo Yyrkoon y de su hermana Cymoril.
-Juro servirte -dijo Elric, y su cuerpo se llenó de un éxtasis ardiente y cayó de rodillas al suelo, temblando de alegría.
-Ahora puedo decirte que, de tiempo en tiempo, puedes invocar mi ayuda y yo acudiré si la necesidad es realmente desesperada. Vendré en la forma que resulte más adecuada, o sin forma alguna si ello es lo más conveniente. Y ahora, antes de que me vaya, puedes hacerme la pregunta que desees.
-Necesito respuesta a dos preguntas.
-A la primera, no puedo responder. No voy a hacerlo. Tienes que aceptar que has

jurado servirme. No voy a decirte lo que reserva el futuro pero, si me sirves bien, no debes temer.

-Entonces, la segunda pregunta es ¿dónde está el príncipe Yyrkoon?

-El príncipe Yyrkoon está en el sur, en tierras de bárbaros. Por medio de la brujería y con superioridad táctica y de armamento, ha realizado la conquista de dos naciones pequeñas, una de las cuales se llama Oin y la otra Yu, y en la actualidad prepara a los hombres de Oin y de Yu para lanzarse sobre Melniboné, pues sabe que tus tropas están dispersas por todo el mundo, en su busca.

-¿Cómo ha podido ocultarse?

-No lo ha hecho, pero se ha apoderado del Espejo de los Recuerdos, un objeto mágico cuyo escondite ha descubierto mediante sus encantamientos. El espejo contiene un millón de recuerdos, los de todos aquellos que se han mirado en él. Así, todo el que se aventura en Oin o en Yu, o quien viaja por mar a la capital de ambos reinos, es puesto ante el espejo y así olvida que ha visto al príncipe Yyrkoon y a sus guerreros de Imrryr en esas tierras. Es el mejor modo de continuar en paradero desconocido.

-Lo es -Elric frunció el ceño-. Por tanto, sería conveniente tratar de destruir el espejo, aunque me pregunto qué sucedería si lo hiciéramos.

Arioco levantó su cuidada mano.

-Aunque he respondido a más de una pregunta que, digamos, formaban parte de una sola cuestión, no voy a decirte más. Quizá te interese destruir el espejo, pero sería mejor que encontraras otro modo de contrarrestar sus efectos pues, insisto, contiene muchos recuerdos, algunos de los cuales llevan miles de años aprisionados. Ahora, debo irme. Y tú también debes partir a las tierras de Oin y Yu, que están a varios meses de viaje, hacia el sur y mucho más allá de Lormyr. Lo mejor es ir *en El Barco que Navega Sobre Mares y Sobre Tierras* . Adiós, pues, Elric.

Y la mosca zumbó en la pared antes de desaparecer.

Elric salió a toda prisa de la estancia, llamando a gritos a sus esclavos.

5
El Barco que Navega Sobre Mares y Sobre Tierras

-¿Cuántos dragones duermen, pues, en las cavernas?

Elric recorría el pórtico, con la panorámica de la ciudad a sus pies. Ya había salido el sol, pero seguía oculto por las densas nubes bajas que cubrían las torres de la Ciudad de Ensueño. La vida seguía imperturbable en las calles de Imrryr, salvo por la ausencia de la mayor parte de los soldados, que todavía no habían vuelto de sus infructuosas investigaciones, ni lo harían en bastantes meses.

Dyvim Tvar se apoyó en el parapeto del pórtico y paseó la mirada vacía por las calles. Sus facciones estaban cansadas y llevaba los brazos cruzados en el pecho como si quisiera conservar las fuerzas que le quedaban.

-Dos, quizás. Costaría mucho despertarlos y, aun así, dudo que nos fueran de utilidad. ¿Qué es ese Barco que Navega Sobre Mares y Sobre Tierras que mencionó Arioco?

-He leído algo sobre él, en el Libro de Plata y otros volúmenes. Un barco mágico que utilizó un héroe melnibonés antes incluso de que existiera Melniboné y su imperio. Sin embargo, si realmente existe, no sé dónde encontrarla.

-¿Quién podría saberlo? -dijo Dyvim Tvar al tiempo que erguía la espalda y se volvía a contemplar el panorama que se abría a sus pies.

-¿Arioco? -dijo Elric-. Pero él no me lo diría... -añadió con un encogimiento de hombros.

-¿Y tus amigos, los Espíritus Acuáticos? Han prometido ayudarte. ¿Y no es probable que sepan bastante de barcos?

Elric frunció el ceño y se hicieron más profundas las arrugas que ahora surcaban su rostro.

-Sí, Straasha quizá lo sepa. Pero me disgusta volver a pedirle ayuda. los Espíritus Acuáticos no son criaturas tan poderosas como los Señores del Caos. Su fuerza es limitada y, además, tienden a ser caprichosos e informales. Y otra cosa más, Dyvim Tvar, tengo mis reservas sobre el empleo de la hechicería, salvo si es absolutamente imprescindible...

-Tú eres un hechicero, Elric. Muy recientemente has demostrado tu maestría en ese aspecto, incluido el más poderoso de todos los encantamientos, la Invocación de un Señor del Caos... ¿Y todavía dudas? Yo recomendaría, mi señor, que te lo pensaras bien y terminaras rechazando por ilógica tal idea. Tú decidiste utilizar la magia en la búsqueda del príncipe Yyrkoon. La suerte ya está echada. Lo mejor es utilizar la magia desde ahora mismo.

-Tú no puedes imaginar el esfuerzo físico y mental que representa.

-Lo puedo imaginar, mi señor. Yo soy tu amigo, no deseo verte sufrir y, sin embargo...

-También cuenta, Dyvim Tvar, la dificultad que supone mi debilidad física -recordó Elric a su amigo-. ¿Cuánto tiempo podré seguir usando esas pócimas poderosísimas que ahora me sostienen? Me proporcionan vigor, sí, pero a cambio de agotar mis escasas

reservas. quizá muera antes de hallar a Cymoril.

-Lamento haber hablado.

Pero Elric se adelantó y puso su blanca mano en la capa color manteca de Dyvim Tvar.

-Sin embargo, ¿qué tengo que perder? No, tú tienes razón. Soy un cobarde al dudar cuando está en juego la vida de Cymoril. Vuelvo a caer en las estupideces..., en las estupideces que provocaron el inicio de todo esto. Lo haré. ¿Vendrás conmigo al océano?

Dyvim Tvar notó que la carga de la conciencia de Elric empezaba a pesar también sobre sus hombros. Se trataba de una sensación muy extraña para un melnibonés y Dyvim Tvar se dio perfecta cuenta de que no le gustaba en lo más mínimo.

Elric había recorrido aquel sendero por última vez cuando él y Cymoril eran felices. Parecía haber transcurrido mucho tiempo de ello. Había sido un estúpido al confiar en aquella felicidad. Volvió la testa de su semental blanco hacia los acanti−lados y el mar que se extendía ante ellos. Caía una ligera lluvia. El invierno caía rápidamente sobre Melniboné.

Dejaron las monturas en lo alto de las rocas para que los encantamientos de Elric no les perturbasen y descendieron trabajosamente hasta la playa. La lluvia caía sobre el mar. Una pantalla de niebla colgaba sobre el agua a una distancia de menos de cinco largos de nave de la playa. Reinaba un silencio de muerte y los altos y oscuros farallones de roca a su espalda y el muro de niebla al frente hicieron imaginar a Dyvim Tvar que había entrado en un inframundo silencioso donde era fácil que morasen las almas melancólicas de aquellos que, según la leyenda, se hubiesen suicidado mediante un proceso de lenta automutilación. El sonido de las botas de los dos hombres sobre los guijarros era considerable, pero, al propio tiempo, quedaba amortiguado por la niebla que parecía absorber el sonido y engullirlo con voracidad, como si sustentara su vida en el sonido.

-Ahora -murmuró Elric, que no parecía advertir los té−tricos y deprimentes parajes-. Ahora debo recordar los ver−sos que me vinieron tan fácilmente a la memoria, sin preten−derlo, no hace muchos meses.

Se apartó unos pasos de Dyvim Tvar y bajó hasta el mismo borde donde el agua helada lamía la tierra y allí, solemne−mente, tomó asiento con las piernas cruzadas. Sus ojos con−templaban la niebla, sin pestañear.

Cuando el alto albino se sentó, a Dyvim Tvar le pareció que se encogía, que se convertía en un niño vulnerable, y su corazón se preocupó por él como lo hubiera hecho por un hijo nervioso y valiente. Dyvim Tvar sintió el impulso de pedir al emperador que olvidase la magia y que realizara su búsqueda por las tierras de Oin y Yu con los medios normales.

Sin embargo, Elric estaba alzando ya la cabeza como un perro levanta la suya hacia la luna. Unas palabras extrañas y conmovedoras empezaban a surgir de sus labios y se hizo evi−dente que, incluso si Dyvim Tvar le hablaba ahora, Elric no lo oiría.

Dyvim Tvar conocía el Habla Alta de Melniboné pues, como miembro de la nobleza de la Isla del Dragón, había sido instruido en ella como parte de su formación integral. Sin embargo, las palabras le sonaban extrañas ya que Elric utilizaba inflexiones y énfasis peculiares, dando a las frases un peso especial y secreto y cantándolas con una voz que iba desde un ronco sonido gutural hasta un agudo chillido en falsete. No resultaba agradable escuchar tales sonidos de una garganta mortal, y Dyvim Tvar se hizo ahora una idea clara de por qué Elric era reacio a utilizar la hechicería. Aunque era un melni−bonés de los pies a la cabeza, el Señor de las Cavernas del Dragón se sintió tentado de retroceder un par de pasos, in−cluso de retirarse a lo alto de los acantilados y observar desde allí a Elric, y tuvo que obligarse a permanecer donde estaba mientras seguía la invocación.

El cántico de los versos se prolongó durante un tiempo considerable. La lluvia caía con más fuerza sobré los guijarros de la orilla y los hacía brillar. También caía con

ferocidad sobre el mar oscuro y tranquilo y azotaba la frágil cabeza de la figura de blancos cabellos que seguía cantando. Dyvim Tvar se estre–meció y apretó la capa en torno a sus hombros.

-Straasha... Straasha... Straasha...

Las palabras se mezclaban con el sonido de la lluvia. Ahora apenas resultaban comprensibles, convertidas en meros soni–dos que podría efectuar el viento, en frases de una lengua que podría hablar el mar.

¡Straasha...!

En el grito había una enigmática agonía.

¡Straasha...!

En los labios de Dyvim Tvar se formó el nombre de Elric, pero se vio incapaz de vocalizarlo.

¡Straasha...!

La figura de piernas cruzadas se balanceó. La palabra se convirtió en la llamada del viento a través de las Cavernas del Tiempo.

¡Straasha...!

A Dyvim Tvar le parecía evidente que, por alguna razón, los versos no daban resultado y que Elric estaba usando toda su fuerza sin ningún éxito. Y, con todo, no había nada que el Señor de las Cavernas del Dragón pudiera hacer. Sus pies parecían congelados, pegados al suelo.

Contempló la niebla. ¿No estaba más próxima a la orilla? ¿No había tomado un tono verdoso extraño, casi luminoso? Siguió observando con gran atención.

Hubo una enorme agitación en las aguas. El mar se aba–lanzó sobre la orilla. Los guijarros crepitaron y la niebla se retiró. Unas luces difusas titilaron en el aire y Dyvim Tvar creyó ver la silueta reluciente de una figura gigantesca que surgía del mar. Advirtió que el cántico de Elric había cesado.

-Rey Straasha -murmuraba Elric en un tono de voz que iba aproximándose a la normalidad-, has acudido. Te doy las gracias.

La silueta empezó a hablar y la voz recordó a Dyvim Tvar una ola redonda y lenta lamiendo la orilla bajo un sol cordial.

Nosotros, los espíritus acuáticos, estamos preocupados por los rumores de que tú, Elric, has invitado de nuevo a tu plano de realidad a los Señores del Caos. Los espíritus acuáticos nunca hemos amado a los Señores del Caos, pero yo sé que, si has hecho tal cosa, ha sido porque estabas destinado a hacerlo y, por tanto, no sentimos ninguna enemistad contra ti.

-Me vi forzado a tomar esa decisión, rey Straasha. No tenía otra solución. Por tanto, si eres reacio a prestarme ayuda, lo comprenderé perfectamente y no volveré a invocarte.

Te ayudaré, aunque ahora hacerlo sea más difícil, no por lo que suceda en un futuro inmediato, sino por lo que se adivina que tendrá lugar en años venideros. Y ahora, apresúrate a decirme en qué te pueden ser de ayuda los seres de las aguas.

-¿Sabes algo del *Barco que Navega Sobre Mares y Sobre Tierras* ? Necesito encontrarlo para cumplir mi juramento de rescatar a mi amada Cymoril.

Conozco muy bien esa nave, pues es mía. Grome también la reclama, pero es mía. En justicia, me pertenece.

-¿Grome de la tierra?

Sí, Grome el de la Tierra Bajo las Raíces. Grome del Suelo y de todo lo que vive bajo él. Grome, mi hermano. Hace mucho, incluso para la medida del tiempo de los espíritus, Grome y yo construimos ese barco para poder viajar entre los reinos de las

Tierras y de las Aguas cuando quisiéramos. Sin embargo, nos enemistamos, malditos seamos por haber caído en semejante estupidez, y luchamos. Hubo seísmos, maremotos, erupciones volcánicas, huracanes y batallas en las que participaron todos los espíritus. Como resultado de esas luchas aparecieron nuevos continentes mientras los antiguos queda–ban sumergidos. No era la primera vez que nos enfrentábamos, pero fue la última. Y, por último, concertamos una paz para no terminar destruyéndonos mutuamente. Cedí a Grome parte de mi dominio y él me entregó el Barco que Navega Sobre Mares y Sobre Tie–rras. *Pero Grome me lo dio un tanto a regañadientes y, por eso, el barco surca mejor el mar que la tierra, pues Grome dificulta su avance siempre que le es posible. No obstante, si te ha de ser de utilidad, llévatelo.*

-Te lo agradezco, rey Straasha. ¿Dónde puedo encontrarlo?

Ya vendrá. ¡Ah!, me siento cansado pues, cuanto más lejos me aventuro de mi reino, más me cuesta mantener mi forma mortal. Adiós, Elric... y sé precavido. Posees un poder mayor de lo que tú mismo conoces, y muchos lo utilizarían para conseguir sus propios fines.

-¿He de esperar aquí al Barco que Navega Sobre Mares y Sobre Tierras?

No... La voz del rey de los Mares se difuminaba al tiempo que su forma se desvanecía. Una niebla gris volvía a cubrir el lugar donde habían estado la silueta y las luces verduzcas. El mar volvía a estar tranquilo. *Espera... Aguarda en tu torre. Ya llegará...*

Unas levísimas olas lamieron la orilla y pronto fue como si el rey de los Espíritus Acuáticos no hubiera estado nunca allí. Dyvim Tvar se frotó los ojos. Empezó a moverse, muy lenta–mente al principio, hacia donde se hallaba Elric, todavía sen–tado en la arena. Se agachó sin brusquedad hacia el albino y le ofreció su mano. Elric alzó la mirada, sorprendido.

-¡ Ah, Dyvim Tvar! ¿Cuánto tiempo ha transcurrido?

-Varias horas, Elric. Pronto anochecerá. Ya empieza a apagarse la poca luz que queda. Será mejor que cabalguemos pronto de vuelta a Imrryr.

Elric se puso en pie ceremoniosamente, con la ayuda de su amigo.

-Sí... -murmuró con aire ausente-. El rey de los Mares ha dicho que...

-He oído a Straasha, Elric. He escuchado sus consejos y sus advertencias. Debes tener siempre presente ambas cosas. No me gusta nada lo relacionado con ese barco mágico. Como casi todas las cosas cuyo origen está en la hechicería, el barco parece tener defectos, además de virtudes, como un cuchillo de doble filo con el que puedes matar a tu enemigo y, al propio tiempo, acabar contigo mismo...

-Es lo que debe esperarse cuando se recurre a la magia. Y eso fue lo que me instaste a hacer, amigo mío.

-Es cierto -respondió Dyvim Tvar casi para sí mientras abría camino por el sendero de los acantilados hasta donde tenían los caballos-. Es cierto, no lo he olvidado, mi señor emperador.

Elric le dedicó una leve sonrisa y le dio una palmada en el brazo, al tiempo que le decía:

-No te preocupes, la invocación ha terminado y ahora tenemos el barco que precisamos para llegar rápidamente hasta el príncipe Yyrkoon y las tierras de Oin y Yu.

-Esperemos que así sea.

Dyvim sentía un íntimo escepticismo acerca de los benefi–cios que les podía reportar el *Barco que Navega Sobre Mares y Sobre Tierras* . Llegaron a los caballos y se puso a escurrir el agua de los flancos de su montura.

-Lamento que, una vez más -comentó a Elric-, haya–mos permitido que los dragones malgastasen sus energías en una empresa inútil. Con un escuadrón de mis bestias podría–mos acabar con el príncipe Yyrkoon. Y además, amigo mío, sería magnífico

volver a surcar los aires hombro con hombro, como antaño.

-Cuando todo esto haya terminado y la princesa Cymoril vuelva a estar aquí, lo haremos -afirmó Elric mientras mon−taba trabajosamente en la silla de su semental blanco-. Volve−rás a soplar el Cuerno del Dragón y nuestros hermanos drago−nes lo escucharán y nosotros dos cantaremos la Canción de los Amos del Dragón. Nuestras espuelas refulgirán cuando mon−temos a *Colmillo Flameante* y a su compañera *Dulces Garras* . ¡Ah!, volverá a ser como en los viejos días de Melniboné, cuando ya no equiparábamos libertad con poder, sino que de−jábamos a los Reinos Jóvenes que vivieran por su lado, en la seguridad de que ellos no se meterían con nosotros.

Dyvim Tvar tiró de las riendas de su caballo y frunció el ceño.

-Reguemos que ese día llegue, mi señor. Sin embargo, no puedo evitar ese pertinaz pensamiento que me dice que los días de Imrryr están contados y que mi propia vida se acerca a su final...

-Tonterías, Dyvim Tvar. Tú me sobrevivirás, aunque ten−gas más años que yo, eso ofrece pocas dudas.

Y Dyvim Tvar replicó, mientras galopaban de vuelta en pos del sol agonizante:

-Tengo dos hijos. ¿Lo sabías, Elric?

-Nunca me habías hablado de ellos.

-Sí, de dos concubinas.

-Me alegro por ti.

-Son buenos melniboneses.

-¿Por qué has mencionado este tema, Dyvim Tvar? -in−quirió Elric mientras intentaba escrutar las facciones de su amigo.

-Yo les amo y quisiera que gozaran de los placeres de nuestra Isla del Dragón.

-¿Por qué no iban a hacerlo?

-No lo sé. -Dyvim Tvar miró intensamente a Elric y aña−dió-: Yo diría que el destino de mis hijos, Elric, es ahora responsabilidad tuya.

-¿Mía?

-Por lo que he entendido de las palabras del Espíritu Acuático, creo que tus decisiones pueden decantar el destino de Melniboné y te pido que te acuerdes de mis hijos, Elric.

-Lo haré, Dyvim Tvar. Estoy seguro que crecerán y serán dos soberbios Amos del Dragón y que uno de ellos te sucederá como Señor de las Cavernas del Dragón.

-Creo que no has entendido a qué me refería, mi señor emperador.

Pero Elric miró a su amigo con gesto solemne y movió la cabeza.

-No, mi viejo amigo. Lo he entendido perfectamente. Pero me juzgas muy mal si temes que haga algo que amenace Melniboné y lo que representa.

-Entonces, perdóname.

Dyvim Tvar bajó la cabeza, pero la expresión de sus ojos no varió.

En Imrryr se cambiaron de ropa, bebieron vino caliente y se hicieron servir abundante comida picante. Pese al cansancio, Elric estaba más animado que en muchos meses. Y, con todo, tras esta impresión superficial había detalles que sugerían que hacía un esfuerzo por hablar con alegría y dar vitalidad a sus movimientos. Era cierto, pensó Dyvim Tvar, que las perspecti−vas habían mejorado y que pronto se enfrentarían al príncipe Yyrkoon, pero les aguardaban peligros desconocidos, y los escollos ocultos serían considerables. No obstante, por simpa−tía hacia su amigo, no quiso perturbarle. De hecho, se alegraba de que Elric pareciera haber recuperado el ánimo. Hablaron de los pertrechos

que necesitarían en la expedición a las tierras misteriosas de Yu y Oin, y especularon sobre la capacidad del *Barco que Navega Sobre Mares y Sobre Tierras* , sobre cuántos hombres podía llevar, qué provisiones deberían subir a bordo, etcétera.

Cuando Elric se acostó, no anduvo hasta su lecho con el agotado arrastrar de pies que durante los últimos tiempos le había acompañado siempre. Al despedirse de él, Dyvim Tvar volvió a sentirse invadido por la misma emoción que le había llenado en la playa, mientras contemplaba a Elric iniciar su cántico. Quizá no había mencionado por mera casualidad a sus hijos en su conversación con Elric horas antes, pues notaba hacia él un sentimiento casi protector, como si Elric fuera un chiquillo que esperara con ansiedad algo que, después, quizá no le reportara el goce esperado.

Dyvim Tvar desechó sus pensamientos lo mejor que pudo y fue a acostarse. Aunque Elric se considerara responsable de todo lo ocurrido en el tema de Yyrkoon y Cymoril, Dyvim Tvar se preguntó si no tendría también él parte de la culpa. Quizá debería haberle aconsejado con más tino -con más vehemencia, incluso- y haber intentado con más empeño in−fluir en el joven emperador. Después, en el más puro estilo melnibonés, descartó todas aquellas dudas y preguntas como fútiles. Sólo había una línea de conducta: perseguir el placer como uno pudiera. Sin embargo, ¿había sido siempre aquél, el estilo melnibonés? Dyvim Tvar se preguntó, de pronto, si Elric no tendría una sangre regresiva, más que deficiente. ¿Podía ser Elric la reencarnación de uno de sus antepasados más distan−tes? ¿Había estado siempre en el carácter del melnibonés el pensar sólo en uno mismo y en la autogratificación?

Y Dyvim Tvar volvió a desechar sus pensamientos. Des−pués de todo, ¿qué utilidad tenían las preguntas? El mundo era como era. Un hombre era un hombre. Antes de ir a su lecho, fue a visitar a sus antiguas amantes, las despenó e insistió en ver a sus hijos, Dyvim Slorm y Dyvim Mav. Y cuando los pe−queños, asustados y con los ojos soñolientos, fueron llevados ante él, los contempló largo rato antes de permitirles volver a la cama. No les dirigió ninguna palabra, pero frunció el entre−cejo con frecuencia y se frotó la barbilla y movió la cabeza y, cuando se hubieron ido, se volvió a Niopal y Saramal, sus amantes, que estaban tan asustadas como los pequeños:

-Que mañana les lleven a las Cavernas del Dragón y que inicien su aprendizaje.

-¿Tan pronto, Dyvim Tvar? -dijo Niopal.

-Sí. Temo que no quede mucho tiempo.

No amplió el comentario porque no podía. No era más que una sensación que le embargaba, pero que crecía en él hasta el punto de convertirse en una obsesión.

Por la mañana, Dyvim Tvar regresó a la torre de Elric y encontró al emperador paseando por el pórtico sobre la pano−rámica de la ciudad y preguntando ansiosamente si había noti−cias de que se hubiese avistado un barco en la costas de la isla. Sin embargo, no se había descubierto ninguno. Los servidores preguntaban encarecidamente si su emperador podía darles una descripción de la nave para que les fuera más fácil locali−zarla. Sin embargo, Elric no podía y se limitó a apuntar que quizá no apareciese en las aguas, sino en tierra firme. Iba total−mente enfundado en sus negros atavíos de guerra y Dyvim Tvar tuvo la total seguridad de que había ingerido cantidades aún mayores de aquellas pócimas que le revitalizaban la sangre. Los ojos carmesíes refulgían de cálida vitalidad, hablaba apre−suradamente y sus manos, blancas como el hueso, se movían a una velocidad innatural cuando hacían el menor gesto.

-¿Te encuentras bien esta mañana, mi señor? -preguntó el Amo de Dragones.

-De un ánimo excelente. Gracias, Dyvim Tvar -aña−dió Elric con una sonrisa-. Pero me sentiría aún mejor si el *Barco que Navega Sobre Mares y Sobre Tierras* estuviese aquí

ya.

Se acercó a la balaustrada y se apoyó en ella, contemplando las torres y la extensión más allá de los muros de la ciudad, escrutando primero el mar y luego la tierra.

-¿Dónde puede estar? Ojalá el rey Straasha hubiese sido más concreto.

-Estoy de acuerdo en eso.

Dyvim Tvar, que no había desayunado, se sirvió de una gran variedad de suculentos platos dispuestos sobre una mesa. Era evidente que Elric no había probado bocado.

Dyvim Tvar empezó a preguntarse si la cantidad de póci−mas no habría afectado el cerebro de su amigo; quizás Elric empezaba a ser víctima de la locura, provocada por su dedicación a complejas hechicerías, por su inquietud por Cymoril y por su odio hacia Yyrkoon.

-¿No sería mejor descansar y aguardar hasta que el barco sea avistado? -apuntó en voz baja, mientras se humedecía los labios.

-Sí, tienes razón en eso -asintió Elric-, pero no puedo. No veo el momento de partir, Dyvim Tvar, de encontrarme frente a frente con Yyrkoon, de cumplir mi venganza en él y reunirme de nuevo con Cymoril.

-Lo comprendo pero, aun así...

Elric soltó una risotada estentórea y desgarrada.

-Eres igual que el viejo Huesos Torcidos, preocupándote tanto de mi bienestar. No necesito dos enfermeras, Señor de las Cavernas del Dragón.

Dyvim Tvar le devolvió una sonrisa forzada y respondió:

-Tienes razón. Bien; ruego que ese barco mágico... ¿Qué es eso? -dijo de pronto, señalando a lo lejos-. Un movi−miento en ese bosque de ahí, como si el viento lo atravesara. Pero no se ve otra señal de tal viento.

Elric siguió su mirada.

-Tienes razón -dijo-. Me pregunto si...

Y entonces vieron algo que emergía del bosque y la propia tierra pareció agitarse. Era algo que resplandecía, blanco, azul y negro. Se acercaba...

-Una vela -musitó Dyvim Tvar-. Creo que es tu barco, mi señor.

-Sí -susurró Elric, inclinándose hacia delante-. Mi barco... Prepárate, Dyvim Tvar. A mediodía habremos partido de Imrryr.

6

Lo que el Dios de las Tierras codiciaba

La nave era alta, esbelta y delicada. Sus pasamanos, mástiles y baluartes estaban exquisitamente tallados y, evidentemente, no eran obra de un artesano mortal. Aunque construida en ma–dera, sus planchas no estaban pintadas sino que despedían sus colores naturales: azules, negros, verdes y una especie de rojo humeante intenso; y su aparejo era

del color del sargazo y en los tablones de la pulida cubierta había venas, como las raíces de los árboles, y las velas de los tres ahusados mástiles eran blancas, luminosas y gruesas como las nubes de un día de ve–rano. El barco era cuanto de hermoso hay en la naturaleza; pocos podían mirarlo y no sentirse complacidos como lo esta–rían ante una visión perfecta. En una palabra, el barco irradiaba armonía y Elric no pudo pensar en un medio mejor para viajar hacia el príncipe Yyrkoon y los peligros de las tierras de Oin y de Yu.

El barco avanzó suavemente por el suelo como si lo hiciera en la superficie de un río y la tierra bajo la quilla formó peque–ñas olas como si, por un instante, se hubiera vuelto agua. Allí donde la quilla hendía el suelo, y a algunos pasos a su alrede–dor, el efecto era manifiesto aunque, tras el paso de la nave, el terreno recuperaba su estado estable habitual. Por eso los ár–boles del bosque se habían abierto a su paso, separándose bajo su proa mientras el barco enfilaba hacia Imrryr.

El *Barco que Navega Sobre Mares y Sobre Tierras* no era demasiado grande. Desde luego, era considerablemente menor que una galera de combate de Melniboné, y apenas algo mayor que una nave sureña. Sin embargo, en cuanto a gracia, en la curva de su línea, en el orgullo de su porte... En eso, no tenía rival alguno.

Las escalerillas ya habían sido bajadas hasta el suelo y em–pezaban los preparativos para la marcha. Elric, con las manos en sus estrechas caderas, admiraba el regalo del rey Straasha. Los esclavos transportaban armas y provisiones desde las puer–tas de la muralla de Imrryr, y las subían por las escalerillas. Mientras, Dyvim Tvar reunía a los guerreros y les asignaba sus tareas durante la expedición. Los guerreros no eran numero–sos; sólo podía ir en la nave la mitad de las fuerzas disponibles, pues los demás debían quedarse a proteger la ciudad, bajo el mando del almirante Magum Colim. Era improbable un ataque en gran escala contra Melniboné tras el castigo infligido a la flota bárbara, pero era aconsejable tomar precauciones, sobre todo teniendo en cuenta que el príncipe Yyrkoon había jurado conquistar Imrryr. Asimismo, por alguna extraña razón que ninguno de los presentes conseguía adivinar, Dyvim Tvar ha–bía pedido voluntarios -veteranos que compartían una misma incapacidad física- y había formado un destacamento especial con tales hombres, quienes, en opinión de los presentes, no podían ser de ninguna utilidad en la expedición. Sin embargo, tampoco lo podían ser en la defensa de la ciudad, así que no importaba si se los llevaban. Esos veteranos fueron los prime–ros en ser llevados a bordo.

El último en subir la pasarela fue el propio Elric, quien anduvo lenta y pesadamente, orgulloso en su negra armadura, hasta el puente. Una vez allí se volvió, se despidió de su ciudad y ordenó que subiesen las pasarelas.

Dyvim Tvar le aguardaba en el castillo de popa El Señor de las Cavernas del Dragón se había despojado de uno de los guanteletes y pasaba la mano desnuda sobre la madera del pasamanos, de extraño colorido.

-Ésta no es una nave construida para el combate, Elric -dijo a éste-. No me gustaría verla dañada.

-¿Cómo podría suceder eso? -inquirió Elric con voz li–gera mientras los hombres de Imrryr empezaban a subir por los aparejos y a ajustar las velas-. ¿Permitiría Straasha que la destrozaran? ¿O Grome? No temas por la suerte *del Barco que Navega Sobre Mares y Sobre Tierras* , Dyvim Tvar. Teme sólo por tu propia seguridad y por el éxito de la expedición. Y ahora, consultemos las cartas de navegación y los mapas. Re–cuerdo las advertencias de Straasha respecto a su hermano y, por ello, sugiero que avancemos por el agua cuanto sea posible y que recalemos aquí... -señaló un puerto de mar en las costas occidentales de Lormyr-, para conseguir suministros y toda la información posible sobre las tierras de Oin y de Yu y sobre sus defensas.

-Pocos viajeros se han aventurado más allá de Lormyr. Se dice que el límite del mundo no está lejos de la frontera más septentrional de ese reino -añadió Dyvim Tvar, frunciendo el ceño-. Me pregunto si toda esta misión no será una gran trampa, quizá

tendida por Arioco. ¿Y si está aliado con el príncipe Yyrkoon y nos ha engañado, embarcándonos en una expedición que nos destruirá a todos?

-Ya he pensado en ello -respondió Elric-, pero existe otra opción. Debemos confiar en Arioco.

-Supongo que así es -asintió Dyvim Tvar con una sonri−sa irónica-. Se me acaba de pasar por la cabeza otra cosa. ¿Cómo avanza esta nave? No veo ningún ancla que podamos levar, ni conozco marea alguna que suba y baje en la tierra firme. Aunque el viento hincha las velas, ¿lo aprecias?

Era cierto. Las velas estaban hinchadas y los mástiles cru−jían levemente al soportar la tensión. Elric se encogió de hom−bros y extendió los brazos.

-Supongo que debemos hablar con el barco -apuntó-. ¡Barco, estamos listos para zarpar!

A Elric le divirtió mucho la expresión de asombro de Dy−vim Tvar cuando, con un leve bandazo, la nave empezó a mo−verse. Avanzaba suavemente, como si lo hiciera sobre un mar calmado, y Dyvim Tvar se asió instintivamente al pasamanos, mientras gritaba:

-¡Nos dirigimos de cabeza a la muralla de la ciudad!

Elric acudió rápidamente al centro del castillo de popa, donde había una gran barra de dirección unida horizontalmente a un trinquete, que a su vez conectaba con un eje, Aquello era, con casi total seguridad, el mecanismo del timón. Elric asió la barra como si fuera un remo y la hizo girar un par de grados. La nave respondió de inmediato, pero sólo para quedar apun−tando a otro lugar de la muralla. Elric hizo girar nuevamente la barra y el barco viró, protestando un poco mientras, con un bandazo, tomaba un curso que le llevaba a cruzar la isla. Elric se echó a reír, complacido.

-Ya ves, Dyvim Tvar, era muy sencillo. Sólo hacía falta un pequeño esfuerzo de lógica mental.

-Aun así -replicó Dyvim Tvar con aire suspicaz-, pre−feriría que estuviéramos a lomos de los dragones. Al menos, son animales y los puede uno entender. En cambio, esta obra de hechicería me preocupa.

-¡Esas no son las palabras que cabe esperar de un noble de Melniboné! -exclamó Elric a voz en grito para hacerse oír en−tre el rugido del viento en las jarcias, el crujido de las tablas de la nave y los palmetazos de las grandes velas blancas.

-Quizá tengas razón -contestó Dyvim Tvar-. Quizás eso explique por qué estoy ahora a tu lado, mi señor.

Elric dirigió una mirada de desconcierto a su amigo antes de bajar la pasarela en busca de un piloto a quien enseñar el gobierno del timón de aquella extraña nave.

El barco cruzó velozmente sobre laderas llenas de rocas y sobre colinas cubiertas de tojos, se abrió paso entre tupidos bosques y surcó majestuosamente llanuras cubiertas de alta hierba. Avanzaba como un halcón, que se mantiene pegado al suelo pero vuela con velocidad y precisión increíbles cuando persigue a su presa, alterando el curso con un movimiento imperceptible de sus alas. Los soldados de Imrryr se apiñaban en las cubiertas, jadeando de asombro ante el avance del barco sobre la tierra, y a algunos de ellos hubo que obligarles a regresar a su puesto en las velas o en otros lugares de la nave. El enorme guerrero que hacía las veces de contramaestre era el único miembro de la tripulación a quien no parecían afectar los prodigios del barco; se comportaba como lo habría hecho nor−malmente a bordo de una de las doradas galeras de combate, cuidándose de sus tareas con absoluta dedicación y procurando que todo se llevara a cabo con corrección marinera. Por el contrario, el timonel que Elric había seleccionado tenía los ojos desmesuradamente abiertos y parecía muy inseguro de la nave que pilotaba. Se apreciaba claramente que el hombre creía que en cualquier instante iba a tropezar con una roca o a destrozarse en la espesura de pinos de gruesos troncos. Se humedecía

constantemente los labios y se secaba el sudor de la frente, aunque el aire era cortante y su aliento formaba nubes de vapor al escapar de su boca. Con todo, era un buen piloto y poco a poco se acostumbró a llevar la nave aunque, por fuerza, sus movimientos eran más rápidos. En efecto, el barco nave–gaba a tal velocidad sobre las tierras que no daba tiempo a meditar mucho sobre las decisiones a adoptar. La velocidad era sobrecogedora. Iban más rápidos que un caballo al galope; más, incluso, que los queridos dragones de Dyvim Tvar. Con todo, la velocidad tenía un efecto euforizante, que podía apre–ciarse en los rostros de los guerreros de Imrryr.

Las risas complacidas de Elric recorrieron la nave y se con–tagiaron a muchos otros miembros de la expedición.

-Bien, si Grome de las Raíces está intentando poner tra–bas a nuestro avance, no me atrevo a pensar en la velocidad que alcanzaremos cuando lleguemos al agua... -dijo a Dyvim Tvar.

Éste había perdido parte de sus ánimos anteriores. Su cabe–llo, largo y sedoso, flotaba al viento y su rostro sonreía.

-Sí -respondió al emperador-. Todos seremos barridos de cubierta y arrojados al mar.

Y entonces, como en respuesta a sus palabras, la nave em–pezó de pronto a saltar violentamente y a bambolearse de un lado a otro, como si estuviera atrapada entre poderosas contra–corrientes. El timonel palideció y se agarró a la barra, tratando de recuperar el control de la embarcación. Se escuchó un bre–ve grito aterrorizado; un marinero cayó de la cruceta más alta del palo mayor y se estrelló contra la cubierta, rompiéndose todos los huesos del cuerpo. A continuación, la nave dio un par de bandazos más y la turbulencia quedó atrás.

Continuaron su curso mientras Elric completaba el cuerpo del marinero caído. De pronto, sintió que le abandonaba el alegre ánimo que le había acompañado hasta entonces. Se aga–rró de la pasarela con su mano enfundada en el guantelete negro y apretó sus poderosos dientes. Sus ojos carmesí reful–gían y en sus labios se formó una sonrisa medio burlona.

-¡Qué estúpido soy! ¡Qué estúpido soy al tentar así a los dioses!

Y, aunque la nave seguía avanzando casi a la misma veloci–dad que antes del incidente, parecía que algo intentaba frenar su avance. Era como si los secuaces de Grome se agarraran de su quilla igual que los percebes en el mar. Y Elric percibió a su alrededor algo extraño en el aire, en el susurro de los árboles junto a los que pasaban, en el movimiento de la hierba, los arbustos y las flores. Algo en la masa de las rocas y en la inclinación de las colinas. Y se dio cuenta de que estaba perci–biendo la presencia de Grome de la Tierra, Grome de las Tierras bajo las Raíces. Grome, que ansiaba poseer lo que en

otro tiempo había sido propiedad conjunta de él y de su her–mano, Straasha, lo que habían construido como señal de la unidad entre ambos y que, con posterioridad, había sido causa de su enfrentamiento. Grome ansiaba fervientemente recupe–rar *el Barco que Navega Sobre Mares y Sobre Tierras* . Y Elric, con–templando la negra tierra a sus pies, tuvo miedo.

7

El rey Grome

Pero al fin, con la tierra resistiéndose bajo su quilla, la nave alcanzó el mar, se deslizó hasta el agua y fue tomando veloci–dad segundo a segundo, hasta que Melniboné quedó atrás, fue–ra de su vista, y empezaron a divisar las densas columnas de vapor que se cernían siempre sobre el Mar Hirviente. Elric consideró desaconsejable cruzar aguas tan especiales incluso en una nave como aquélla, de modo que ordenó maniobrar y poner rumbo a las costas de Lormyr, la más tranquila y her–mosa de todas las naciones de los Reinos Jóvenes. Se dirigían al puerto de Ramasaz, en la costa occidental de Lormyr. Si los bárbaros del sur que recientemente había derrotado hubiesen procedido de Lormyr, Elric habría dispuesto navegar hacia otro puerto, pero tenía la certeza casi absoluta de que los atacantes habían venido del sudeste, al otro extremo del conti–nente y más allá de Pikarayd. Los lormyrianos, con su obeso y cauto rey, Fadan, a la cabeza, no solían participar en aquel tipo de ataques a menos que el éxito estuviera totalmente asegu–rado. Mientras entraban en marcha lenta en el puerto de Ra–masaz, Elric dio instrucciones de que el barco quedara fon–deado al modo convencional y fuera tratado como una embar–cación normal. Pese a todo, la nave llamaba la atención por su belleza y los habitantes del puerto quedaron asombrados de que su tripulación estuviera compuesta de melniboneses. Las gentes de Melniboné no eran apreciadas en los Reinos Jóve–nes, pero sí eran temidas. Por eso, al menos externamente, Elric y sus hombres fueron tratados con respeto y pudieron engullir comida y vino razonablemente buenos en las posadas donde entraron.

En la taberna más grande del puerto, un lugar *llamado Levar Anclas y Volver Sano y Salvo* , Elric trabó conversación con el locuaz tabernero que, antes de quedarse con el local, había sido un próspero pescador y conocía bien las costas más meri–dionales. Desde luego, conocía las tierras de Oin y de Yu, pero no tenía ninguna estima por ellas.

-¿Piensas acaso que están preparando tropas para una guerra, mi señor? -dijo el hombre al tiempo que levantaba la vista hacia Elric, antes de esconderla de nuevo en la jarra de vino. Después, secándose los labios, movió la pelirroja cabeza en señal de negativa y añadió-: Pues como no sea una guerra contra los gorriones... Oin y Yu apenas pueden denominarse naciones. Su única ciudad medio decente es Dhoz–Kam, e in–cluso ésta la comparten entre ambas: media ciudad se levanta en una orilla del río Ar y la otra media en la orilla opuesta. El resto de las tierras de Oin y de Yu está poblado por

campesi−nos, en su mayor parte tan carentes de educación y tan supers−ticiosos que nunca saldrán de la miseria. No hay entre ellos un solo soldado en potencia.

-¿Has oído algo de un renegado melnibonés que ha con−quistado Oin y Yu y se dispone a preparar a esos campesinos para que combatan? -Dyvim Tvar se apoyó en el mostrador junto a Elric y tomó un sorbo de vino de su jarra con aire descontento-. El nombre de ese renegado es príncipe Yyr−koon.

-¿Es ése el que buscas? -El tabernero parecía ahora más interesado-. De modo que hay una disputa entre los Prínci−pes del Dragón, ¿no es así?

-Eso es asunto nuestro -replicó Elric, altanero.

-Naturalmente, mis señores.

-¿Sabes algo de un gran espejo que se apodera de los recuerdos de los hombres? -inquirió Dyvim Tvar.

-¡Un espejo mágico! -El tabernero echó la cabeza hacia atrás y rió a carcajadas-. ¡Dudo que en lugar alguno de Oin y de Yu tengan un solo espejo decente! No, mis señores. ¡Creo que os habéis confundido si teméis algún peligro de esas tie−rras!

-Sin duda, tenéis razón -respondió Elric con la mirada fija en su jarra de vino, que aún no había probado-. No obstante, sería prudente que lo comprobáramos por nosotros mismos. Y, si descubrimos lo que venimos buscando, a Lormyr también le interesaría estar sobre aviso...

-No temas por Lormyr. Podemos defendernos fácilmente de cualquier torpe intento de hacer una guerra por parte de ese rincón del mapa. Pero si decidís continuar, deberéis seguir la costa durante tres días hasta llegar a una gran bahía. El río Ar desemboca en ella, y en las orillas del río está Dhoz−Kam, una ciudad miserable, especialmente siendo capital de dos nacio−nes. Los habitantes son corruptos, sucios y plagados de enfer−medades pero, por fortuna, también son holgazanes, de modo que dan pocos problemas, sobre todo si uno lleva una espada. Cuando llevéis una hora en Dhoz−Kam, comprenderéis que es imposible que esa gente constituya una amenaza para nadie, salvo que se acerquen lo suficiente a uno para contagiarle al−guna de sus muchas pestes... -De nuevo, el tabernero soltó una risotada tras el chiste. Cuando dejó de agitarse, añadió-: O salvo que temáis su flota. Consta de una decena de inmun−das barcas de pesca, la mayoría de ellas tan poco marineras que sólo se atreven a pescar en las aguas poco profundas del es−tuario.

Elric apartó a un lado la jarra de vino.

-Gracias, tabernero -dijo al mismo tiempo que deposi−taba una moneda de plata de Melniboné sobre el mostrador.

-Eso va a ser difícil de cambiar... -murmuró el hombre, astutamente.

-No es preciso que lo hagas por nosotros -añadió Elric.

-Os doy las gracias, señores. ¿Queréis pasar la noche en mi establecimiento? Puedo ofreceros las mejores camas de toda Ramasaz.

-Me parece que no -le dijo Elric-. Esta noche la pasare−mos a bordo de mi nave, para poder zarpar al amanecer.

El tabernero siguió con la mirada a los melniboneses que se alejaban. Hincó los dientes instintivamente en la pieza de plata y de pronto, creyendo notar en ella un sabor extraño, se la sacó de la boca. Observó la moneda desde distintos ángulos: ¿Era posible que la plata de Melniboné fuera venenosa para un simple mortal? Era mejor no correr riesgos. Guardó la moneda en la bolsa y recogió las dos jarras de vino de los forasteros. Aunque no le gustaba derrochar, decidió que sería mejor des−hacerse de ellas, no fuera que hubiesen quedado contaminadas de algún modo.

El *Barco que Navega Sobre Mares y Sobre Tierras* alcanzó la bahía a mediodía de la jornada siguiente y se mecía ahora pegado a la costa, oculto de la ciudad por un pequeño istmo sobre el que crecía una tupida vegetación, casi tropical. Elric y Dyvim Tvar

vadearon las aguas claras y poco profundas hasta la playa y penetraron en la espesura. Habían decidido ser cautos y no revelar su presencia hasta haber determinado si era cierta la despreciativa descripción de Dhoz‒Kam que había efectuado el tabernero. Junto al extremo del istmo había una colina de considerable altura y, sobre ella, crecían varios árboles de buen tamaño. Elric y Dyvim Tvar utilizaron sus espadas para abrir un sendero entre la maleza y ascender la ladera hasta encon‒trarse bajo los árboles. Tras estudiar cuál de estos era más fácil de trepar, Elric seleccionó uno cuyo tronco empezaba incli‒nado y luego recobraba la verticalidad. Envainó la espada, puso las manos en el tronco y se encaramó a él, escalándolo hasta alcanzar una sucesión de gruesas ramas que soportaban bien su peso. Mientras, Dyvim Tvar se subió a otro árbol próximo hasta que, por fin, ambos hombres consiguieron una buena panorámica de la bahía, en cuyo fondo podía observarse clara‒mente la ciudad descrita por el tabernero. Era una urbe de casas bajas, aspecto sucio y pobreza manifiesta. Sin duda, Yyr‒koon la había escogido porque las tierras de Oin y de Yu no debían de haber sido difíciles de conquistar con la ayuda de un puñado de guerreros de Imrryr bien preparados y de alguno de los aliados mágicos del príncipe. De hecho, pocos se habrían preocupado nunca de conquistar dichas naciones, pues era evi‒dente que sus riquezas eran prácticamente inexistentes y que su posición geográfica carecía de importancia estratégica. Yyr‒koon había escogido bien su escondite, si pretendía seguir oculto. En cambio, el tabernero se había equivocado en cuanto a la flota de Dhoz‒Kam. Desde la posición que ocupaban, Elric y Dyvim Tvar podían contar una treintena de naves de buen tamaño en el puerto, y parecía haber más buques anclados en el río. Sin embargo, las naves no atrajeron tanto su interés como la cosa que brillaba sobre la ciudad: era un objeto que había sido colocado sobre enormes columnas que sostenían un eje, el cual soportaba, a su vez, el peso de un enorme espejo circular dotado de un marco cuyo realizador era obviamente no mortal, como el de la nave que había llevado a los melnibo‒neses hasta allí. Sin duda, estaban contemplando el Espejo de los Recuerdos; era evidente que cualquiera que hubiese entrado en el puerto después de colocado el espejo, se habría visto despojado al instante de todos sus recuerdos.

-Me parece, mi señor -dijo Dyvim Tvar desde su lugar de observación, a un par de metros de Elric-, que no nos conviene penetrar directamente en el puerto de Dhoz‒Kam. De hecho, podría ser peligroso entrar en la bahía. Creo que, incluso ahora, sólo podemos contemplar ese espejo porque no está dirigido directamente hacia nosotros. Sin embargo, se ad‒vierte que cuenta con un mecanismo para moverlo hacia cual‒quier dirección, salvo una. No puede ser enfocado hacia tierra adentro, hacia la parte de atrás de la ciudad, pues lo habrán considerado innecesario. En efecto, ¿quién podría aproximarse a Oin y Yu por los desiertos que se extienden más allá de sus fronteras? ¿Y quiénes, salvo los habitantes de ambos países, habrían de llegar por tierra a su capital?

-Creo comprender a qué te refieres, Dyvim Tvar. Estás sugiriendo que sería conveniente utilizar las especiales propie‒dades de nuestra nave y...

-... y alcanzar Dhoz‒Kam por tierra cayendo por sorpresa sobre la ciudad. Podemos utilizar a fondo a esos veteranos que hemos traído con nosotros. Con la suficiente rapidez, y si hace‒mos caso omiso de los nuevos aliados del príncipe Yyrkoon, podemos encontrar al propio príncipe y a sus renegados. ¿Crees que podríamos hacerlo, Elric? ¿Crees que podríamos efectuar una incursión, capturar a Yyrkoon, rescatar a Cymo‒ril y escapar de nuevo, a toda prisa?

-Dado que no tenemos hombres suficientes para efec‒tuar un asalto directo, es lo único que podemos hacer, aun‒que será arriesgado. Naturalmente, en cuanto hayamos hecho el primer intento perderemos la ventaja de la sorpresa. Si fallamos en ese primer ataque, se hará mucho más difícil re‒petirlo. El plan alternativo consiste en introducirse clandesti‒namente en la ciudad durante la noche con la esperanza de localizar sólo a Yyrkoon y Cymoril, pero en tal caso no po‒dríamos hacer uso de nuestra arma más

importante, el *Barco que Navega Sobre Mares y Sobre Tierras* . Creo que tu plan es el mejor, Dyvim Tvar. Llevemos la nave tierra adentro y confie–mos en que Grome tarde en localizarla, pues todavía temo que intente arrebatárnosla.

Tras estas palabras, Elric empezó a descender del árbol.

De nuevo en el castillo de popa de la maravillosa embarca–ción, Elric ordenó al timonel que dirigiera otra vez el barco hacia la tierra firme. A media marcha, el barco surcó con gracia las aguas poco profundas, ascendió la curva de la orilla y se abrió paso entre los floridos matorrales de la arboleda. Por fin, la proa empezó a surcar la jungla, con su color verde intenso. Los pájaros, sorprendidos, piaron y graznaron mientras los animales salvajes parecían helados de asombro y contemplaban desde las ramas superiores de los árboles al *Barco que Navega Sobre Mares y Sobre Tierras* . Algunos casi perdieron el equili–brio ante el avance de la grácil nave que avanzaba tranquila–mente sobre el piso de la jungla, y salieron espantados hacia lo más espeso de la selva.

Y así se internaron los melniboneses en la tierra llamada de Oin, que quedaba al norte del río Ar, el cual señalaba la fron–tera entre Oin y la tierra de Yu, que compañía con Oin una misma capital.

Oin era un país que constaba, a grandes rasgos, de extensas zonas de monte bajo muy tupido y llanuras infértiles donde los habitantes cultivaban lo que podían, pues temían la jungla y no se internaban en ella, aunque allí se encontraban todas las po–sibles riquezas de Oin.

La nave cruzó la jungla sin dificultades y salió a las llanuras. Pronto encontraron ante ellos un gran lago que reflejaba el sol. Dyvim Tvar estudió el burdo mapa del que se había provisto en Ramasaz y sugirió que empezaran a virar de nuevo hacia el sur, aproximándose a Dhoz–Kam en un amplio semicírculo. El–ric asintió y la nave empezó a seguir la trayectoria señalada.

Fue entonces cuando la tierra empezó a oscilar de nuevo y, en esta ocasión enormes oleadas de terreno cubierto de hierba se levantaron en torno a la nave y eclipsaron la panorámica a su alrededor. La embarcación cabeceaba furiosamente arriba y abajo y de un costado al otro. Dos marineros más cayeron de los aparejos y resultaron muertos al estrellarse en cubierta. El contramaestre no cesaba de gritar órdenes -aunque, en reali–dad, los movimientos del terreno se estaban produciendo en absoluto silencio-, y el silencio hacía que la situación pare–ciera mucho más amenazadora. El comandante gritó a sus hom–bres que se sujetaran con cabos a sus puestos.

-¡Y los que no estén haciendo nada concreto, bajen inme–diatamente a los camarotes! -añadió.

Elric había atado el extremo de un pañuelo de cuello en torno al pasamanos y enroscó el otro extremo a su muñeca. Dyvim Tvar utilizó un cinturón con el mismo propósito. Y, pese a todo, fueron lanzados en todas direcciones, perdiendo a menudo la vertical con los bandazos. A Elric le pareció que cada hueso de su cuerpo estaba a punto de romperse y que cada centímetro de sus músculos recibía un golpe. La nave crujía, protestaba y amenazaba con quebrarse bajo la terrible presión de tener que cabalgar sobre la tierra furiosa.

-¿Es esto obra de Grome, Elric? -jadeó Dyvim Tvar-. ¿O es una hechicería de Yyrkoon?

Elric movió la cabeza en señal de negativa.

-No es Yyrkoon. Esto es cosa de Grome, y no sé ningún modo de aplacarle pues, aunque considerado el último de los Reyes de los Elementos, es quizás el más poderoso de ellos.

-Sin embargo, al hacernos esto está incumpliendo clara–mente el pacto establecido con su hermano.

-No lo creo. El rey Straasha nos advirtió que esto podía suceder. Sólo cabe esperar

que Grome gaste todas sus energías y la nave resista, como lo haría con una tormenta natural en el mar.

-¡Esto es peor que una tormenta en el océano, Elric!

El emperador mostró su asentimiento pero no pudo añadir nada más, pues la cubierta se inclinó hasta un ángulo inverosí–mil y tuvo que asirse a la barandilla con ambas manos para conservar una cierta estabilidad.

En ese preciso instante, se rompió el silencio y se escuchó un rumor, un rugido, que parecía casi una ronca carcajada.

-¡Rey Grome! -gritó Elric-. ¡Déjanos en paz, rey Gro–me! ¡No te hemos hecho ningún daño!

Pero la carcajada subió de intensidad e hizo vibrar toda la nave mientras la tierra seguía haciendo olas a su alrededor; árboles, colinas y peñascos se alzaban por encima de la nave y luego se alejaban de ella sin llegar a cubrirla en ningún instante pues, sin duda, Grome deseaba recuperar su barco intacto.

-¡Grome! ¡Tú no tienes disputas con los mortales! -vol–vió a exclamar Elric-. ¡Déjanos en paz! ¡Pídenos un favor si lo deseas, pero concédenos a cambio esta gracia!

Elric soltó a gritos casi todo cuanto le pasó por la cabeza. En realidad, no tenía la menor esperanza de que el rey de las Tierras le escuchara o, en caso de que llegara a hacerlo, se molestase en responder. Sin embargo, era lo único que podía hacer el emperador en aquella situación.

-¡Grome! ¡Grome! ¡Grome! ¡Escúchame!

La única respuesta que recibió Elric fue una carcajada aún más estruendosa que hizo temblar cada nervio de su cuerpo. Y la tierra se alzó y se hundió todavía más y la nave empezó a dar vueltas y vueltas hasta que Elric se creyó a punto de perder completamente el sentido.

-¡Rey Grome! ¡Rey Grome! ¿Es justo matar a aquellos que no te han perjudicado jamás?

Y entonces, poco a poco, la tierra en movimiento se calmó y la nave quedó inmóvil y una figura enorme y oscura se alzó ante ella, contemplándola desde lo alto. La figura tenía el color de la tierra y el aspecto de un enorme y añejo roble. El cabello y la barba eran del color de la hojarasca y los ojos, del color del oro; sus dientes parecían de granito y sus pies eran como raí–ces; su piel parecía cubierta de delicados brotes verdes en lugar de vello, y despedía un olor penetrante, húmedo y agradable. Era Grome, el rey de los Espíritus Terrestres. La impresio–nante figura resopló, frunció el ceño y murmuró con una voz suave y poderosa que, sin embargo, sonaba áspera y gruñona:

-Quiero mi barco.

-No podemos entregártelo porque no nos pertenece, rey Grome -replicó Elric.

El tono malhumorado de Grome se hizo más intenso.

-Quiero mi barco -repitió lentamente-. Es mío y lo quiero.

-¿Para qué te sirve a ti, rey Grome?

-¿Servir? ¡Es mío, y basta!

Grome dio un fuerte pisotón en el suelo y la tierra tembló. Elric insistió de nuevo, desesperado.

-Este barco es de tu hermano, rey Grome. Pertenece al rey Straasha. Él te cedió parte de sus dominios y tú aceptaste que se quedara el barco. Ese fue su trato.

-No sé nada de tratos. El barco es mío.

-Sabes que si te llevas el barco, el rey Straasha tendrá que recuperar las tierras que te entregó.

-Quiero mi barco.

La enorme figura cambió de posición y se desprendieron de ella grumos de tierra

que fueron a caer con golpes sordos en el terreno y sobre la cubierta de la nave.

-Entonces, tendrás que matar para conseguirlo -dijo Elric.

-¿Matar? Grome no mata mortales. No mata a nadie. Grome construye. Grome da vida.

-Ya has matado a tres de mis hombres -insistió Elric-. Tres muertos, rey Grome, a causa de esa tormenta de tierra que nos has enviado.

Las enormes cejas de Grome se fruncieron mientras se rascaba su gran cabeza, provocando un potente estrépito.

-Grome no mata-repitió.

-El rey Grome ya ha matado -insistió Elric en tono ra–zonador-. Tres vidas perdidas...

-Sigo queriendo mi barco -gruñó Grome.

-Nos lo ha prestado tu hermano y no podemos entregár–telo. Además, hemos venido en él con un propósito..., un propósito noble, en mi opinión. Nosotros...

-No sé nada de propósitos, ni me importa lo que preten–dáis. Quiero mi barco. Straasha no os lo debería haber pres–tado. Casi me había olvidado del barco pero, ahora que he vuelto a recordarlo, quiero recuperarlo.

-¿No aceptarías alguna otra cosa en lugar de la nave, rey Grome? -intervino de pronto Dyvim Tvar-. ¿No querrías otro regalo?

Grome movió su enorme cabeza en señal de negativa.

-¿Cómo podría darme algo un simple mortal? Son los mortales quienes me arrebatan cosas continuamente. Me ro–ban los huesos, la sangre y la carne. ¿Podrías devolverme tú lo que me ha quitado tu raza?

-¿Hay algo que pudiéramos darte? -insistió Elric. Grome entornó los ojos.

-¿Metales preciosos? ¿Joyas? -sugirió Dyvim Tvar-. En Melniboné tenemos muchas...

-Yo también tengo muchas -le interrumpió el rey Gro–me.

-¿Cómo podemos hacer tratos con un dios, Dyvim Tvar? -murmuró Elric con una amarga sonrisa, mientras se encogía de hombros-. ¿Qué puede desear el Señor de las Tierras? ¿Más sol? ¿Más lluvia? Eso no podemos dárselo, pues no es nuestro.

-Yo soy un tipo de dios bastante raro -dijo Grome-. Eso, si realmente soy un dios. Sin embargo, no tenía intención de matar a tus hombres. Tengo una idea: entrégame los cuer–pos de los muertos y entiérralos en mi tierra.

A Elric le dio un vuelco el corazón.

-¿Es eso lo que quieres de nosotros?

-A mí me parece suficiente.

-¿Y con eso nos dejarás seguir nuestro camino?

-Por el agua, sí -gruñó Grome-, pero no veo razón para permitiros navegar sobre mis tierras. Eso es esperar de–masiado de mí. Podéis llegar hasta el lago de más allá pero, desde ahora, la nave sólo poseerá las propiedades que le confi–rió mi hermano Straasha. Ese barco no volverá a cruzar mi te–rritorio.

-Pero nosotros necesitamos el barco, rey Grome. Esta–mos metidos en un asunto muy importante y es preciso que continuemos con el barco a la ciudad que queda más allá -in–sistió Elric mientras señalaba en dirección a Dhoz–Kam.

-Podéis ir hasta el lago pero, después de eso, el barco sólo navegará sobre las aguas. Y ahora, dadme lo que he pedido.

Elric llamó al contramaestre que, por primera vez, parecía sorprendido de lo que estaba presenciando.

-Trae los cuerpos de los tres marineros muertos. Subieron los cadáveres de la parte inferior del barco. Grome extendió una de sus grandes manos terrosas y los asió.

-Gracias -dijo con un gruñido-. Adiós.

Lentamente, Grome empezó a descender hacia el suelo. Toda su enorme figura fue siendo absorbida átomo a átomo por el terreno, hasta desaparecer.

Y el barco se puso en movimiento otra vez, dirigiéndose lentamente hacia el lago en el último breve trayecto que iba a efectuar sobre tierra firme.

-Así pues, nuestros planes se han frustrado -dijo Elric. Dyvim Tvar contempló el lago refulgente con expresión abatida.

-En efecto. Era un plan demasiado bueno. No me gusta sugerírtelo, Elric, pero temo que debamos recurrir de nuevo a la hechicería si queremos mantener alguna opción de conse–guir nuestro objetivo.

-Temo que tienes razón -murmuró Elric con un profun–do suspiro.

8

La ciudad y el espejo

El príncipe Yyrkoon estaba complacido. Sus planes se iban cumpliendo. Echó un vistazo a través de la valla que cerraba la azotea de su casa (un edificio de tres pisos que era el de más calidad de Dhoz−Kam) y contempló la espléndida flota de bar−cos capturados anclada en el puerto. Todas las naves llegadas a Dhoz−Kam con bandera de naciones no demasiado poderosas habían caído en sus manos fácilmente, después de que sus tripulaciones fueran víctimas del gran espejo situado sobre las columnas, en lo más alto de la ciudad. Unos demonios habían construido esas columnas y el príncipe Yyrkoon les había re−compensado con las almas de todos aquellos que se le habían resistido en Oin y en Yu. Sólo quedaba ahora una última ambi−ción que conseguir y, a continuación, marcharía con sus nue−vos seguidores sobre Melniboné...

Yyrkoon se volvió hacia su hermana. Cymoril estaba ten−dida sobre un banco de madera, con la mirada perdida en el firmamento, vestida con los sucios harapos que quedaban del vestido que llevaba cuando Yyrkoon la raptó cuando estaba en su torre de Imrryr.

-¡Mira nuestra flota, Cymoril! Mientras las galeras dora−das están dispersas por el mundo, nosotros navegaremos sin trabas hasta Imrryr y declararemos nuestra la ciudad. Elric no podrá defenderse ahora contra nosotros. ¡Con qué facilidad ha caído en mi trampa! ¡Es un estúpido! ¡Y tú también fuiste una estúpida al entregarle tu afecto!

Cymoril no respondió. Durante los meses transcurridos desde que la raptara, Yyrkoon había puesto drogas en su co−mida y su bebida hasta dejarla postrada en un estado de lasitud similar al de Elric cuando no utilizaba sus pócimas. Los experi−mentos de Yyrkoon con los poderes mágicos habían vuelto a éste macilento, frenético y sucio, hasta el punto de descuidar por completo su aspecto exterior. En cambio, Cymoril conser−vaba toda su belleza, aunque algo marchita y perturbada. Era como si la miseria visible en Dhoz−Kam les hubiera infectado a ambos de diferentes maneras.

-Sin embargo, hermana, no debes temer por tu futuro -continuó Yyrkoon con una risotada-. Tú aún serás empera−triz y te sentarás junto al emperador en su Trono de Rubí. Yo seré el único emperador y Elric agonizará durante muchos días. Te aseguro que su agonía será más refinada que la muerte que él pudiera tenerme reservada.

La voz de Cymoril le contestó, hueca y distante, sin volver siquiera la cabeza hacia su hermano:

-Estás loco, Yyrkoon.

-¿Loco? ¡Vamos, hermana!, ¿ésa es la palabra que utiliza−ría un melnibonés? Nosotros, los melniboneses, no considera−mos a nadie loco o cuerdo. Un hombre es como es, y hace lo que hace. Nada más. Quizás has estado demasiado tiempo en los Reinos Jóvenes y has aprendido a juzgar las cosas según sus valores. Sin embargo, esto quedará pronto corregido. Regresa−remos a la Isla del Dragón triunfalmente y olvidarás todo esto, como si también tú hubieras mirado en el Espejo de los Re−cuerdos.

Mientras decía esto, Yyrkoon alzó la mirada con aire ner−vioso, como si temiera que el espejo estuviera vuelto hacia él.

Cymoril cerró los ojos. Su respiración era lenta y pesada; soportaba aquella pesadilla con estoicismo, segura de que Elric terminaría por rescatarla de esa situación. Aquella

esperanza era lo único que la había salvado de autodestruirse. Si desapa–recía la esperanza, se abandonaría a la muerte y se libraría así de Yyrkoon y sus horrores.

-¿Te he dicho que esta noche he tenido éxito? He conju–rado demonios, Cymoril. Demonios oscuros y poderosos. He aprendido de ellos cuanto me quedaba por saber. Y, por fin, he abierto la Puerta de las Sombras. Pronto la cruzaré y encon–traré en ella lo que busco. Y seré el mortal más poderoso de la tierra. ¿Te lo había dicho ya, Cymoril?

Ciertamente, lo había repetido varias veces esa mañana, pero Cymoril no le había prestado antes más atención de la que mostraba ahora. Estaba muy cansada. Intentó dormir y musitó lentamente, como si quisiera recordarse algo a sí mis–ma:

-Te odio, Yyrkoon.

-¡ Ah, pero pronto me amarás, Cymoril! Muy pronto.

-Elric vendrá...

-¡Elric! Ja, ja! Elric estará matando el tiempo en su torre, a la espera de noticias que nunca llegarán..., ¡hasta que yo mismo las lleve!

-Elric vendrá -repitió ella.

Yyrkoon soltó un gruñido. Una muchacha de Oin, de fac–ciones toscas, le sirvió el vino matinal. Yyrkoon tomó la copa y dio un sorbo. Después lo escupió sobre la muchacha que, temblando, se escabulló. Yyrkoon tomó la jarra y la vació sobre la azotea encalada.

-He aquí la débil sangre de Elric. ¡Así es como se de–rramará!

Pero Cymoril, de nuevo, ya no le oía. Trataba de recordar a su amante albino y las contadas jornadas de felicidad que ha–bían pasado juntos desde que eran niños.

Yyrkoon lanzó la jarra vacía a la cabeza de la sirvienta, pero ésta era experta en esquivarle y, al mismo tiempo que lo hacía, murmuró la respuesta habitual a todos los ataques e insultos que Yyrkoon le dedicaba.

-¡Gracias, amo Demonio! ¡Gracias, amo Demonio! Yyrkoon se echó a reír.

-Sí: amo Demonio. Tu pueblo acierta al llamarme así por–que gobierno a más demonios que a hombres. ¡Mi poder au–menta día a día!

La muchacha se alejó corriendo a por más vino, pues sabía que él lo pediría en un instante. Yyrkoon cruzó la azotea para contemplar la prueba de su poder por las rendijas de la valla pero, mientras observaba las naves, escuchó un tumulto proce–dente del otro lado de la azotea. ¿Era posible que los de Yu y los de Oin se estuvieran peleando entre ellos? ¿Dónde estaban sus centuriones de Imrryr y el capitán Valharik?

Corrió hacia donde sonaba el estruendo, pasó delante de Cymoril, que parecía estar dormida, y observó las calles.

-¿Fuego?-murmuró-. ¿Un incendio?

Las calles, ciertamente, parecían en llamas. Y, sin embargo, no era un fuego normal. Unas bolas flameantes parecían revo–lotear como pájaros incendiando techos de paja, puertas y todo cuanto pudiera arder con facilidad. Era como un ejército invasor que pasara la ciudad a fuego.

Yyrkoon frunció el ceño y, al principio, pensó en que, por algún descuido suyo había desencadenado contra él mismo uno de sus encantamientos. Sin embargo, al mirar más allá de las casas, hacia el río, vio allí una extraña nave, un barco de gran gracia y belleza que, de algún modo, parecía más una creación de la naturaleza que del hombre..., y supo que eran víctimas de un ataque. Sin embargo, ¿quién atacaría Dhoz–Kam? No había allí botín que mereciera el esfuerzo. No podía ser gente de Imrryr...

No podía ser Elric.

-No tiene que ser Elric -gruñó-. El Espejo. Hay que enfocarlo hacia los invasores.

-¿Y sobre ti mismo, hermano? -Cymoril se había puesto en pie, vacilante, y se apoyó en un tablón. En su boca había una sonrisa-. Has sido demasiado confiado, Yyrkoon. Llega El–ric...

-¡Tonterías! No es más que un grupo de incursores bár–baros del interior. Cuando estén en el centro de la ciudad, podremos usar el Espejo de los Recuerdos contra ellos. -Co–rrió hacia la trampilla que conducía a la casa y gritó-: ¡Capitán Valharik! ¡Valharik! ¿Dónde estás?

Valharik apareció en la estancia inferior. Estaba sudando y empuñaba la espada en su desnuda mano, aunque no parecía haber participado hasta el momento en combate alguno.

-Prepara el espejo, Valharik. Vuélvelo hacia los ata–cantes.

-Pero, mi señor, debemos...

-¡Apresúrate! Haz lo que digo. Pronto, estos bárbaros se sumarán a nuestras fuerzas..., junto con sus naves.

-¿Bárbaros, mi señor? ¿Pueden los bárbaros dar órdenes a los espíritus del fuego? Esas cosas con que nos enfrentamos son espíritus llameantes. No se les puede matar, como no se puede matar al propio fuego.

-El fuego puede vencerse con agua -recordó el príncipe a su lugarteniente-. Con agua, capitán Valharik. ¿Lo has ol–vidado?

-¡Mi señor Yyrkoon!, hemos intentado apagar esos espí–ritus con agua..., y ésta no se mueve de sus recipientes. Algún brujo poderoso manda a los invasores, pues le ayudan los espí–ritus del fuego y también los del agua.

-¡Estás loco, Valharik! -replicó Yyrkoon con firmeza-. ¡Loco! Prepara el espejo y dejémonos de estupideces. Valharik se humedeció sus resecos labios.

-Sí, mi señor.

Hizo una reverencia y fue a cumplir la orden de su amo.

Yyrkoon acudió de nuevo a la valla y escudriñó el exterior. Ahora se veían en las calles grupos de hombres combatiendo con sus guerreros, pero el humo nublaba su visión y no le fue posible concretar la identidad de sus atacantes.

-Disfrutad de vuestra pequeña victoria -se burló-, pues pronto el espejo os arrebatará las mentes y os hará mis es–clavos.

-Es Elric -musitó Cymoril con una sonrisa-. Elric viene a vengarse de ti, hermano. Yyrkoon emitió una risilla.

-¿Tú crees? ¿De veras? Bien, llegado el caso, descubrirá que he huido, pues todavía tengo un medio de escapar de él... mientras que a ti te encontrará en un estado que no le agra–dará, sino que le causará una considerable angustia. Pero no es Elric quien viene. Es algún burdo chamán de las estepas orien–tales de estas tierras, y pronto estará en mi poder.

Cymoril acudió también a mirar por las rendijas de la valla.

-Es Elric -dijo-. Distingo su casco.

-¿Qué?

Yyrkoon apartó a la muchacha. Sí, ya no había la menor duda: abajo, en las calles, guerreros de Imrryr combatían con–tra guerreros de Imrryr. Los hombres de Yyrkoon -melnibo–neses e indígenas- retrocedían. Y a la cabeza de los atacantes podía verse un casco con un dragón negro como sólo llevaba un único melnibonés. Era el casco de Elric. Y la espada de Elric, que en otro tiempo perteneciera al conde Aubec de Malador, subía y bajaba bañada en una sangre que brillaba al sol de la mañana.

Por un instante, Yyrkoon fue presa de la desesperación y emitió un gruñido.

-¡Elric, Elric, Elric! ¡Ah, cómo seguimos subestimándo–nos mutuamente! ¿Qué maldición llevamos en nosotros?

Cymoril había echado atrás la cabeza y su rostro había recobrado la vida.

-¡Te dije que vendría, hermano!

Yyrkoon se volvió hacia ella y replicó:

-Sí, ha venido..., y el espejo le quitará su mente y le convertirá en mi esclavo, convencido de todo cuanto desee meter en su cerebro. Esto es todavía mejor de lo que había proyectado, hermana... Ja, ja! -Levantó la cabeza y, al darse cuenta de lo que hacía,

se cubrió rápidamente los ojos con el brazo-. Rápido, abajo, a la casa... El espejo empieza a girar.

Un gran crujir de engranajes, poleas y cadenas se dejó oír mientras el terrible Espejo de los Recuerdos enfocaba hacia las calles.

-Dentro de poco, Elric se habrá añadido a mis fuerzas con sus hombres. -Yyrkoon obligó a Cymoril a apresurarse esca-lera abajo y cerró tras él la trampilla de la azotea-. ¡Qué magnífica ironía! El propio Elric contribuirá a atacar Imrryr y destruir su propia estirpe. Él mismo se expulsará del Trono de Rubí.

-¿Crees que Elric no ha tenido en cuenta la amenaza del Espejo de los Recuerdos, hermano? -dijo Cymoril con frui-ción.

-Tenerlo en cuenta, sí..., pero no podrá resistirse a él. Para combatir, ha de ver. O abre los ojos, o una espada le matará. Y ningún hombre con ojos puede salvarse del poder del espejo. -Yyrkoon echó un vistazo a la estancia, apenas amueblada, y añadió-: ¿Dónde está Valharik? ¿Dónde está ese perro?

El capitán entró a la carrera.

-El espejo ya está enfocado, mi señor, pero también afec-tará a nuestros hombres. Temo que...

-Deja de temer, Valharik. ¿Y qué si nuestros hombres también caen bajo su influjo? Pronto podremos meter de nuevo en sus cerebros lo que necesitan saber, al mismo tiempo que lo hacemos con nuestros enemigos vencidos. Estás dema-siado nervioso, capitán...

-Pero a su frente está Elric...

-Y los ojos de Elric son también ojos..., aunque parezcan piedras carmesíes. No le irá mejor que a sus hombres.

Elric, Dyvim Tvar y sus guerreros avanzaban con ímpetu por las calles que rodeaban la casa del príncipe Yyrkoon, obli-gando a retroceder a sus desmoralizados adversarios. Los ata-cantes apenas habían tenido bajas, mientras que muchos soldados de Oin y de Yu yacían muertos por las calles junto a algunos de sus comandantes, renegados de Imrryr. Los espíri-tus del fuego, a los que Elric había conjurado con cierto es-fuerzo, empezaban a dispersarse pues les costaba un alto pre-cio permanecer mucho tiempo por entero en el plano de Elric. Sin embargo, ya habían obtenido la ventaja necesaria y queda-ban pocas dudas de quién resultaría vencedor. Un centenar o más de casas ardían a lo ancho de la ciudad, prendiendo en otras y exigiendo la atención de los defensores para no verse atrapados en un gigantesco infierno. En el puerto había también varias naves ardiendo.

Dyvim Tvar fue el primero en advertir que el espejo empe-zaba a enfocar hacia las calles. Alzó la mano en una señal de advertencia, se volvió y, con un toque de cuerno de guerra, ordenó avanzar a un grupo de sus tropas que, hasta el mo-mento, no habían participado en el combate.

-¡ Ahora vosotros debéis guiarnos! -gritó, al tiempo que se cubría el rostro con la visera.

Las aberturas para los ojos habían sido obstruidas de modo que no pudiera mirarse a través de ellas.

Lentamente, Elric bajó también su visera hasta quedar su-mido en la oscuridad. Sin embargo, el fragor de la lucha conti-nuó; los veteranos de guerra que le habían acompañado desde Melniboné entraron en acción sustituyendo a la anterior fuerza de choque, que pasó a la retaguardia. El grupo de veteranos no llevaba tapadas las rendijas de sus viseras.

Elric rezó para que su plan funcionara.

Yrkoon echó un cauteloso vistazo por una abertura de la pesada cortina y dijo en tono displicente:

-¿Valharik? ¿Cómo es que siguen luchando? ¿Acaso no has enfocado el espejo sobre ellos?

-Así debería ser, mi señor.

-Entonces, ven a verlo por ti mismo. Los asaltantes siguen batiendo a nuestros defensores, y nuestros hombres empiezan a caer bajo el influjo del espejo. ¿Qué está sucediendo, Valha–rik? ¿Qué está saliendo mal?

Valharik resopló entre dientes y, al observar el nuevo grupo de asalto que había relevado a los primeros guerreros, su rostro reflejó una cierta admiración.

-Son ciegos -dijo al fin-. Esos hombres están ciegos, mi señor emperador. Luchan apoyándose en el oído, el olfato y el tacto... Y así guían a Elric y sus hombres, que llevan los cascos preparados para no ver nada...

-¿Ciegos? -murmuró Yyrkoon con aire casi patético, como negándose a asimilarlo-. ¿Ciegos?

-Sí. Son guerreros ciegos; heridos de guerras anteriores pero, por lo demás, buenos combatientes. Así es como Elric quiere vencer a nuestro espejo, mi señor.

-¡Ah, no! ¡No! -Yyrkoon golpeó con fuerza a su lugar–teniente en la espalda y el hombre se encogió, apartándose de él-. Elric no es tan astuto. No puede serlo. Algún demonio poderoso le da estas ideas.

-Quizá, señor, pero ¿existen demonios más poderosos que los conjurados por ti?

-No -respondió Yyrkoon-, no los hay. ¡Ah, ojalá pu–diera conjurar a alguno de ellos para que apareciera ahora! Pero he gastado mis poderes para abrir la Puerta de las Som–bras y... ¡Debería haberlo previsto, pero no podía saber...! ¡Ah, Elric! ¡Pero aún te destruiré, cuando las espadas mágicas sean mías! -Yyrkoon frunció el ceño y continuó-: ¿Cómo es posible que estuviera prevenido? ¿Qué demonio...? ¿No habrá invocado al propio Arioco...? Sin embargo, Elric no tiene el poder para conjurarle...

Y, en aquel mismo instante, como si respondiera a sus comentarios, llegó hasta Yyrkoon el grito de combate de Elric desde las calles cercanas. Y el grito era la respuesta a sus preguntas.

-¡Arioco! ¡Arioco! ¡Sangre y almas para mi señor Arioco!

-Entonces, tengo que conseguir las espadas mágicas. Tengo que cruzar la Puerta de las Sombras. Allí todavía tengo aliados... Aliados sobrenaturales que se encargarán de Elric, si es necesa–rio. Sin embargo, necesito tiempo... -murmuró Yyrkoon para sí, mientras cruzaba la estancia con grandes zancadas. Valharik siguió contemplando la lucha que se desarrollaba a sus pies.

-Se acercan -dijo el capitán. Cymoril sonrió.

-¿Se acercan, Yyrkoon? -musitó-. ¿Quién es ahora el estúpido, Elric o tú?

-¡Cállate! Estoy pensando. Estoy pensando... Yyrkoon se pasó los dedos por los labios.

Un destello luminoso apareció en sus ojos y, tras dedicar una breve mirada de astucia a Cymoril, se volvió hacia el ca–pitán.

-Valharik, tienes que destruir el Espejo de los Recuerdos.

-¿Destruirlo? ¡Pero si es nuestra única arma, mi señor!

-Es cierto, pero ¿no nos resulta inútil en este momento?

-En efecto.

-Destrúyelo y volverá a sernos útil. -Yyrkoon señaló la puerta de la sala con uno de

sus largos dedos-. Ve y destruye ese espejo.

-Pero, príncipe Yyrkoon, mi emperador... Yo..., ¿no nos privará eso de nuestra única arma?

-¡Haz lo que te digo, Valharik, o perecerás!

-¿Y cómo voy a destruirlo, mi señor?

-Con tu espada. Tienes que escalar las columnas por de‒trás del espejo. Luego, sin mirarlo, descargas tu espada contra él y lo rompes. No te será difícil. Ya conoces las precauciones que tuvimos que tomar para asegurarnos de que no sufriera da‒ños.

-¿Eso es todo lo que debo hacer?

-Sí. Después, quedas liberado de servirme; puedes esca‒par o hacer lo que desees.

-¿No saldremos contra Melniboné?

-Claro que no. He urdido otro método para apoderarme de la Isla del Dragón.

Valharik se encogió de hombros. La expresión de su rostro daba a entender que nunca había creído realmente en las afir‒maciones de Yyrkoon. Sin embargo, ¿qué otra cosa podía ha‒cer, salvo seguir al príncipe renegado, si le aguardaban terri‒bles torturas en el caso de caer en manos de Elric? El capitán se retiró, abatido y con los hombros hundidos, para cumplir las órdenes del príncipe.

-Y ahora, Cymoril... -Yyrkoon sonrió como un hurón mientras extendía las manos para asir a su hermana por sus tiernos hombros-. Ahora, te prepararé para que recibas a tu amante.

Uno de los guerreros ciegos gritó:

-La resistencia ha cesado, mi señor. Parecen agotados y se dejan atravesar allí donde están. ¿Por qué, mi señor?

-El espejo les ha robado los recuerdos -respondió Elric volviendo su propia cabeza ciega hacia donde sonaba la voz del guerrero-. Ahora tenéis que conducirnos al interior de algún edificio donde, con suerte, no estaremos a la vista del espejo. Por fin, se encontraron en lo que Elric, al quitarse el casco, tomó por un almacén de algún tipo. Por fortuna, tenía el ta‒maño suficiente para contener a todas sus tropas y, una vez todos dentro, Elric ordenó que cerraran las puertas mientras discutían su siguiente acción.

-Tenemos que encontrar a Yyrkoon -dijo Dyvim Tvar-. Interroguemos a alguno de esos guerreros...

-Eso no servirá de mucho, amigo mío -le recordó El‒ric-. Sus mentes están idas y no recordarán nada en absoluto. En este momento, no recuerdan siquiera quiénes son, y mucho menos a qué se dedican. Acércate con cuidado a las contraven‒tanas de atrás, donde no puede llegar el influjo del espejo, y mira si puedes localizar el edificio donde es más probable que se encuentre mi primo.

Dyvim Tvar cruzó con rapidez la estancia y echó una caute‒losa mirada por la contraventana.

-Sí, hay un edificio mayor que los restantes y aprecio cierto movimiento en su interior, como si los guerreros super‒vivientes se estuvieran reagrupando. Muy probablemente, ése debe de ser el bastión de Yyrkoon. Creo que será fácil apode‒rarse de él.

Elric acudió a la ventana.

-Sí, estoy de acuerdo contigo. Ahí encontraremos a Yyr‒koon, pero debemos apresurarnos no sea que decida matar a Cymoril. Tenemos que preparar el mejor modo de alcanzar el lugar y hemos de aleccionar a nuestros guerreros invidentes sobre el número y características de las calles, casas, etc., que tenemos que cruzar.

-¿Qué es ese sonido? -inquirió uno de los guerreros ciegos mientras levantaba la cabeza-. Es como el tañido le–jano de un gong.

-Yo también lo oigo -dijo otro invidente.

Y, ahora, también Elric lo escuchó. Era un ruido siniestro que venía de encima de su posición, llenando la atmósfera de vibraciones sonoras.

-¡El espejo! -exclamó Dyvim Tvar mientras alzaba la cabeza-. ¿Posee ese espejo alguna propiedad que no había–mos previsto?

-Es posible... -Elric intentó recordar las palabras de Arioco, pero éste había sido muy poco concreto. No había hecho la menor mención de aquel sonido potente y amenaza–dor, de aquel tintineo estruendoso como si...-. ¡Está rom–piendo el espejo! -exclamó-. Pero ¿por qué?

En ese instante notó algo más; algo que le invadía el cere–bro, como si el sonido estuviera dotado de conciencia.

-Quizás Yyrkoon ha muerto y su magia desaparece con él -empezó a decir Dyvim Tvar, antes de interrumpirse con un profundo gemido.

El ruido era cada vez más potente, más intenso, y provo–caba en los melniboneses un agudo dolor de oídos.

Y Elric comprendió entonces de qué se trataba. Se tapó los oídos con sus enguantadas manos. Los recuerdos del espejo... Estaban inundando su mente. El espejo acababa de ser hecho pedazos y estaba liberando todos los recuerdos que había acu–mulado a lo largo de los siglos, de los eones quizás. Muchos de tales recuerdos no eran mortales. Muchos eran recuerdos de animales y de criaturas inteligentes que habían existido antes de los tiempos de Melniboné. Y todos esos recuerdos pugna–ban por hacerse un lugar en el cerebro de Elric, en el de cada uno de los guerreros de Imrryr, en la pobre y torturada mente de los hombres del exterior cuyos gritos lastimeros se alzaban en las calles de la ciudad..., y en la mente del capitán Valharik, el renegado, que perdió pie sobre la gran columna y cayó al suelo desde la imponente altura de ésta, junto con los pedazos del espejo que acababa de romper.

Pero Elric no alcanzó a escuchar el alarido de Valharik ni oyó el ruido sordo del cuerpo de éste al rebotar primero en la cornisa de un edificio y estrellarse luego contra el suelo, donde quedó tendido, todo su cuerpo roto bajo el espejo destrozado.

Elric cayó tendido en el suelo de piedra del almacén y se retorció, como sus compañeros, intentando eliminar de su mente un millón de recuerdos que no eran suyos -recuerdos de amores, de odios, de experiencias normales y extraordina–rias, de guerras y viajes, de hombres, mujeres y niños, de animales, de barcos y ciudades, de luchas, de caricias, de mie–dos y deseos- y los recuerdos pugnaron entre sí por la pose–sión de su saturado cerebro, amenazando con borrar de éste sus propias memorias (y, con ellas, su propia personalidad). Y mientras seguía retorciéndose en el suelo, con las manos opri–miendo sus oídos, musitó una y otra vez una única palabra en un esfuerzo por aferrarse a su propia identidad.

-Elric. Elric. Elric.

Y, poco a poco, en un supremo esfuerzo que sólo había experimentado una vez anteriormente, al conjurar a Arioco a que apareciera en el plano terrenal, consiguió ahogar aquellos recuerdos extraños a él y reafirmar los suyos hasta que, débil y tembloroso, apartó las manos de los oídos y dejó de repetir su nombre. Después, se levantó y miró a su alrededor.

Más de dos tercios de sus hombres estaban muertos, ciegos o fuera de combate. El gran contramaestre estaba muerto, con los ojos muy abiertos, los labios en un grito helado y la cuenca del ojo derecho ensangrentada y llena de rasguños donde pare–cía haber tratado de arrancarse el globo ocular. Todos los cadá–veres yacían en posturas antinaturales, con los ojos abiertos (quienes los conservaban), y en muchos aparecían

señales de automutilación; otros habían vomitado y algunos habían de−jado las paredes salpicadas con sus sesos. Dyvim Tvar estaba vivo, pero hecho un ovillo en un rincón; Elric le escuchó farfu−llar palabras incomprensibles y creyó que se había vuelto loco. Otros supervivientes habían perdido, claramente, la razón; sin embargo, estaban tranquilos y no ofrecían ninguna peligrosi−dad. Sólo cinco, contando a Elric, parecían haber resistido los recuerdos extraños y conservaban la cordura. Mientras avan−zaba dando tumbos entre los cadáveres, a Elric le pareció que la mayor parte de los hombres había muerto al fallarles el co−razón.

-¿Dyvim Tvar? -Elric puso la mano en el hombro de su amigo-. ¿Dyvim Tvar?

Dyvim Tvar sacó la cabeza de entre las manos y miró a Elric. En sus ojos había la experiencia de innumerables mile−nios y, también, un aire irónico. Con la vista fija en el empera−dor, murmuró:

-Estoy vivo, Elric.

-Pocos hemos salido con vida de esto.

Un rato después, los escasos supervivientes abandonaron el almacén, pues ya no había que temer al espejo, y descubrie−ron que las calles estaban llenas de muertos que habían reci−bido el impacto de los recuerdos acumulados en el espejo. Unos cuerpos rígidos tendían los brazos hacia ellos. Unos la−bios muertos formaban silenciosas súplicas de ayuda. Elric in−tentó no mirar aquellos rostros mientras se abría paso entre los cadáveres, pero los deseos de vengarse de su primo eran ahora mucho más intensos.

Llegaron a la casa. La puerta estaba abierta y la planta baja estaba repleta de cadáveres. No había rastro del príncipe Yyr−koon.

Elric y Dyvim Tvar condujeron a los escasos guerreros supervivientes escalera arriba, dejaron atrás más cuerpos en posiciones implorantes y, por fin, llegaron al piso superior del edificio.

Y allí encontraron a Cymoril.

La princesa estaba desnuda, tendida sobre un sofá. Sobre su cuerpo tenía una serie de símbolos pintados, y esos símbo−los eran, de por sí, obscenos. Le pesaban los párpados, tenía los ojos semicerrados y, al principio, no les reconoció. Elric corrió a su lado y apretó su cuerpo entre los brazos. La piel de la princesa despedía una extraña frialdad.

-Él... me hace... dormir... -logró articular Cymoril-. Un sopor hechizado... del cual., sólo él puede sacarme... -La muchacha dio un profundo bostezo y continuó-: He conse−guido... aguantar despierta... hasta ahora con... con un gran esfuerzo de voluntad... porque... Elric ha venido...

-Elric está aquí -dijo su enamorado, con voz suave-. Soy Elric, Cymoril.

-¿Elric? -Cymoril se relajó en sus brazos-. Tienes... tienes que encontrar a Yyrkoon, pues... sólo él puede desper−tarme...

-¿Dónde ha ido? -Las facciones de Elric se habían endu−recido. Sus ojos carmesí brillaban de furia-. ¿Dónde?

-Ha ido a buscar las dos espadas negras... las espadas mágicas... de nuestros antepasados... La Enlutada...

-... Y la Tormentosa -le ayudó a terminar Elric, en tono sombrío-. Esas espadas están malditas. Pero ¿dónde ha ido, Cymoril? ¿Cómo ha escapado de nosotros?

-A través..., a través de la Puerta de las Sombras; él... la conjuró... Llegó a hacer los pactos más espantosos con los demonios para poder cruzarla... La otra sala...

Cymoril volvió a caer en el sopor, pero ahora parecía haber una cierta paz en su

rostro.

Elric observó a Dyvim Tvar cruzar la habitación, espada en mano, y abrir de par en par la puerta indicada por la princesa. Un espantoso hedor salía de la sala contigua, envuelta en la os–curidad. En el otro extremo se veía titilar algo indeterminado.

-Sí, ahí se han hecho encantamientos -confirmó Elric-. Yyrkoon me ha burlado. Ha conjurado la Puerta de las Som–bras y ha pasado a través de ella a algún inframundo. Y jamás sabré a cuál de ellos, pues hay una infinidad. ¡Oh, Arioco, cuánto daría por poder seguir a mi primo!

Entonces, le seguirás, dijo una voz melosa y sardónica dentro de su cabeza.

Al principio, el albino creyó que se trataba de un vestigio de recuerdo que aún pugnaba por la posesión de su mente pero, de inmediato, supo que era Arioco quien le hablaba.

Despide a tus acompañantes, pues quiero hablar contigo.

Elric titubeó. Deseaba quedarse a solas..., pero no con Arioco. Deseaba estar con Cymoril, pues la princesa le hacía llorar. Las lágrimas ya rebosaban de sus ojos carmesí.

Lo que he de decirte puede hacer que Cymoril recobre su estado normal, dijo la voz. Y, además, te ayudará a derrotar a Yyrkoon; así podrás vengarte de él. En realidad, eso que tengo que decirte puede convertirte en el mortal más poderoso que ha existido jamás.

Elric se volvió hacia Dyvim Tvar.

-¿Queréis tú y tus hombres dejarme a solas unos momen–tos?

-Desde luego -asintió Dyvim Tvar, indicando a los gue–rreros que salieran y cerrando la puerta de la estancia tras él.

Arioco apareció apoyado en esa misma puerta. Había asu–mido de nuevo la figura y el porte de un hermoso joven. Su sonrisa era franca y amistosa, y sólo sus ancianos ojos traiciona–ban el resto de su apariencia.

-Ha llegado el momento de que busques las espadas ne–gras, Elric -dijo Arioco-. De otro modo, Yyrkoon las en–contrará primero. Te lo advierto: con las espadas mágicas, Yyr–koon será tan poderoso que podrá destruir medio mundo sin siquiera proponérselo. Esa es la razón de que tu primo desafíe los peligros del mundo que hay más allá de la Puerta de las Sombras. Si Yyrkoon se apodera de las espadas antes de que las encuentres tú, habrá llegado el final para ti, para Cymoril, para los Reinos Jóvenes y, muy probablemente, también para Melniboné. Yo te ayudaré a entrar en el inframundo en busca de las mágicas espadas gemelas.

-Muchas veces me han contado los peligros de buscar las espadas..., y los riesgos aún mayores de poseerlas. Creo que tendré que meditar otro plan, mi señor Arioco.

-No existe alternativa. Quizá tú no ambicionas esas espadas, pero Yyrkoon, sí. Con la Enlutada en una mano y la Tormentosa en la otra, será invencible pues las espadas otorgan poderes a quien las posee. Poderes inmensos. -Arioco hizo una pausa y añadió-: Debes hacer lo que digo. Sacarás buen provecho de ello.

-Y supongo que tú también, Arioco.

-Sí, yo también. No soy del todo desinteresado... Elric movió la cabeza en señal de negativa.

-Estoy confundido -dijo-. En este asunto ha habido tanto de sobrenatural... Sospecho que los dioses están ma–nipulándonos.

-Los dioses sólo sirven a quienes están dispuestos a ser–virles. Y, además, los dioses sirven al destino...

-No me gusta. Detener a Yyrkoon es una cosa, pero asumir sus ambiciones y adueñarme yo de esas espadas, otra muy distinta.

-Es tu destino.

-¿No puedo yo modificar ese destino? Arioco hizo un gesto de

negativa.

-No más de lo que puedo yo.

-La quiero -murmuró Elric mientras acariciaba el cabello de Cymoril-. Es lo único que deseo.

-Si Yyrkoon encuentra las espadas antes que tú, no con–seguirás despertarla.

-¿Y cómo voy a encontrarlas?

-Entrando en la Puerta de las Sombras que he mantenido abierta aunque Yyrkoon cree que la ha cerrado. Una vez tras–pasada, debes buscar el Túnel Bajo la Ciénaga que conduce a la Caverna de los Latidos, en cuya cámara se guardan las espadas mágicas. Allí han permanecido desde que tus antepasados re–nunciaran a ellas...

-¿Por qué hicieron eso?

-Tus antepasados carecían de valor.

-¿Valor para afrontar qué?

-Para enfrentarse a sí mismos.

-Eres muy críptico, mi señor Arioco.

-Así somos los Señores de los Mundos Superiores. Apre–súrate, pues ni siquiera yo puedo mantener abierta por mucho tiempo la Puerta de las Sombras.

-Está bien, iré.

Elric llamó a Dyvim Tvar con voz ronca y estentórea. Dyvim Tvar entró al instante.

-¿Elric? ¿Qué ha sucedido aquí? ¿Es Cymoril? Tienes as–pecto de...

-Voy a seguir a Yyrkoon; iré solo, Dyvim Tvar. Tú debes hacer el viaje de vuelta a Melniboné con los hombres que nos queden. Llévate a Cymoril. Si no regreso en un tiempo pru–dente, debes declarar a Cymoril emperatriz de Melniboné. Y si todavía duerme, tú ocuparás la regencia hasta que despierte.

-¿Sabes bien lo que haces, Elric? -murmuró en voz baja Dyvim Tvar.

Elric movió la cabeza en gesto de negativa:

-No, Dyvim Tvar. No lo sé.

El emperador albino se puso en pie y avanzó tambaleán–dose hacia la sala contigua, donde le aguardaba la Puerta de las Sombras.

LIBRO TERCERO

Y ahora ya no hay modo de retroceder. El destino de Elric ha quedado forjado y sellado, igual que fueron forjadas, eones antes, las espadas mágicas. ¿Ha existido, en algún instante de su vida, un punto en el que hubiese podido desviarse de este sendero que conduce a la desesperación, la condenación y la destrucción? ¿O ya estaba predestinado a ellas desde antes de nacer? ¿Estaba acaso condenado, a través de mil encarnacio–nes, a no conocer otra cosa que la tristeza y la lucha, la soledad y el remordimiento, siendo eternamente el campeón de alguna causa desconocida?

1

Tras la Puerta de las Sombras

Y Elric entró en la sombra y se encontró en un mundo de sombras. Se volvió, pero la sombra por la que había entrado ya había desaparecido, confundida con el resto de la oscuridad. Llevaba en la mano la vieja espada de Aubec; ésta, la negra armadura y el casco del dragón eran las únicas cosas que le resultaban familiares, pues la tierra estaba lóbrega y oscura, como si fuera parte de una enorme caverna cuyos muros, aun–que invisibles, resultaban opresivos y tangibles. Elric se la–mentó de que la histeria y la preocupación que abrumaban su mente le hubieran impulsado a obedecer a Arioco, su demonio protector, y a lanzarse a través de la Puerta de las Sombras. Sin embargo, las lamentaciones resultaban ahora inútiles, de modo que las olvidó.

Yyrkoon no aparecía por ningún lado. O bien su primo te–nía un corcel esperándole o, más probablemente, el príncipe había penetrado en aquel mundo por un ángulo ligeramente distinto (pues se decía que todos los planos daban vueltas en torno a los demás) y, en tal caso, tanto podía estar más próximo al objetivo de ambos, como más alejado de él. El aire estaba lleno de humedad salada, hasta el punto de que sus fosas nasa–les parecieron taponarse de sal. Era casi como caminar bajo el agua y ser capaz de respirar la propia agua. Quizás eso explicaba que fuera tan difícil ver a cierta distancia en cualquier direc–ción, que hubiera tantas sombras y que el cielo fuera como un velo que ocultara el techo de una caverna. Al no apreciar, de momento, ningún peligro evidente, Elric envainó la espada y dio lentamente una vuelta en torno a sí mismo tratando de en–contrar algún punto que le sirviera de orientación.

Hacia lo que juzgó que debía ser el este, parecía elevarse una cadena de montañas y, hacia el oeste, creyó distinguir un bosque. Resultaba difícil calcular la dirección o la distancia de las cosas, pues no había sol, luna o estrellas en el firmamento. Permaneció inmóvil durante unos momentos en una llanura llena de rocas sobre la cual silbaba un viento frío que agitaba su capa como si quisiera arrebatársela. A un centenar de pasos de donde se hallaba, apreció una arboleda de troncos atrofiados y sin hojas. Era un único rasgo del terreno que sobresalía de la yerma llanura, salvo un peñasco informe de gran tamaño situa–do a cierta distancia de los árboles, detrás de ellos. Aquél era un mundo al que parecía haberse arrebatado cualquier hálito de vida, como si la Ley y el Caos hubiesen luchado en él y, en su ciega lucha, lo hubiesen arrasado. Elric se preguntó si existi–rían muchos lugares como aquel y, por un instante, se sintió embargado por un espantoso presentimiento acerca del desti–no de su propio mundo, tan rico de vida. Se desembarazó en seguida de aquellos tétricos pensamientos y echó a andar hacia los árboles y la roca que había tras ellos.

Llegó hasta los troncos sin hojas y los dejó atrás. El roce de su capa con una rama hizo que ésta se rompiera, conviniéndo–se casi al instante en ceniza que el viento esparció. Elric se ajustó más la capa en torno al cuerpo.

Al acercarse a la roca, percibió un ruido que parecía prove–nir de ella. Aminoró el paso y se llevó la mano a la empuñadura de la espada.

El sonido continuó; era un ruido rítmico y nada estruen–doso. Elric escudriñó con atención la roca, tratando de locali–zar la fuente de aquellos sonidos.

Y, entonces, el ruido cesó y fue sustituido por otro, un leve arrastrar de pies, unas

pisadas amortiguadas. Luego, se hizo el silencio. Elric dio un paso atrás y desenvainó la espada de Aubec. El primer sonido había sido el de un hombre dur–miendo. El segundo, el de un hombre al despertar, preparán–dose para atacar o para defenderse. El albino decidió darse a conocer.

-Soy Elric de Melniboné, y soy forastero aquí.

Una flecha pasó rozando su yelmo casi en el mismo ins–tante en que se escuchaba el sonido de un arco al vibrar. Elric se hizo rápidamente a un lado y buscó dónde refugiarse, pero no había otro escondite salvo la propia roca tras la que se ocultaba el arquero.

Y, entonces, surgió una voz de detrás de la roca. Era una voz firme, bastante triste, que dijo:

-No pretendía hacerte daño, sino demostrarte mi habili–dad por si se te ocurre atacarme. Ya he tenido suficiente con los demonios de este mundo y tú tienes aspecto de ser el peor de todos, Carablanca.

-Soy un mortal -respondió Elric, al tiempo que se incor–poraba, decidido a morir, si tenía que hacerlo, con cierta dignidad.

-Has hablado de Melniboné. He oído hablar de ese lugar: una isla llena de demonios.

-Entonces, no has oído suficiente. Yo soy mortal, como todo mi pueblo. Sólo los ignorantes nos creen demonios,

-Yo no soy un ignorante, amigo mío. Soy un Sacerdote Guerrero de Phum, nacido en ese castillo y heredero de todos sus conocimientos; hasta no hace mucho, los propios Señores del Caos eran mis protectores. Después, me negué a seguir sirviéndoles y me exiliaron a este plano. Quizás a ti también te haya tocado este mismo destino, pues el pueblo de Melniboné sirve al Caos, ¿no es así?

-En efecto. Y yo también he oído hablar de Phum: está al este, en la tierra que no sale en los mapas, más allá de la Estepa de las Lágrimas, más allá del Desierto de los Suspiros y más allá, incluso, de Elwher. Phum es uno de los Reinos Jóvenes más antiguos.

-Todo es como dices..., aunque no acepto que el este no aparezca en los mapas, salvo entre los pueblos salvajes del oeste. Así pues, parece que vas a compartir mi exilio...

-Yo no estoy exiliado. He venido en busca de ciertos objetos. Cuando los haya conseguido, regresaré a mi propio mundo.

-¿Regresar, dices? Eso me interesa, mi pálido amigo. Yo creía que el retorno era imposible.

-Quizá lo sea y me hayan engañado. Y si tus poderes no han servido para que encontraras un camino a otro plano, quizá los míos tampoco me salven.

-¿Poderes? Desde que dejé de estar al servicio del Caos, no tengo ninguno. Y bien, amigo, ¿pretendes luchar conmi–go?

-Sólo hay un ser con quien querría enfrentarme en este plano y no eres tú, Sacerdote Guerrero de Phum.

Elric envainó la espada y, al instante, su interlocutor apare–ció de detrás del peñasco con una saeta de color grana en la mano, que colocó en un carcaj grana.

-Soy Rackhir -dijo el hombre-. Me llaman el Arquero Rojo porque, como ves, me gusta vestir de color grana. Es costumbre entre los Sacerdotes Guerreros de Phum escoger un único color para sus pertenencias. Es lo único en que toda–vía sigo siendo fiel a las tradiciones.

El arquero lucía un chaquetón grana, calzones grana, zapa–tos grana y una gorra de visera grana con una pluma también grana. Su arco era del mismo color y la empuñadura de su espada brillaba con un color rojo rubí. Su rostro, aquilino y enjuto como si estuviera tallado en hueso descarnado, estaba curtido por el aire y, en este caso, era de color moreno. Era alto y delgado, pero en su torso y en sus brazos se adivinaban buenos músculos. Había un aire irónico en sus ojos y una especie de sonrisa en sus finos labios,

aunque su rostro mos‒traba que había vivido muchas experiencias, pocas de ellas agradables.

-Extraño sitio de escoger para una búsqueda -dijo el Ar‒quero Rojo mientras estudiaba a Elric de arriba abajo, con los brazos en jarras-. Sin embargo, querría hacer un trato con‒tigo, si estás interesado.

-Si el trato me conviene, arquero, estoy dispuesto a acep‒tar, pues tú pareces conocer mejor este mundo que yo.

-Bien: tú tienes que encontrar algo aquí y luego mar‒charte, mientras que yo no tengo nada que hacer aquí y deseo largarme. Si te ayudo en tu búsqueda, ¿me llevarás contigo cuando regreses a tu mundo?

-Parece un trato justo, pero no puedo prometer lo que no tengo poder para conceder. Sólo puedo decir una cosa: si me es posible llevarte de regreso conmigo a nuestro plano, antes o después de que haya terminado mi empresa, lo haré.

-Eso es muy razonable -asintió Rackhir, el Arquero Rojo-. Y ahora, dime qué buscas.

-Busco dos espadas forjadas hace milenios por inmorta‒les, que mis antepasados utilizaron durante mucho tiempo; posteriormente, renunciaron a ellas y las ocultaron en este plano. Las espadas son grandes, pesadas y negras, y llevan unos símbolos herméticos grabados en las hojas. Me han dicho que las encontraría en la Caverna de los Latidos, a la que se llega por el Túnel Bajo la Ciénaga. ¿Sabes algo de esos lugares?

-No. Y tampoco he oído hablar de las dos espadas negras -añadió Rackhir mientras se frotaba el huesudo mentón-. Aunque recuerdo haber leído algo al respecto en uno de los libros de Phum, y lo que leí me perturbó...

-Esas espadas son legendarias. Muchos libros hacen bre‒ves referencias a ellas..., referencias casi siempre misteriosas. Se dice que hay un volumen que recoge la historia de las espadas, de todos quienes las han usado..., y de todos aquellos que las utilizarán en el futuro. Un libro intemporal que con‒tiene todo el tiempo. Algunos lo llaman Crónica de la Espada Negra y en él, se dice, los hombres pueden leer su propio des‒tino.

-Tampoco sabía nada de todo eso. Ese volumen del que hablas no es uno de los Libros de Phum. Me temo, amigo Elric, que tendremos que aventurarnos en la Ciudad de Ameeron y preguntar a sus moradores.

-¿Existe una ciudad en este plano?

-Así es. Yo he estado poco tiempo en ella pues prefiero los campos y las montañas pero, acompañado de un amigo, quizá pueda soportarla un poco más.

-¿Por qué te desagrada tanto Ameeron?

-Porque sus habitantes no son felices. En realidad, son el grupo más deprimido y deprimente que se pueda encontrar pues todos ellos son exiliados, o refugiados, o viajeros entre los mundos que perdieron el rumbo y jamás lo volvieron a encon‒trar. Nadie vive en Ameeron por propia voluntad.

-Una auténtica Ciudad de los Condenados.

-Como la llamaría el poeta... Sí, en efecto. -Rackhir dedicó a Elric un guiñó sardónico-. Pero a veces creo que todas las ciudades lo son.

-¿Cuál es la naturaleza de este plano donde, hasta donde puedo decir, no existen planetas, lunas ni soles? En algunos momentos, tiene el aire de una enorme caverna.

-De hecho, hay una teoría según la cual es una esfera enterrada en una infinidad de roca. Otros dicen que es nues‒tro propio mundo en el futuro... Un futuro en que el uni‒verso ha muerto. Durante el breve tiempo que pasé en la Ciudad de Ameeron, escuché mil teorías al respecto. Y to‒das me parecieron de igual valor. Consideré que todas ellas podían ser ciertas. ¿Por qué no? Hay quienes creen que todo es una Mentira. Y, al contrario, todo podría ser perfecta‒mente Verdad.

Ahora fue el turno de Elric para mostrarse irónico:

-Así pues, amigo Rackhir de Phum, eres filósofo, además de arquero...

Rackhir se echó a reír.

-¡Si así lo quieres! Ha sido tanto pensar lo que ha debili–tado mi lealtad para con el Caos y me ha conducido a este trance. He oído hablar de una ciudad llamada Tanelorn que a veces puede encontrarse en las cambiantes orillas del Desierto de los Suspiros. Si alguna vez vuelvo a mi mundo, amigo Elric, buscaré esa ciudad pues he oído que en ella puede encontrarse la paz y que allí las discusiones sobre la naturaleza de la Verdad son consideradas sin sentido. Dicen que, en Tanelorn, los hombres están satisfechos simplemente con existir.

-Entonces, envidio a quienes viven allí -dijo Elric. Rackhir hizo una profunda inspiración.

-Sí, pero, probablemente, si la encontrara tendría una decepción. Las leyendas siempre es mejor tomarlas como tales; los intentos de convertirlas en realidad rara vez tienen éxito. Vamos, por ahí está Ameeron que, triste es decirlo, es un ejemplo más típico de la mayoría de ciudades que uno llega a conocer, en cualquier plano...

Los dos hombres, ambos exiliados cada uno a su modo, echaron a andar bajo la penumbra de aquel páramo desolado.

2

En la Ciudad de Ameeron

La Ciudad de Ameeron apareció ante ellos. Elric no había visto nunca un lugar como aquel. Ameeron hacía que Dhoz−Kam pareciese el lugar más limpio y organizado del mundo. La ciudad estaba construida bajo la llanura de rocas, en un valle poco profundo sobre el que pendía una niebla perpetua, como una capa sucia y hecha jirones que ocultaba el lugar a la vista de hombres y de dioses.

En su mayoría, los edificios estaban en un estado de semirruina o totalmente derrumbados y entre las piedras se levan−taban tiendas y cabañas. La mezcla de estilos arquitectónicos -algunos conocidos y otros muy extraños- era tal que a Elric le resultó difícil encontrar dos que se parecieran. Había chabo−las, castillos, casas de campo, torres y fuertes, viviendas de piedra cuadradas y lisas, y cabañas de madera recargadas de ornamentación tallada. Otras parecían simples montones de piedras con una abertura dentada en un extremo por puerta. Sin embargo, ninguno de los edificios tenía buen aspecto; ni podía tenerlo en aquel paisaje, bajo aquel cielo perpetuamente en penumbra.

Aquí y allá se divisaban hogueras, que producían todavía más humo y, al aproximarse más a los alrededores de Amee−ron, Elric y Rackhir percibieron un hedor que era una mezcla de una gran diversidad de olores nauseabundos.

-La cualidad más destacada de la mayoría de habitantes de Ameeron -dijo Rackhir, torciendo su nariz aguileña-, es la arrogancia, más que el orgullo. Y eso si les queda algún rastro de personalidad...

Elric avanzó entre la suciedad. Unas sombras se escabulle−ron entre los apiñados edificios.

-¿No hay, acaso, una taberna donde podamos preguntar por el Túnel Bajo la Ciénaga y su paradero?

-No hay tabernas. En general, los habitantes de esta ciu–dad no se tratan con nadie...
-¿Hay alguna plaza pública donde se reúnan?
-Ameeron no tiene un centro urbano. Cada residente o grupo de residentes construye su casa donde le parece, o don–de tiene espacio. La gente de la ciudad proviene de todos los planos y de todas las épocas, de ahí la confusión, las ruinas y la antigüedad de muchos de los edificios. Y de ahí, también, la suciedad, la desesperanza y la decadencia de la mayoría.
-¿Cómo viven?
-En general, viven unos de otros. Comercian con los de–monios que, de vez en cuando, visitan esporádicamente Amee–ron...
-¿ Demonios ?
-Sí. Y los más valientes cazan las ratas que habitan en las cavernas bajo la ciudad.
-¿Qué demonios son esos ? -insistió Elric.
-Meras criaturas del mal; sobre todo, secuaces menores del Caos que buscan algo que les puede suministrar un ameeronés. Un par de almas robadas, un niño quizás (aunque pocos nacen aquí)... Ya puedes imaginarte qué otras cosas, si conoces lo que suelen pedir los demonios a los hechiceros.
-Sí, ya lo imagino. De modo que el Caos puede entrar y salir de este plano como le place...
-No estoy seguro de que sea tan sencillo pero, desde luego, para ellos es mucho más fácil entrar y salir de este plano que lo es hacerlo en el nuestro.
-¿Has visto a alguno de esos demonios?
-En efecto. Son del tipo habitual, con aspecto animalesco. Rudos, estúpidos y poderosos. Muchos de ellos fueron en un tiempo humanos, antes de decidirse a hacer un pacto con el Caos. Ahora, están mental y físicamente transformados en esas criaturas repugnantes y demoníacas.
A Elric no le gustaron en absoluto las palabras de Rackhir.
-¿Es ese el destino de todos aquellos que pactan con el Caos? -preguntó al arquero.
-Deberías saberlo, si vienes de Melniboné. Por mi parte, sé que en Phum muy rara vez se da el caso. Sin embargo, parece que cuanto más alta es la apuesta, más sutiles son los cambios que experimenta el hombre cuando el Caos accede a hacer un trato con él.
Al escuchar sus palabras, Elric exhaló un suspiro.
-¿Dónde podríamos preguntar por ese Túnel Bajo la Cié–naga?
-Había un anciano... -empezó a decir Rackhir.
Un gruñido a su espalda le hizo detenerse.
Un nuevo gruñido.
Un rostro con colmillos surgió de un charco de oscuridad formado por una pared medio derruida. El rostro volvió a gru–ñir.
-¿Quién eres? -dijo Elric, con la mano en la empuñadura de su espada.
-Cerdo -respondió el rostro con colmillos. Desconcertado, Elric no supo si la criatura le estaba insul–tando o si pretendía describirse a sí misma.
-Cerdo -repitió.
Otros dos rostros con colmillos surgieron del charco de sombras.
-Cerdo -dijo uno.
-Cerdo -añadió el otro.
-Serpiente -intervino una voz a la espalda de Elric y Rackhir.
El albino se volvió mientras Rackhir continuaba obser–vando a los cerdos. Elric vio tras él a un joven de elevada estatura. Allí donde debería haber tenido la cabeza, surgían los cuerpos de unas quince serpientes de buen tamaño. La cabeza de cada una de las serpientes miraba con fijeza a Elric. Las lenguas bífidas vibraban y las bocas de cada una

de las cabezas se abrieron al unísono en el preciso instante de repetir:

-Serpiente.

-Cosa-respondió otra voz.

Elric se volvió hacia el lugar de donde procedía, exhaló un jadeo, desenvainó la espada y notó que le recorría una sensa–ción de náusea.

Y, entonces, Cerdos, Serpiente y Cosa se lanzaron sobre ellos.

Rackhir abatió a un Cerdo antes de que pudiera avanzar tres pasos. Sacó el arco que llevaba a la espalda, lo tensó, tomó una flecha con plumas grana, del carcaj, la montó y disparó... todo ello en apenas un segundo. Aún tuvo tiempo de disparar contra otro Cerdo y luego dejó caer el arco para echar mano a la espada. Espalda con espalda, él y Elric se dispusieron a de–fenderse del ataque de aquellos demonios. Serpiente era un enemigo peligroso. Sus quince cabezas se lanzaban hacia de–lante entre silbidos, abriendo y cerrando las mandíbulas en las que mostraban sus afilados dientes que rezumaban veneno. Por su parte, Cosa no dejaba de cambiar de forma; primero surgía de su masa un brazo, después un rostro... y la masa informe y pesada avanzaba hacia ellos inexorablemente.

-¡Cosa! -exclamó el engendro.

Dos espadas atacaron a Elric, que estaba ocupándose del último Cerdo, haciéndole fallar el golpe; en lugar de atravesar el corazón del ser con colmillos, le dio un gran tajo en los pulmones. Cerdo se tambaleó, retrocedió unos pasos y cayó al suelo en un charco de porquería. Allí, gateó un instante y, muy pronto, quedó tendido e inmóvil. Cosa había sacado una lanza y Elric apenas consiguió desviar su golpe con la hoja de la espada. Rackhir se enfrentaba ahora a Serpiente y los dos de–monios acorralaron a los hombres, dispuestos a acabar con ellos. Casi la mitad de las cabezas de Serpiente yacían en el suelo, retorciéndose, y Elric había conseguido cortar de tajo una mano de Cosa. Sin embargo, este demonio parecía tener otras tres dispuestas para la lucha Cosa parecía creado no de una criatura, sino de varias. Elric se preguntó si sus tratos con Arioco le conducirían a un destino similar, a ser convertido en demonio, en monstruo informe. Sin embargo, ¿no era ya una especie de monstruo? ¿No le confundía ya la gente con un de–monio?

Estos pensamientos le dieron fuerzas y, mientras descar–gaba golpes con su espada, empezó a gritar:

-¡Elric! ¡Elric!

-¡Cosa! -replicó su adversario, decidido también a rea–firmar lo que consideraba la esencia de su ser.

Otra mano salió despedida cuando la espada de Aubec la segó del resto del cuerpo. Otra lanza dirigida contra Elric fue desviada por éste; apareció otra espada que descargó un golpe sobre el yelmo de Elric con una fuerza que le aturdió y le envió trastabillando hacia atrás hasta dar contra Rackhir, quien falló el golpe que intentaba dirigir a Serpiente y cuatro de las cabezas que quedaban a ésta estuvieron a punto de morderle. Elric descargó su espada sobre el brazo y el tentáculo que sostenían el acero de aquel ser infernal y separó de un tajo esas extremida–des del resto del extraño ser, pero éste volvió a cambiar de forma. Elric volvió a sentir náuseas. Hundió su espada en la masa informe y ésta gritó:

-¡Cosa! ¡Cosa! ¡Cosa!

Elric descargó otro golpe y cuatro espadas y dos lanzas se agitaron, chocaron e intentaron derrotar a la espada del héroe Aubec.

-¡Cosa!

-Esto es obra de Yyrkoon -dijo Elric-, no hay duda. Ha sabido que le seguía e intenta detenernos con sus aliados de–moníacos -hizo rechinar los dientes y añadió-: ¡A menos que uno de ellos sea el propio Yyrkoon! ¿Eres tú mi primo, Cosa?

-Cosa...

La voz sonaba casi patética. Las armas seguían chocando y agitándose en sus extremidades, pero ya no atacaban a Elric con la misma fiereza de antes.

-¿O eres algún viejo amigo o conocido?

-Cosa...

Elric volvió a clavar su espada en la masa. Un chorro de sangre espesa y fétida brotó de ella y le salpicó la armadura. A Elric le pareció incomprensible la facilidad con que había lo−grado herir al monstruo demoníaco.

-¡Ahora! -gritó una voz por encima de la cabeza de Elric. El albino alzó la mirada y vio un rostro enrojecido, una barba blanca y un brazo que se agitaba.

-¡No me mires a mí, estúpido! -dijo el rostro-. ¡Va−mos, golpea ahora!

Y Elric asió la empuñadura de su espada con ambas manos y hundió la hoja profundamente en la informe criatura, que gimió y sollozó y murmuró en un susurro apenas audible, antes de morir:

-Frank...

Rackhir atacó al mismo tiempo que Elric y su espada pasó bajo las cabezas que le quedaban a Serpiente y se hundió en el pecho de ésta hasta partir en dos el corazón del cuerpo hu−mano de aquel demonio, y Serpiente murió también.

El hombre de la barba blanca descendió entonces del arco en ruinas donde había permanecido durante la pelea. Elric le vio sonreír.

-¡Ah!, la magia de Niun todavía ejerce cierto efecto in–cluso aquí, ¿eh? Hace un rato, escuché a un tipo muy alto invocar a sus demonios amigos y aleccionarles para que os atacaran. Y, como no me pareció justo que lucharan cinco contra dos, me instalé sobre esas piedras y empecé a absorber la energía del demonio de los muchos brazos. Todavía puedo hacerlo. Sí, todavía puedo. Y ahora tengo su energía, o buena parte de ella, y me siento considerablemente mejor de lo que me he sentido en muchas lunas, si tal cosa existe.

-Ese demonio dijo «Frank» antes de morir -murmuró Elric frunciendo el ceño-. ¿Crees que dijo ese nombre a propósito? ¿Es posible que fuera su nombre anterior?

-Quizás -respondió el anciano Niun-. Pobre criatura. Por lo menos, ahora descansará al fin. Vosotros dos no sois de Ameeron... aunque a ti ya te he visto antes, hombre de rojo.

-Y yo a ti -replicó Rackhir con una sonrisa, mientras limpiaba la sangre de Serpiente de su espada utilizando para ello una de las cabezas de la propia Serpiente-. Tú eres Niun El Que Todo Lo Sabe.

-Sí. El Que Todo Lo Sabía, pero que ahora ya sabe muy poco. Pronto, cuando haya conseguido olvidarlo todo, esto terminará para mí y entonces regresaré de este horrible exilio. Tal es el pacto que hice con Orland, del Consejo. Yo era un estúpido que deseaba conocerlo todo y mi curiosidad me llevó a una aventura que involucraba a ese Orland, que me enseñó lo equivocado de mi método y me envió aquí para que olvidara. Por desgracia, como habéis comprobado, de vez en cuando todavía recuerdo alguno de mis poderes y de mis conocimien–tos. Sé que buscáis las Espadas Negras, y sé que tú eres Elric de Melniboné. Y también sé lo que será de ti.

-¿Conoces mi destino? -preguntó Elric al instante-. ¡Dime cuál es, Niun El Que Todo Lo Sabe!

Niun abrió la boca como si fuera a hablar pero, a continua–ción, volvió a cerrarla firmemente.

-No -murmuró-. Lo he olvidado.

-¡No! -gritó Elric, a punto de abalanzarse sobre el an–ciano-. ¡No! ¡Claro que lo recuerdas! ¡Veo perfectamente que conoces lo que me espera!

-Lo he olvidado... -repitió el anciano, con la cabeza ga–cha.

Rackhir detuvo el brazo de Elric y murmuró:

-Lo ha olvidado, Elric.

El albino asintió.

-Está bien -dijo al fin-. Entonces, al menos recordará dónde está el Túnel Bajo la Ciénaga, ¿no?

-Sss... Sí. La Ciénaga no está lejos de Ameeron, en esa dirección. Buscad un monumento en forma de águila tallado en mármol negro. En la base del monumento está la entrada del túnel.

Niun repitió esta información como lo haría un loro y, cuando alzó finalmente la cabeza, su rostro parecía menos en–rojecido.

-¿Qué acabo de deciros? -preguntó.

-Nos has dado instrucciones para encontrar la entrada al Túnel Bajo la Ciénaga -respondió Elric.

-¿De veras? ¡Espléndido! -Niun aplaudió con sus viejas manos-. Ahora ya he olvidado también todo esto. ¿Quiénes sois?

-Es mejor que no nos recuerdes -respondió Rackhir con una amable sonrisa-. Adiós, Niun. Y gracias.

-¿Gracias por qué?

Gracias por recordar..., y gracias por olvidar.

Elric y el Arquero Rojo cruzaron la mísera Ciudad de Ameeron alejándose del alegre viejo hechicero; pendientes siempre de los extraños rostros que les contemplaban desde

los quicios de puertas y ventanas, siguieron adelante tratando de respirar lo menos posible el aire viciado del lugar.

-Creo que Niun es, quizá, la única persona de cuantas habitan en este lugar desolado a quien envidio -comentó Rackhir.

-Yo le compadezco -replicó Elric.

-¿Por qué?

-Se me ha pasado por la cabeza que, cuando lo haya con−seguido olvidar todo, no recuerde siquiera que puede abando−nar Ameeron.

Rackhir se echó a reír y dio una palmada al joven albino en la espaldera de la negra armadura.

-Eres un compañero deprimente, amigo Elric. ¿Todos tus pensamientos son tan desesperados?

-Me temo que tienden a ir en esa dirección -replicó Elric con una sombra de sonrisa en los labios.

3

El Túnel Bajo la Ciénaga

Y continuaron recorriendo aquel mundo triste y lóbrego hasta que, por fin, llegaron al pantano.

El pantano era una extensión negra sobre la cual crecían, aquí y allá, masas de vegetación negra y llena de espinas. Hacía frío y humedad; una niebla oscura flotaba cerca de la superficie y, de vez en cuando, unas siluetas bajas escapaban ante ellos con rapidez, envueltas en el velo de niebla. Y entre la bruma grisácea vieron surgir un objeto negro y macizo que sólo podía ser el monumento descrito por el viejo Niun.

-El monumento -murmuró Rackhir, deteniéndose. Se apoyó en su arco y añadió-: Está en medio de esa ciénaga y no veo ningún camino que conduzca hasta él. ¿Crees que eso va a ser un problema, amigo Elric?

El albino tanteó con precaución el borde del pantano y notó que un cieno frío le aprisionaba los pies. Volvió atrás con dificultad y Rackhir, llevándose la mano a su huesuda nariz, in−sistió:

-Tiene que haber un camino. De otro modo, ¿cómo po−dría cruzar tu primo?

Elric se volvió hacia el Arquero Rojo y se encogió de hombros.

-¿Quién sabe? Quizás Yyrkoon viaja en compañía de se−res mágicos para los que un pantano no significa ninguna di−ficultad.

De pronto, Elric se encontró sentado sobre una roca húmeda. El hedor a agua salobre procedente de la ciénaga parecía haberle abrumado por unos instantes. Se sentía débil. El efecto de sus pócimas, que había ingerido por última vez antes de cruzar la Puerta de las Sombras, empezaba a desaparecer.

Rackhir se acercó al albino y le dedicó una sonrisa un tanto burlona.

-Y bien, señor hechicero, ¿no puedes invocar tú una ayu−da similar?

Elric movió la cabeza en señal de negativa.

-No tengo mucha práctica en invocaciones a demonios menores. Yyrkoon sabe mucho más de sortilegios y tiene con–juros y libros mágicos que le dan un fácil acceso a los mundos demoníacos. Si queremos alcanzar ese monumento, tendre–mos que encontrar un sendero normal, Sacerdote Guerrero de Phum.

El Arquero Rojo sacó un pañuelo grana de debajo de su chaquetón y se sonó la nariz un largo instante. Cuando hubo terminado, tendió la mano a Elric, le ayudó a incorporarse y ambos echaron a andar a lo largo del borde del pantano, man–teniéndose siempre a la vista del monumento.

Por fin, un buen rato después, encontraron un sendero que no era natural, sino una gran losa de mármol negro colocada a propósito, que se adentraba en la oscuridad del lodazal, resba–ladiza y cubierta de una capa de fango.

-Casi estoy por jurar que éste es un camino falso, una trampa que nos puede llevar a la muerte -dijo Rackhir mien–tras ambos contemplaban la larga losa-. Sin embargo, en nuestra situación, ¿qué tenemos que perder?

-Vamos -respondió Elric al tiempo que ponía el pie so–bre la losa y empezaba a avanzar con cautela sobre su resbala–diza superficie.

Elric llevaba ahora en la mano una especie de antorcha, un puñado de carrizos chisporroteantes que despedían una desa–gradable luz amarillenta y una cantidad considerable de humo verduzco. Sin embargo, era mejor eso que nada.

Rackhir avanzaba tras él tanteando cada paso con la madera de su arco, que llevaba desencordado, mientras silbaba una breve y complicada melodía. Cualquiera de su estirpe habría reconocido la tonada como la Canción del Hijo del Héroe del Infierno Superior que está a punto de Sacrificar su Vida, una canción muy popular en Phum, especialmente entre la casta de los Sacerdotes Guerreros.

Elric encontró la tonada irritante y perturbadora, pero no dijo nada pues tenía que concentrar toda su atención en man–tener el equilibrio sobre la peligrosa superficie de la losa que ahora parecía mecerse levemente, como si flotara sobre las aguas fangosas del pantano.

Estaban ya a medio camino del monumento, cuya silueta podían distinguir ahora con claridad: era un águila de gran tamaño, con las alas extendidas y las garras y el temible pico dispuestos para caer sobre la presa. El águila estaba tallada en el mismo mármol negro de la losa sobre la que intentaban guardar el equilibrio. Elric tuvo la impresión de que se trataba de una tumba. ¿Acaso había sido enterrado allí algún antiguo héroe? ¿O era quizás un túmulo erigido para albergar las Espa–das Negras, para mantenerlas prisioneras e impedir así que pudieran volver a entrar en el mundo de los hombres para apoderarse de sus almas?

La losa se movió con más violencia. Elric intentó mante–nerse en pie, pero primero le resbaló un pie y luego el otro. La antorcha que llevaba en la mano osciló alocadamente de un lado al otro y, sin poder evitarlo, el albino cayó al cenagal y quedó enterrado en el fango hasta las rodillas.

Empezó a hundirse.

De algún modo, consiguió sostener la antorcha en su mano y, bajo su luz mortecina, distinguió al arquero que le buscaba con la mirada.

-¿Elric?

-Estoy aquí, Rackhir.

-¿Te estás hundiendo?

-Sí, parece que el fango intenta engullirme.

-¿Puedes tenderte en horizontal?

-Puedo inclinarme hacia delante, pero tengo las piernas atrapadas.

Elric intentó mover el cuerpo entre las aguas fangosas que se apretaban en torno

suyo. Algo indeterminado pasó corrien–do ante su rostro, acompañado de una especie de amortiguado parloteo. Elric puso todo su empeño en controlar el pánico que le embargaba por momentos.

-Creo que es mejor que me abandones, amigo Rackhir -jadeó.

-¿Qué? ¿Y perder la posibilidad de salir de este inframundo? Amigo Elric, debes considerarme más abnegado de lo que soy en realidad. Vamos...

El Arquero Rojo se tendió con cautela sobre la losa y extendió los brazos hacia Elric. Los dos hombres estaban cu–biertos ahora de aquel limo pegadizo, y ambos tiritaban de frío. Rackhir extendió más y más sus brazos hacia Elric y éste se inclinó hacia delante cuanto pudo, tratando de alcanzarlos, pero no fue posible.

Cada segundo que pasaba, Elric se hundía un poco más en la hedionda suciedad del pantano. Entonces, Rackhir tomó su arco y lo tendió hacia el albino.

-Agárrate del arco, Elric. ¿Puedes?

Elric se inclinó cuanto pudo y, estirando al máximo cada hueso y cada músculo de su cuerpo, alcanzó apenas a asirse del extremo del arco.

-Y, ahora, tengo que... ¡Ah...!

Rackhir, al tirar del arco, notó que empezaba a resbalar sobre la losa al tiempo que ésta volvía a agitarse furiosamente. Extendió una mano para agarrarse del otro lado de la losa mientras, con la otra mano, sostenía el arco.

-¡Aprisa, Elric! ¡Aprisa!

Elric empezó a liberarse del fango con un penoso esfuerzo. La losa seguía encabritándose con furia y el rostro aguileño de Rackhir estaba casi tan pálido como el del propio Elric mien–tras trataba desesperadamente de mantenerse asido a la roca y, al mismo tiempo, de no soltar el arco.

Y, por fin, envuelto en cieno, Elric consiguió alcanzar la losa y subir a ella gateando, con la antorcha todavía en la mano. Una vez a salvo, el albino quedó tendido en la losa, jadeando.

Rackhir también estaba muy sofocado, pero se echó a reír.

-¡Vaya pez que acabo de pescar! -exclamó-. ¡Apuesto a que es el mayor que pueda pescar en toda mi vida!

-Te doy las gracias, Rackhir, el Arquero Rojo. Te doy las gracias, Sacerdote Guerrero de Phum. Te debo la vida -dijo Elric al cabo de unos minutos-. Juro que, tanto si tengo éxito en mi empresa como si no, utilizaré todos mis poderes para conseguir que vuelvas a cruzar la Puerta de las Sombras y regreses al mundo del que ambos procedemos.

-Tú eres un hombre, Elric de Melniboné -respondió Rackhir con tranquilidad-. Por eso te he salvado. Los hom–bres de verdad son escasos en cualquier mundo. -Se encogió de hombros y sonrió-. Ahora, sugiero que continuemos hacia el monumento a cuatro patas. Quizá parezca un tanto indigno, pero es más seguro. Además, ya no nos queda mucho para llegar.

Elric se mostró de acuerdo.

No transcurrió mucho tiempo más en aquella oscuridad intemporal hasta que alcanzaron un pequeño islote cubierto de musgo sobre el que se alzaba el Monumento del Águila, pesado y enorme. El ave marmólea se cernía sobre ellos contra la inmensa penumbra que formaba el firmamento o el techo de la caverna que cubría aquel mundo. En la base del monumento advirtieron una puerta de poca altura; la puerta estaba abierta.

-¿Una trampa? -murmuró Rackhir.

-Quizás Yyrkoon está convencido de que hemos muerto en Ameeron -replicó Elric mientras se limpiaba como podía el fango que le cubría. Con un suspiro, añadió-: Entremos y salgamos de dudas.

Así pues, penetraron por la abertura y se encontraron en una pequeña estancia.

Elric iluminó el lugar con la débil luz de la antorcha y vio una segunda puerta. El

resto de la sala carecía de otros rasgos notables. Las paredes eran de una especie de mármol negro que resplandecía ligeramente. En la estancia reinaba un silen–cio total.

Ninguno de los dos dijo nada. Cruzaron la sala resuelta–mente hacia la otra puerta y, al encontrar tras ella unos pelda–ños, decidieron bajar por ellos. La escalera descendía en espi–ral, hundiéndose en una oscuridad absoluta.

Tras un largo descenso sin pronunciar una sola palabra, llegaron por fin al pie de los escalones y vieron ante ellos la entrada a un estrecho túnel de formas irregulares, que más parecía obra de la naturaleza que de algún ser inteligente. El techo del túnel rezumaba humedad, que goteaba en el suelo con la regularidad de los latidos de un corazón, con un sonido que parecía el eco de otro rumor más profundo, muy lejano, que emanaba de algún lugar del propio pasadizo.

Elric oyó carraspear a Rackhir.

-Esto es, obviamente, un túnel -dijo el Arquero Rojo-, y sin duda conduce bajo la ciénaga.

Elric notó que Rackhir compartía su repulsión a entrar en el pasadizo. Permaneció inmóvil con la antorcha de luz morte–cina en alto, escuchando el sonido de las gotas al caer del techo del túnel e intentando reconocer aquel otro rumor que llegaba de las profundidades.

Y, tras ello, se obligó a continuar adelante; entró en la oscura boca casi a la carrera, y sus oídos se llenaron de un repentino rugido que tanto podía provenir de algún rincón del túnel como de su propia cabeza. Escuchó tras él los pasos de Rackhir. Desenvainó la espada, la espada del fallecido héroe Aubec, y oyó el silbido de su propia respiración repetido por las paredes del pasadizo que ahora bullía de ruidos de todo tipo.

Elric se estremeció, pero no se detuvo.

La temperatura en el túnel era agradable. El suelo parecía esponjoso bajo sus pies, y se mantenía el olor a salmuera. Pudo apreciar que, ahora, los muros eran más suaves y parecían entremecerse con movimientos rápidos y regulares. Oyó ja–dear a Rackhir, pues también el arquero percibía las peculiares características del lugar.

-Parece carne -murmuró el Sacerdote Guerrero de Phum-. Carne...

Elric no podía ni responder. Necesitaba toda su concentra–ción para obligarse a seguir adelante. Estaba poseído por el terror. Todo su cuerpo temblaba. Sudaba y sus piernas amena–zaban con dejar de sostenerle. Tenía tan poca fuerza en las manos que apenas conseguía sostener la espada, y en su memo–ria surgían destellos de algo..., algo que su cerebro se negaba a tener en cuenta. ¿Acaso había estado allí con anterioridad? El temblor de su cuerpo aumentó. Se le revolvió el estómago. Y, pese a todo, siguió avanzando con la antorcha delante de él.

Ahora, el suave, constante y monótono sonido de fondo se hizo más audible y Elric vio, en el final mismo del túnel, una pequeña abertura, casi circular. Se detuvo y volvió la mirada hacia el arquero.

-Ahí termina el túnel -susurró Rackhir-. No se puede continuar.

El pequeño orificio latía con unas pulsaciones rápidas y poderosas.

-La Caverna de los Latidos -murmuró Elric-. Eso es lo que teníamos que encontrar al final del Túnel Bajo la Ciénaga. Esa debe de ser la entrada, Rackhir.

-Es demasiado pequeña para que pase un hombre -dijo Rackhir con sensatez.

-No...

Elric dio unos pasos más hasta llegar junto a. la abertura. Envainó la espada, entregó la antorcha a Rackhir y a continua–ción, antes de que el Sacerdote Guerrero de Phum pudiera detenerle, se lanzó de cabeza a través del orificio, abriéndose paso con enérgicos movimientos de su cuerpo. Y las paredes del agujero se abrieron para dejarle paso y volvieron a cerrarse tras él, dejando a Rackhir al otro lado.

Elric se puso lentamente en pie. Una luz rosada y difusa surgía ahora de las paredes y frente a él había otra entrada ligeramente mayor que la anterior. El aire era cálido, salado y denso, y casi le sofocó. La cabeza empezó a latirle, el cuerpo le dolía y apenas podía pensar o hacer nada, salvo obligarse a se–guir adelante.

Se encaminó hacia la siguiente abertura con pasos vacilan–tes, mientras el enorme y amortiguado latir resonaba con cre–ciente intensidad en sus oídos.

-¡Elric!

Se volvió y vio tras él a Rackhir, pálido y sudoroso. Había abandonado la antorcha y había seguido los pasos del albino. Elric se pasó la lengua por los labios e intentó decir algo. Rackhir se acercó más.

-Arquero -murmuró Elric con esfuerzo-, no deberías estar aquí.

-Dije que te ayudaría.

-Sí, pero...

-Entonces, te ayudaré.

Elric no tenía fuerzas para discutir, de modo que asintió. Forzó con sus manos las blandas paredes del segundo orificio y vio que conducía a una cueva cuyas paredes redondas vibraban con una pulsación constante. Y en el centro de la cueva, col–gando del aire sin nada que las sostuviera, había dos espadas. Dos espadas idénticas, enormes, espléndidas y negras.

Y bajo las espadas, con expresión de voracidad y codicia, estaba el príncipe Yyrkoon de Melniboné, con las manos alza–das hacia ellas. Sus labios se movían sin que se escapara de ellos palabra alguna, y el propio Elric no fue capaz de pronun–ciar más que una sílaba mientras penetraba por el edificio y se incorporaba sobre el suelo en permanente movimiento.

-¡No! -exclamó.

Yyrkoon le oyó. Se volvió con el terror en el rostro. Al ver a Elric, soltó un gruñido y también él pronunció una sílaba que, a la vez, era un grito de rabia.

-¡No!

Elric sacó con esfuerzo la espada de Aubec de su funda, pero parecía demasiado pesada para levantarla. Se le dobló la muñeca y apoyó la espada en el suelo. Los brazos le colgaban inertes a los costados mientras intentaba llevar bocanadas de aquel denso aire a sus pulmones. La visión se hacía borrosa e Yyrkoon se había convertido en una sombra. Sólo veía con claridad las dos espadas negras, flotando frías e inmóviles en el centro mismo de la cámara circular. Percibió que Rackhir ha–bía entrado en la cámara y estaba a su lado.

-Yyrkoon -dijo por fin-, esas espadas son mías.

Yyrkoon sonrió y extendió el brazo hacia las armas. Parecía emanar de ellas un extraño gemido. Una leve aura negra pare–cía surgir de sus filos. Elric observó los símbolos grabados en las hojas y tuvo miedo.

Rackhir colocó una saeta en su arco, tensó la cuerda hasta el hombro y apuntó al príncipe Yyrkoon.

-Si ha de morir, Elric, dímelo.

-Mátale -ordenó el albino. Y Rackhir soltó la cuerda.

Pero la flecha avanzó muy despacio en el aire hasta quedar flotando, inmóvil, entre el arquero y su pretendido blanco. Yyrkoon se volvió con una espectral sonrisa en los labios.

-Las armas mortales son inútiles aquí -murmuró.

-Debe de estar en lo cierto -dijo Elric a Rackhir-, y tu vida está en peligro. Vete...

Rackhir le dirigió una mirada desconcertada.

-No. Debo quedarme aquí y ayudarte...

-No puedes hacerlo. Si te quedas, lo único que consegui−rás es morir -insistió el albino-. Márchate.

A regañadientes, el Arquero Rojo desmontó el arco, diri−gió una mirada recelosa a las dos espadas negras, se abrió paso por el orificio y desapareció.

-Ahora, Yyrkoon -dijo Elric, dejando caer al suelo la es−pada-, tenemos que resolver esto entre tú y yo.

4

Dos Espadas Negras

Y las dos espadas mágicas, la *Tormentosa* y la *Enlutada* , dejaron entonces la posición que durante tanto tiempo habían ocupado.

Y la *Tormentosa* fue empuñada por la mano derecha de Elric. Y la *Enlutada* fue empuñada por la diestra del príncipe Yyrkoon.

Y los dos hombres quedaron frente a frente en lugares opuestos de la Caverna de los Latidos, y se contemplaron pri−mero el uno al otro, y miraron luego las espadas que empu−ñaban.

Las espadas estaban cantando. Sus voces eran vagas, pero perfectamente audibles. Elric alzó la enorme hoja fácilmente y la movió a un lado y al otro, admirando su extraña belleza.

-*Tormentosa* -dijo Elric.

Y sintió miedo.

De pronto, era como si hubiera nacido de nuevo y la es−pada mágica hubiera nacido con él. Era como si nunca hubieran estado separados.

-*Tormentosa* -musitó.

Y la espada gimió dulcemente y se acomodó con más suavi−dad todavía a la mano que la blandía.

- ¡*Tormentosa* ! -gritó Elric, al tiempo que se lanzaba con−tra su primo.

- ¡*Tormentosa* !

Y se sintió lleno de miedo... Saturado de miedo. Y el miedo dio paso a una suerte de salvaje placer, a una necesidad demoniaca de combatir con su primo y matarle, de hundir la espada en lo más profundo del corazón de Yyrkoon. De cum−plir su venganza. De

verter sangre. De enviar un alma al infierno.

Y el grito del príncipe Yyrkoon se dejó oír por encima del murmullo de las espadas, por encima del tamborileo de los latidos de la cueva.

-¡*Enlutada* !

Y la *Enlutada* se alzó para detener el golpe de la *Tormentosa* y devolvió el golpe y atacó a Elric, que se apartó a un lado, hizo girar la *Tormentosa* y lanzó un golpe lateral que envió hacia atrás por un instante a Yyrkoon y su *Enlutada* . Pero el si−guiente golpe de la *Tormentosa* volvió a ser parado. Y también el golpe siguiente fue parado. Y el siguiente. Si ambos comba−tientes poseían similar destreza, lo mismo sucedía con sus es−padas, parecían dotadas de voluntad propia aunque sólo ejecu−taban la voluntad de quienes las blandían.

Y el estruendo del metal contra el metal se convirtió en una furiosa canción entonada por las espadas mágicas. Una canción llena de gozo, como si las dos armas se alegraran de volver a batallar por fin, aunque fuera para combatir la una contra la otra.

Y Elric apenas llegó a ver a su primo, el príncipe Yyrkoon, salvo algún destello fugaz de su rostro, moreno, y lleno de furia. Toda la atención del albino estaba centrada únicamente en las dos espadas negras, pues parecía que ambas combatían entre sí con la vida de uno de los adversarios (o quizá las vidas de ambos, pensó Elric) como premio. Y la rivalidad entre Elric e Yyrkoon no era nada comparada con la fraternal rivalidad entre las dos espadas, que parecían vibrar de placer ante la oportunidad de volver a enfrentarse después de tantos mile−nios.

Y, al darse cuenta de ello mientras combatía -y Elric lu−chaba no sólo por su vida, sino también por su alma-, el albino tuvo ocasión de pensar en su odio contra Yyrkoon.

Mataría a su primo, se dijo, pero no lo haría por la voluntad de un poder ajeno a él. No lo haría sólo por dar gusto a aque−llas espadas mágicas.

La punta de la *Enlutada* se lanzó hacia sus ojos y la *Tormen−tosa* se levantó para desviar el golpe una vez más.

Elric ya no luchaba contra su primo, sino contra la voluntad de las dos espadas negras. La *Tormentosa* buscó la garganta de Yyrkoon, momentáneamente al descubierto. Elric sujetó con fuerza la espada y la retuvo, salvando la vida a su primo. La *Tormentosa* gimió, casi malhumorada, como un perro al que se hubiese impedido morder a un intruso.

Y Elric, con las mandíbulas encajadas, murmuró entre dientes:

-Yo no soy tu títere, espada mágica. Si hemos de estar unidos, que sea bajo un pacto que nos convenga a ambos.

La espada pareció titubear, bajar la guardia, y Elric se vio forzado a defenderse del vertiginoso ataque de la *Enlutada* que, a su vez, pareció darse cuenta de su ventaja.

Elric notó una energía renovada que le recorría el brazo derecho y se esparcía por su cuerpo. Este era el poder que le daba la espada. Con ella, no necesitaría pócimas y nunca más sería débil. Triunfaría en la batalla y, en la paz, gobernaría con dignidad. Cuando viajara, podría hacerlo a solas sin ningún temor. Era como si la espada, al tiempo que devolvía el ataque a su hermana, le estuviera recordando todas aquellas cosas.

¿Y qué debía ofrecer Elric a la espada en compensación?

El albino lo supo al instante. La espada se lo dijo sin necesi−dad de palabras. La *Tormentosa* precisaba combatir, pues ésa era la razón de su existencia. La Tormentosa necesitaba matar, pues la fuente de su energía era, precisamente, las vidas y las almas de hombres, demonios... e incluso dioses.

Elric titubeó mientras su primo lanzaba un enorme alarido entrecortado y descargaba un golpe de la Enlutada que hizo saltar de su cabeza el yelmo de Elric, enviando a éste al suelo. Yyrkoon asió con ambas manos su cantarina espada negra y se dispuso a hundir su hoja en el cuerpo de Elric.

Y éste supo que haría cualquier cosa para resistirse a tal destino, para evitar que su

alma fuera absorbida por la *Enlutada* y que su fuerza sirviera para aumentar la fuerza del príncipe Yyr–koon. Rodó a un lado con rapidez y, con una rodilla en tierra, se volvió y levantó la Tormentosa, con una mano enguantada en su hoja y la otra firmemente asida a su empuñadura, para detener el golpe supremo que Yyrkoon descargaba sobre él. Y las dos es–padas negras gimieron, como si fueran presas de un gran dolor, y se estremecieron, y un fulgor negro surgió de ellas como manaría la sangre de un hombre acribillado por múltiples flechas. Y Elric, todavía de rodillas, fue despedido lejos del fulgor. Jadeante, miró a su alrededor en busca de Yyrkoon, pero éste había desaparecido.

Y Elric supo que la *Tormentosa* volvía a hablarle. Si Elric no quería morir bajo el filo de la Enlutada, debía aceptar el trato que le ofrecía la Espada Negra.

-¡Yyrkoon no debe morir! -dijo Elric-. ¡No pienso matarle sólo para satisfacerte!

Y tras el fulgor negro reapareció Yyrkoon, entre gruñidos y chasquidos, volteando su espada mágica.

La *Tormentosa* encontró de nuevo un resquicio en la de–fensa de Yyrkoon, y otra vez Elric contuvo la espada, que apenas causó un rasguño al príncipe.

La *Tormentosa* se agitó bajo el puño de Elric.

-No serás mi dueña-murmuró el albino.

Y la *Tormentosa* pareció comprenderle y se tranquilizó, como si se reconciliara con su portador. Elric soltó una carca–jada, creyendo que ahora tenía ya el control de la espada má–gica y que, en adelante, ésta obedecería sus indicaciones.

-Desarmaremos a Yyrkoon -dijo-, pero no le matare–mos.

Elric se puso en pie.

La *Tormentosa* se movió con la velocidad de un florete del–gado y liviano como una aguja, haciendo fintas, paradas y ata–ques. Yyrkoon, en cuyo rostro había asomado una sonrisa de triunfo, soltó un gruñido y retrocedió trastabillando. La sonrisa desapareció de pronto de sus hoscas facciones.

La mágica espada *Tormentosa* trabajaba ahora para Elric. Efectuaba los movimientos que Elric deseaba hacer. Tanto Yyrkoon como la Enlutada parecían desconcertados por aquel giro de los acontecimientos. La *Enlutada* gritó, como asom–brada por la conducta de su hermana. Elric golpeó el brazo con el que Yyrkoon sostenía la espada. El filo de la *Tormentosa* desgarró sus ropas, desgarró sus músculos, desgarró sus tendo–nes y rompió sus huesos. Brotó la sangre que, tras debilitar el brazo de Yyrkoon, bañó la empuñadura de su espada deján–dola resbaladiza. Yyrkoon no podía sujetar la espada con la fuerza necesaria y la empuñó a dos manos, pero aun así fue incapaz de sostenerla con firmeza.

También Elric asió la *Tormentosa* con ambas manos. Una fuerza que no era terrenal recorrió su cuerpo y, con un golpe arrasador, descargó la *Tormentosa* contra la *Enlutada* en el punto donde la hoja se unía a la empuñadura. La espada mágica salió despedida de las manos de Yyrkoon y rodó por la Cueva de los Latidos.

Elric sonrió. Había doblegado la voluntad de su propia espada y, a la vez, había derrotado a la espada gemela.

La *Enlutada* fue a dar en los muros de la Cueva de los Latidos y permaneció inmóvil unos segundos.

Entonces, pareció escapar de la espada mágica vencida un breve gemido, seguido de un alarido muy agudo que llenó la caverna. Una oscuridad total inundó el lugar, haciendo desapa–recer la extraña luz rosada que lo bañaba.

Cuando la débil luz volvió, Elric observó que tenía a sus pies una vaina, de color negro y de la misma factura no humana que la espada mágica. El albino contempló a Yyrkoon. El prín–cipe estaba de rodillas y sollozaba. Sus ojos recorrían la Ca–verna de los Latidos buscando la *Enlutada* , y se volvieron hacia Elric con expresión atemorizada,

como si comprendiera que ahora debía morir.

-¡*Enlutada* ! -gritó Yyrkoon, desesperado, sabedor de que iba a morir.

La *Enlutada* había desaparecido de la Caverna de los La−tidos.

-Tu espada se ha ido -dijo Elric con voz tranquila.

Yyrkoon gimoteó e intentó arrastrarse hacia la entrada de la caverna, pero la abertura se había reducido al tamaño de una moneda. Yyrkoon se puso a llorar abiertamente.

La *Tormentosa* se estremeció como si estuviera sedienta del alma de Yyrkoon. Elric se inclinó hacia delante.

-No me mates, Elric -empezó a decir Yyrkoon rápida−mente-. Con la espada mágica, no. Haré lo que me pidas, moriré de cualquier otro modo, pero con la espada, no...

-Los dos, primo, somos víctimas de una conspiración -re−plicó Elric-. De una partida que disputan dioses, demonios y espadas con conciencia propia. Y todos ellos quieren que muera uno de nosotros. Sospecho que desean verte muerto a ti, antes que a mí. Y por esa razón, no voy a matarte aquí.

Levantó del suelo la vaina, obligó a la *Tormentosa* a introdu−cirse en ella y, al instante, la cantinela de la espada mágica cesó. Elric se despojó de su antigua vaina y buscó con la vista la espada de Aubec, pero también ésta había desaparecido. Dejó caer la vieja vaina y colgó la nueva de su cinto. Apoyó la mano izquierda en la empuñadura de la *Tormentosa* y contempló, no sin conmiseración, a su derrotado y herido primo.

-Eres un gusano, Yyrkoon, pero ¿es culpa tuya? Yyrkoon le dirigió una mirada de desconcierto.

-Me pregunto -continuó Elric- si dejarías de serlo en el caso de poseer todo lo que deseas.

El príncipe se puso de rodillas. En sus ojos empezaba a aparecer un leve asomo de esperanza. Elric sonrió y exhaló un profundo suspiro.

-Ya veremos -añadió-. Primero, debes acceder a des−pertar a Cymoril de ese sopor hechizado en que se halla. Yyrkoon respondió con una vocecilla lastimera.

-Me has humillado, primo. Me has vencido. Haré lo que dices y la despertaré. O, más bien, aceptaría hacerlo si...

-¿Acaso no puedes deshacer el hechizo?

-Sí, pero no podemos escapar de la Caverna de los Lati−dos. Ya ha transcurrido el plazo...

-¿De qué estás hablando?

-No pensaba que pudieras seguirme hasta aquí y, por tanto, creí que podría acabar contigo fácilmente. Ahora, se ha terminado el tiempo disponible. La entrada en esta caverna sólo puede mantenerse abierta durante un breve lapso de tiem−po. Una vez terminado el influjo del sortilegio, la abertura dejará pasar a cualquiera que pretenda entrar en la Caverna de los Latidos, pero no permitirá salir a nadie. Me ha costado mucho conocer ese sortilegio.

-Te ha costado demasiado cada uno de tus actos -replicó Elric.

Después, se acercó al orificio y miró al exterior. Rackhir aguardaba todavía al otro lado. El Arquero Rojo parecía presa de una gran inquietud.

-Sacerdote Guerrero de Phum -dijo Elric-, parece que mi primo y yo estamos atrapados aquí dentro. La abertura no nos permitirá salir. -Elric palpó la superficie cálida y húmeda de la pared. El orificio no se abría más de unos centímetros-. Al parecer, sólo puedes optar por unirte a nosotros o por volver atrás. Si te decides por lo primero, tendrás que compar−tir nuestro destino.

-Volver atrás no me parece una gran solución -res−pondió Rackhir-. ¿Qué opciones

tenéis vosotros?

-Una sola-respondió Elric-. Invocaré a mi protector.

-¿A un Señor del Caos? -exclamó Rackhir con expre–sión de desagrado.

-Exacto -dijo Elric-. Me refiero a Arioco.

-¿Arioco, eh? Bien, a él no le preocupará un mero rene–gado de Phum...

-Entonces, ¿qué decides hacer?

Rackhir dio unos pasos hacia el orificio. Elric se apartó a un lado. A través de la abertura, apareció primero la cabeza de Rackhir, seguida de sus hombros y del resto de su cuerpo. La entrada volvió a cerrarse de inmediato. Rackhir se puso en pie y desenredó la cuerda de su arco, que había enroscado en tor–no a la madera grana de éste. Mientras la alisaba, comentó:

-Accedo a compartir tu destino, a jugármelo todo por escapar de este inframundo. -Al advertir la presencia de Yyr–koon, pareció sorprenderse y añadió-: ¿Todavía está vivo tu enemigo?

-En efecto.

-Verdaderamente, eres un hombre misericordioso. I

-Quizás. O acaso sea obstinado. No le he matado, senci–llamente, porque algún ente sobrenatural ha decidido utilizarle como peón, como víctima propiciatoria si yo salía victorioso. Los Señores de los Mundos Superiores todavía no me contro–lan por completo..., ni llegarán a hacerlo si me queda algún poder para resistirme a ello.

-Comparto tus pretensiones -dijo Rackhir con una son–risa-, aunque no tengo muchas esperanzas de que sea una postura realista. Veo que llevas una de esas espadas mágicas al cinto. ¿No puedes abrir con ella un sendero que nos lleve fue–ra de la caverna?

-No -intervino Yyrkoon desde el lugar que ocupaba, junto a la pared-. Ningún arma puede herir la materia que forma la Caverna de los Latidos.

-Te creeré -dijo Elric-, pues no tengo intención de de–senvainar mi nueva espada con frecuencia. Antes debo apren–der a controlarla.

-Así pues, no habrá más remedio que invocar a Arioco... -suspiró Rackhir.

-Si es posible... -añadió Elric.

-Sin duda, me destruirá en cuanto me vea -dijo el Ar–quero Rojo volviendo los ojos hacia Elric con la esperanza de que el albino le tranquilizaría en este aspecto.

-Intentaré llegar a un acuerdo con él -respondió Elric con voz sombría-. Y, con ello, comprobaré otra cosa.

Elric se volvió de espaldas a Rackhir y a Yyrkoon, se pre–paró mentalmente, envió sus pensamientos a través de espa–cios inmensos y complicados laberintos y, por fin, exclamó:

-¡Arioco! ¡Ven en mi ayuda, Arioco!

Llegó a él la sensación de que algo le escuchaba.

-¡Arioco!

Algo se puso en movimiento en las lejanas inmensidades que recorrían su mente.

-¡Arioco...!

Y Arioco le escuchó. Elric supo que era él.

Rackhir soltó un alarido horrorizado. Yyrkoon gritó tam–bién. Elric se volvió y apreció que algo de aspecto desagrada–ble había aparecido cerca de la pared opuesta. Era un ser ne–gro, repugnante y viscoso, cuyas formas resultaban insoporta–blemente inhumanas. ¿Era aquél Arioco? ¿Cómo podía ser? Arioco era hermoso... pero quizás, se dijo Elric, aquélla era la verdadera forma del Señor del Caos. En aquel plano, en aque–lla extraña caverna, quizás Arioco no podía confundir a quie–nes le mirasen.

Pero, a continuación, la repugnante figura desapareció, sustituida por la de un

hermoso joven de ancianos ojos que contempló a los tres mortales.

-Te felicito, Elric -dijo Arioco, ignorando a los otros-. Has conseguido la espada. Sin embargo, veo que has perdo−nado la vida a tu primo. ¿Cómo es eso?

-Tengo más de una razón para ello -respondió Elric-, pero digamos que debe seguir vivo para despertar a Cymoril.

Por un instante, el rostro de Arioco se iluminó con una secreta sonrisa. Elric comprendió que acababa de evitar una trampa. Si hubiese matado a Yyrkoon, Cymoril no habría vuel−to a despertar jamás.

-¿Y qué hace contigo ese traidorzuelo? -prosiguió Arioco mientras dirigía una mirada helada a Rackhir, que hizo cuanto pudo por devolvérsela.

-Es amigo mío -dijo Elric-. Hice un trato con él. Si me ayudaba a encontrar la Espada Negra, yo le llevaría de vuelta conmigo a nuestro plano.

-Eso es imposible. Rackhir está exiliado aquí. Ése es su castigo.

-Vendrá conmigo -insistió Elric, al tiempo que descol−gaba de su cinto la vaina que contenía la *Tormentosa* . Después, Sosteniendo la espada mágica entre sus manos, añadió-: De lo contrario, no llevaré conmigo la espada. Si no cumples lo que pido, los tres nos quedaremos aquí para siempre.

-Estás haciendo una tontería, Elric. Piensa en tus respon−sabilidades...

-Ya he pensado en ellas, y ésta es mi decisión.

En el delicado rostro de Arioco se percibía un asomo de ira.

-Tienes que tomar la espada. Ése es tu destino.

-Eso es lo que tú dices, pero ahora sé que la espada mágica sólo puede ser empuñada por mí. Sólo yo, u otro mortal como yo, puede llevársela de la Caverna de los Latidos, ¿no es así?

-Eres listo, Elric de Melniboné -exclamó Arioco en tono de irónica admiración-. Y también eres un buen servidor del Caos. Está bien, ese traidor puede ir contigo. Sin embargo, queda bien advertido de que se ande con cuidado. Los Señores del Caos son famosos por su rencorosa memoria...

-Eso he oído, mi señor Arioco -respondió Rackhir con voz grave.

Arioco hizo caso omiso del arquero y continuó:

-Al fin y al cabo, ese hombrecillo de Phum no tiene im−portancia. Y si quieres respetarle la vida a tu primo, hazlo. Poco importa. El destino puede contener algunos hilos más en su urdimbre, sin dejar por ello de conseguir sus objetivos ori−ginales.

-Perfecto, entonces -intervino Elric-. Sácanos de este lugar.

-¿A dónde?

-A Melniboné, claro, si eres tan amable.

Arioco, con una sonrisa que casi resultaba tierna, bajó la mirada a Elric y una mano sedosa acarició la mejilla de éste. Arioco había aumentado de tamaño hasta hacerse el doble de su talla original.

-¡Ah! -dijo el Señor del Caos-, seguramente eres el más encantador de todos mis esclavos.

Todo empezó a dar vueltas, se escuchó un sonido como si fuera el rumor de un océano encrespado y una terrible sensación de náusea se apoderó de los tres hombres que, repentinamente agotados, se encontraron al instante si−guiente en el suelo de la gran sala del trono de Imrryr. La sala del trono estaba desierta, salvo una forma negra, como de humo, que se agitó un instante en un rincón, antes de de−saparecer.

Rackhir cruzó la estancia y tomó asiento con cuidado en el primer peldaño de la escalinata que conducía al Trono de Rubí. Yyrkoon y Elric continuaron donde estaban, mirándose fijamente a los ojos. Por fin, Elric se echó a reír y dio una

palmada sobre la hoja envainada de la espada.

-Y ahora, tienes que cumplir lo que me has prometido, primo. Después, tengo una proposición que plantearte.

-¡Esto es como un mercado! -murmuró Rackhir, apoya–do en un brazo y estudiando la pluma de su gorra de color gra–na-. ¡Todo son tratos!

5

La misericordia del Rey Pálido

Yrkoon se apartó del lecho de su hermana. El príncipe estaba abatido; sus facciones mostraban agotamiento y su voz estaba falta de ánimo cuando murmuró:

-Ya está.

Dio media vuelta y contempló por la ventana las torres de Imrryr y el puerto de la ciudad donde estaban ancladas las doradas galeras de combate que habían regresado ya de sus expediciones. Junto a ellas se mecía también la nave que el rey Straasha había cedido a Elric.

-Dentro de un momento, despertará -añadió Yyrkoon con aire ausente.

Dyvim Tvar y Rackhir, el Arquero Rojo, dirigieron su mirada hacia Elric, que estaba arrodillado junto al lecho, con–templando el rostro de Cymoril. Advirtió que las facciones de la muchacha se dulcificaban y, durante un terrible segundo, sospechó que Yyrkoon le había engañado y que había dado muerte a su amada. Sin embargo, instantes después, los párpa–dos de ésta se movieron, sus ojos se abrieron y, al reconocer al albino, en sus labios se formó una sonrisa

-Elric... Los sueños... ¿Estás bien?

-Sí, estoy a salvo, Cymoril. Y tú, también.

-¿Y mi hermano?

-Él te ha despertado.

-Pero tú juraste acabar con él...

-Cuando lo dije, era tan víctima de manejos hechiceros como tú. Mi mente estaba confundida, y aún sigue estándolo en lo que respecta a algunos asuntos. Sin embargo, Yyrkoon está cambiado. Le derroté y ya no duda de mi poder. Ya no codicia mi trono ni tiene intención de usurparlo.

-Eres muy misericordioso, Elric -susurró ella mientras apartaba del rostro su cabello negro y brillante. Elric dirigió una mirada a Rackhir.

-Quizá no sea la compasión lo que me guía -respon−dió-. Quizá sea sólo un sentimiento de camaradería el que me impulsa.

-¿Camaradería? ¿Tú y Yyrkoon? ¿Cómo es posible que sientas...?

-Ambos somos mortales. Ambos somos víctimas de un juego que llevan a cabo los Señores de los Mundos Superiores. En último término, mi lealtad debe ser para con los de mi propia estirpe, y por eso he dejado de odiar a Yyrkoon.

-A eso se llama misericordia... -insistió Cymoril. Yyrkoon se encaminó entonces hacia la puerta.

-¿Puedo retirarme, mi señor emperador?

Elric creyó detectar una luz extraña en los ojos de su ven−cido primo, pero quizá sólo era un destello de humildad o desesperación. Asintió e Yyrkoon abandonó la estancia, ce−rrando la puerta con suavidad. Dyvim Tvar dijo entonces:

-No confíes en Yyrkoon, Elric. Volverá a traicionarte. El Señor de las Cavernas del Dragón mostraba un aire preocupado, pero Elric le respondió:

-No. Si no a mí, por lo menos teme la espada que ahora llevo.

-Y también tú deberías temerla-añadió Dyvim Tvar.

-No -replicó Elric-. Yo soy el amo de la espada.

Dyvim Tvar iba a añadir algo, pero se limitó a hacer un gesto casi de desconsuelo y, tras una reverencia, él y Rackhir salieron de la estancia, dejando solos a Elric y Cymoril.

Cymoril rodeó con sus brazos a Elric. Se besaron. Y rom−pieron en lágrimas.

Hubo fiesta en Melniboné durante una semana. Casi todos los barcos, hombres y dragones habían regresado ya. Y tam−bién Elric estaba en palacio, tras haber demostrado de tal ma−nera su derecho a gobernar que todas sus rarezas de carácter (de las que aquella muestra de «misericordia» era, quizás, la más extraña) eran aceptadas ahora por el pueblo de la Isla del Dragón.

En el salón del trono se celebró un baile, y fue la fiesta más espléndida que había presenciado nunca ninguno de sus corte−sanos. Elric bailó con Cymoril y participó plenamente en la celebración. Sólo Yyrkoon se abstuvo de bailar, prefiriendo un rincón tranquilo bajo los arcos donde se acomodaban los escla−vos músicos. Allí permaneció el príncipe, ignorado por los asistentes. Rackhir, el Arquero Rojo, bailó con varias damas melnibonesas y se citó con algunas de ellas, pues ahora era un héroe en toda Melniboné. Dyvim Tvar bailó también, aunque sus ojos parecían pensativos cuando, en ocasiones, se volvían para observar al príncipe Yyrkoon.

Más tarde, mientras los invitados comían, Elric y Cymoril tomaron asiento en el estrado del Trono de Rubí y el albino preguntó a su amada:

-¿Querrás ser emperatriz, Cymoril?

-Sabes que me casaré contigo, Elric. Ambos lo hemos sa−bido desde hace muchos años, ¿no es cierto?

-Entonces, ¿querrás ser mi esposa?

-Sí -repitió ella en tono burlón, pensando que Elric bro−meaba.

-¿Y querrás serlo sin ser emperatriz, al menos durante un año?

-¿Cómo he de entender eso, mi señor?

-Escucha, Cymoril, tengo que abandonar Melniboné du−rante un año. Lo que he conocido en los últimos meses me ha impulsado a querer viajar por los Reinos Jóvenes. Quiero ver cómo llevan sus asuntos otras naciones, pues creo que Melni−boné deberá

cambiar si quiere sobrevivir. Nuestra isla podría convertirse en una gran fuerza del bien en el mundo, pues todavía posee un poder considerable.

-¿Una fuerza del bien? -En la voz de Cymoril había un tono de sorpresa y también cierta alarma-. Melniboné nunca ha tomado parte por el bien o por el mal, sino por ella misma y por la satisfacción de sus deseos.

-Yo querría que eso cambiase.

-¿Pretendes cambiarlo todo, Elric?

-Pretendo recorrer el mundo y decidir si hay fundamen−tos para tomar tal resolución. Los Señores de los Mundos Su−periores tienen ambiciones en nuestro mundo y, aunque últi−mamente me han prestado ayuda, les temo. Preferiría estudiar si es posible que los hombres dirijan y gobiernen sus propios asuntos.

-Así que te vas... -Los ojos de la princesa estaban baña−dos en lágrimas-. ¿Cuándo?

-Mañana. Cuando Rackhir se marche. Tomaremos el bar−co del rey Straasha y viajaremos a la Isla de las Ciudades Púr−pura, donde Rackhir tiene amigos. ¿Querrás venir?

-No podía imaginar... ¡Oh, Elric!, ¿por qué estropear la felicidad que ahora disfrutamos?

-Porque considero que la felicidad no puede durar a me−nos que conozcamos por completo lo que somos. Cymoril frunció el ceño y respondió lentamente:

-Si es eso lo que deseas, debes ir a descubrirlo. Sin em−bargo, Elric, tendrás que hacerlo solo, pues yo no comparto ese deseo. Deberás internarte sin mí en esas tierras bárbaras.

-Así, ¿no me acompañarás?

-Es imposible. Yo soy..., soy melnibonesa y... -suspiró profundamente y añadió-: Te amo, Elric.

-Y yo a ti, Cymoril.

-Entonces, casémonos a tu regreso, dentro de un año.

Elric estaba abrumado de pena, pero sabía que su decisión era acertada. Si no emprendía la marcha, pronto se sentiría inquieto y acabaría por considerar a Cymoril un enemigo, al−guien que le había atrapado.

-En tal caso, tienes que gobernar como emperatriz hasta mi vuelta -sugirió.

-No, Elric. No puedo aceptar esa responsabilidad.

-Entonces, ¿quién? ¿Dyvim Tvar...?

-Conozco bien a Dyvim Tvar, y no aceptará ese poder. Magum Colim, quizás...

-No.

-Entonces, debes quedarte, Elric.

Pero la mirada de Elric ya recorría la multitud reunida en el salón, al pie de la escalera. Sus ojos se detuvieron al reconocer una figura solitaria sentada sin compañía bajo los arcos que ocupaban los esclavos músicos. El albino sonrió con aire iró−nico y dijo:

-Que gobierne Yyrkoon, entonces.

-No, Elric. -Cymoril estaba horrorizada-. Abusará de su poder...

-Ahora no. Además, es de justicia. Yyrkoon es el único que deseaba ser emperador. Ahora, podrá ejercer como tal en mi lugar durante mi ausencia. Si lo hace bien, quizás yo medite la posibilidad de abdicar en su favor. Si gobierna mal, demos−trará de una vez por todas que sus intenciones eran malin−tencionadas.

-Elric -susurró Cymoril-, yo te amo, pero serás un es−túpido..., un criminal, si vuelves a confiar en Yyrkoon.

-No -respondió él sin levantar la voz-, no soy ningún estúpido. No soy más que Elric, y eso no puedo evitarlo, Cymoril.

-¡Y es a Elric a quien yo amo! -exclamó ella-. Pero Elric está condenado. Todos lo estaremos, a menos que perma−nezcas aquí.

-No puedo. Precisamente porque te amo, no puedo ha−cerlo.

La princesa se puso en pie. Estaba llorando y se sentía perdida. Se volvió hacia Elric y murmuró:

-Y yo soy Cymoril... Elric, vas a destruirnos a ambos... -Su voz se hizo más dulce mientras acariciaba la blanca cabe−llera de su amado-. Vas a destruirnos...

-No -respondió él-. Construiré algo que será mejor que lo actual. Descubriré cosas y, cuando regrese, nos casare−mos y viviremos felices muchos años, Cymoril.

Y, con esto, Elric acababa de decir tres mentiras. La pri−mera se refería a su primo Yyrkoon. La segunda, a la Espada Negra. La tercera, a Cymoril. Y sobre esas tres mentiras iba a construirse el destino de Elric, pues sólo en aquellas cosas que nos conciernen más profundamente mentimos claramente y con profunda convicción.

Epílogo

El puerto de Menii era uno de los más modestos y amiga–bles de las Ciudades Púrpura. Como los demás de la isla, es–taba construido fundamentalmente a base de la piedra púrpura que daba su nombre a las ciudades. Las casas mostraban sus techos rojos y en su puerto podían verse barcos de todo tipo con velas resplandecientes cuando Elric y Rackhir, el Arquero Rojo, llegaron a la orilla. La mañana acababa de nacer y apenas un puñado de marineros empezaba a dirigirse hacia sus embar–caciones.

El espléndido barco del rey Straasha estaba anclado a cierta distancia de la bocana del puerto. Para hacer el trayecto entre la nave y la ciudad, Elric y su compañero habían utilizado un pequeño bote de remos. Ya en tierra, ambos se volvieron para contemplar la nave. La habían llevado entre los dos, sin tripula–ción, y había navegado perfectamente.

-Así pues, tengo que buscar la paz y esa ciudad legendaria de Tanelorn -murmuró Rackhir, casi burlándose de sí mismo.

Se estiró, bostezó y el arco y el carcaj le bailaron en la espalda.

Elric iba vestido con ropas sencillas que le asemejaban a uno de los habituales mercenarios de los Reinos Jóvenes. Pare–cía relajado y en forma. Dirigió una sonrisa al sol. El único rasgo destacable de su indumentaria era la gran espada mágica de color negro que llevaba al cinto. Desde que consiguiera la espada, no había vuelto a necesitar pócima alguna.

-Y yo debo buscar datos en las tierras que tengo marcadas en el mapa -replicó Elric-. Tengo que conocer cosas y, al final del año, tengo que llevar conmigo a Melniboné todo cuanto haya aprendido. Me gustaría que Cymoril me hubiera acompañado, pero comprendo su negativa.

-¿Volverás a Imrryr, cuando el año termine? -preguntó Rackhir.

- ¡Ella me arrastrará a volver! -contestó Elric con una carcajada-. Mi único temor es ceder y emprender el regreso antes de terminar mi empresa.

-Me gustaría ir contigo -dijo Rackhir-, pues he reco–rrido muchas tierras y te

serviría de guía por ellas mejor aún de lo que te conduje por el inframundo. Sin embargo, he jurado encontrar Tanelorn aunque, por lo que he podido averiguar, no existe de verdad.

-Espero que la encuentres, Sacerdote Guerrero de Phum.

-No me llames así, pues ya nunca volveré a serlo -re–plicó Rackhir. De inmediato, sus ojos se abrieron desme–suradamente-. ¡Eh, observa...! ¡El barco, Elric!

Y Elric miró hacia donde indicaba el arquero. La nave que una vez fuera llamada el *Barco que Navega Sobre Mares y Sobre Tierras* estaba hundiéndose lentamente. El rey Straasha reco–braba así lo que le pertenecía.

-Al menos, los espíritus siguen siendo mis amigos -mur–muró-. Sin embargo, temo que sus poderes declinan igual que los de Melniboné. Pues, aunque los naturales de la Isla del Dragón somos considerados demonios por las gentes de los Reinos Jóvenes, tenemos mucho en común con los espíritus del Aire, la Tierra, el Fuego y el Agua.

Los mástiles desaparecían ya bajo las olas cuando Rackhir comentó:

-Te envidio por tener esos amigos, Elric. En ellos puedes confiar siempre.

-Sí.

-Pero harías bien en no confiar en nadie más -añadió Rackhir al tiempo que miraba la espada mágica que colgaba del cinto de Elric.

Éste se echó a reír.

-No temas por mí, Rackhir, pues soy mi propio dueño... durante un año, al menos. Y también soy dueño de esta es–pada, ahora.

La *Tormentosa* pareció agitarse en su cintura y Elric asió con fuerza su empuñadura mientras daba una palmada en la espalda de Rackhir y se echaba a reír. Después sacudió su blan–ca cabellera, que flotó al viento, y alzó al cielo sus extraños ojos carmesí.

-Cuando regrese a Melniboné, seré un hombre nuevo.

Índice

NOTA ACERCA DEL AUTOR

Michael Moorcock (1939), el más polifacético de los escritores ingleses contemporáneos, ha alcanzado la celebridad literaria por dos caminos diferen−tes, en ambos con efectos revolucionarios. Dirigió la revista New Worlds desde el número 142 (mayo/junio 1964) hasta el 201 (marzo 1971), gestando desde sus páginas el movimiento literario que se conoció como New Wave, el más influyente que puede recordar la ciencia ficción moderna. Como autor, con una obra prolífica en los campos de la ciencia ficción y la fantasía, ha llegado a convertirse en una de las firmas más populares del mundo por su creación del multiverso, escenario en el que discurren numerosos ciclos de novelas, entre las que existen constantes referencias cruzadas, que les confieren una complejidad global extraordinaria, sólo comparable, dentro de la narrativa fantástica, al gran ciclo de H. Rider Haggard.

Hacer una bibliografía del autor es una tarea imposible pero, ampliando la que aparece en el número 4 de esta colección, podría ser ésta (los títulos y fechas indicados corresponden a la última versión registrada de las obras. Cuando un cambio de título no viene acompañado de una revisión del manus−crito, se mantiene el año original):

CICLOS FUNDAMENTALES DE FANTASÍA

Erekosé:

1970 - The Eternal Champion (El Campeón Eterno, Ed. Martínez Roca, col. Fantasy, núm. 4, Barcelona, 1985)

- *Phoenix in Obsidian*

1975 - The Quest for Tanelorn

Elric de Melniboné:

1972 - Elric of Melniboné (Elric de Melniboné, Ed. Martínez Roca, col. Fan−tasy, núm. 12, Barcelona, 1986)

1976 - The Sailoron the Seas of Fate (Ed. Martínez Roca, en preparación)

1977 - The Weird of the White Wolf

Elric el Nigromante:

1971 - The Sleeping Sorceres

1977 - The Bane of the Black Sword

- *Stormbringer*

Corum (ciclo de las espadas):

1971 - The Knight of the Swords (El Caballero de las Espadas, Francisco Are−llano Editor, Madrid, 1976)

- *The Queen of the Swords (La Reina de las Espadas, Francisco Arellano Editor, Madrid, 1977)*
- *The King of the Swords (El Rey de las Espadas, Francisco Arellano Edi−tor, Madrid, 1977)*

Corum Jhaelen Irsei:

1973 - The Bull and the Spear

- *The Oak and the Ram*

1974 - The Sword and the Stallion

Dorian Hawmoon:

1977 - The Jewel in the Skull

- The Mad God's Amulet

- The Sword of the Dawn

· *The Runestaff*

Conde Brass:

1973 - Count Brass

- The Champion of Garathorn

1975 - The Quest for Tanerlon

OTROS CICLOS

Jerry Cornelius:

1968 - The Final Programme (El programa final, Ed. Minotauro, Barcelona, 1979)

1971 - A Cure for Cancer

1972 - The English Assasin

1977 - The Condition of Muzak

1976 - The Lives and Times of Jerry Cornelius, relatos

· *The Adventures of Una Persson and Catherine Cornelius*

Bailarines del Fin del Tiempo:

1972 - An Alien Heat

1974 - The Hollow Lands

1976 - The End of All Songs

- Legends of the End of Time, relatos

1977 - The Transformation of Miss Mavis Ming

Oswald Bastable:

1971 - The War Lord of the Air

1974 - The Land Leviatan

1979- The Steel Tsar

OTRAS OBRAS

1965 - The Blood−Red Game

- The Fire Clown

1966 - The Shores of Death

1969 - Behold the Man (versión alargada del relato homónimo)

- The Black Corridor

- The Ice Schooner (La nave de los hielos, Ed. Acervo, Barcelona, 1979)

- The Time Dweller

1970 - The Chinese Agent

1971 - The Nature of the Catastrophe, con otros autores (La naturaleza de la catástrofe, Francisco Arellano Editor, Madrid, 1978)

- The Rituals of lnfinity

1972 - Breakfast in the Ruins

1976 - Moorcock's Book of Martyrs, relatos (El libro de los mártires. Produccio−nes Editoriales,

Barcelona, 1980)

- The Time of the Hawklords, con Michael Butterworth (El tiempo de los Señores Halcones, Producciones Editoriales, Barcelona, 1976)

1978 -

Gloriana

1981 - The War Hound and the World's Pain

· *Byzantium Endures*

1984 - The Laughter of Carthage

1985 - Elric at the End of Time, relatos

PREMIOS

1967 - Nebula por «Behold the Man» (incluido en El libro de los mártires)
1972 - August Derleth por El Caballero de las Espadas
197 3 - August Derleth por El Rey de las Espadas
1975 - August Derleth por The Sword and the Stallion
1976 - British Fantasy por The Hollow Lands
1977 - British Fantasy y Guardian Fiction por The Condition of Muzak
1979 - World Fantasy y John W. Campbell Memorial por Gloriana